

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XII

SANTIAGO DE CHILE
1921

JOSÉ MIGUEL CARRERA

No léjos del monumento que en Santiago representa al gran soldado en el momento de lanzarse en Rancagua sobre las banderas y las tropas del rey, se levanta una estatua modesta, cuyo pedestal, revestido de mármol que no tiene más grueso que el que se emplea para mostrador de botica o cubierta de lavatorio, sigue presentando un aspecto provisional y transitorio.

Con altivez resignada en que talvez hay algo de noble desdén, el héroe observa con indiferencia el ir y venir de las gentes que dicen o no dicen: «este es Carrera»...

En las noches de invierno, le encienden a la pobre estatua dos faroles, que parecen palmatorias, y en otoño caen sobre ella las hojas, renovando vagamente la intensa melancolía del último acto del «Cyrano de Bergerac».

Cuando ante la estatua se detiene el pueblo con su «poncho» y su silueta, que es un intermedio caricatural entre lo campesino y lo ciudadano, dice que ese no es don José Miguel sino un «general gringo» al cual le pusieron por travesura la cabeza de Carrera...

Entre O'Higgins y Carrera, los paralelos son imposibles porque es diverso lo que de su acción quedó, sirviendo de base estructural a la nacionalidad.

Con todo, acerca de uno y de otro hay dos escuelas históricas y dos escuelas políticas y ya se sabe que donde aparecen las segundas no salen bien libradas las primeras.

Hay partidarios de Carrera y partidarios de O'Higgins, como si ambos no fueran dos figuras integralmente nacionales.

De la divergencia para apreciar su obra respectiva nace a su vez una disminución absurda de uno y de otro personaje.

Queda, pues, un poco de pasión en todo eso y las opiniones, algo apaciguadas por los años, siguen, sin embargo, formando dos escuelas antagónicas.

No necesita Carrera de un sentimentalismo afectuoso para esperar que siquiera sea de mármol inacizo el pedestal de su estatua. ¡Cómo olvidar, en efecto, que es a él, a su fatalidad trágica a la que corresponden las hondas atracciones del martirio!

En su alma de padre fanático de la Revolución, no había más que dos pasiones, acaso un poco contradictorias, pero que, juntándose, funden rudamente una de las efigies más acentuadas de nuestra historia: la Patria y la ambición. Quería ser el primero dentro del país libre y, dígame lo que se quiera, si eso fué un error, es el mismo error que marca hondamente el ceño de todos los que yerguen en medio de la historia su silueta ensangrentada.

Los asaltos morales no dan tregua a sus corazones exaltados e impelidos por el momento, la educación y la época, no se detienen junto con llevar sus roles de destructores de estados sociales dados. Al pasar a constructores, fracasan casi siempre. Tal es el caso de Carrera.

Más, a pesar de las condenaciones de que ha sido objeto, debe ser más alto y sólido el pedestal de su estatua: es la figura frontal de la Revolución y además de la derogación total de la Colonia, que en el hecho entrañó su primer Gobierno, es una de las siluetas más genuinamente chilenas de la historia nacional.

Atraviesa como un centauro la pampa lejana y poco antes de caer desplomado, saluda con gentileza, lanzando el apóstrofe memorable, recogido con amor filial por la leyenda patria: «Así muere un húsar de Chile».

Con todo, hay algo más que arrogancia enardecida en ese atormentado con figura de general de la Convención francesa.

Llega a Chile en 1811. Venía de España donde había peleado en doce combates contra las tropas de Napoleón que había terminado por maudar a la Península a sus mariscales más foguados y a sus soldados del Ejército del Rhin.

En su «Historia del Consulado y del Imperio», Thiers habla de un oficial «español», llamado Carrera, que asalta al clarear el día un campamento y deja a pié a la caballería francesa.

El muchacho que se permitía tales juegos con los jinetes que habían cargado con Murat a la cabeza, tendría entonces veinte años y había sido enviado a España con esa nota que rara vez deja de indicar, inicialmente, la ruda intensidad de la actuación posterior, «incurrible»...

El húsar con figura de héroe de novela romántica, llega a Valparaíso siendo sargento mayor; contando veinticinco años y ostentando el labio superior apenas sombreado como si por él acabara de pasarse el dedo teñido de pólvora.

Se planta en medio de la perspectiva vacilante de la Capitanía General, haciendo sonar el sable y los espolines.

Viene de Europa y talvez ha visto cruzar como un espectro entre el tierral de las cargas o la niebla del amanecer, el capote nevado y el caballo blanco de Napoleón el Grande.

Llegado el caso, le dará un recio soplido a la linterna colonial y, encendiendo una pajueta, prenderá audazmente la antorcha de la libertad política.

El 4 de Septiembre de 1811, en efecto, estalla el motin de los Carrera y don José Miguel, que morirá siendo húsar, mandado hacer para apagar linternas coloniales, lee al Congreso las peticiones que acaba de hacerle el pueblo.

Comienza en ese instante la actuación más perdurable de nuestro héroe; principia, en efecto, la demolición colonial: el Congreso, ante esa figura con algo de Brumario, y que lee con arrogancia las peticiones populares, nombra una nueva junta, sin frailes ni realistas, y envía socorros a los patriotas argentinos.

Casi simultáneamente, el cura talquino, Cienfuegos, propone la supresión de los derechos parroquiales que se cobraban a los pobres y, a indicación de Salas, Chile, adelantándose a todos los pueblos de América, inclusive a los Estados Unidos, declara abolida la esclavitud.

El 16 de Noviembre, el antiguo húsar sale de nuevo a las calles al frente de sus granaderos.

Una nueva junta popular, compuesta por Carrera, Rozas y Marín, reemplaza a la anterior: son los triunviros de un instan-

te glorioso y al lado de la terca severidad de Rozas, se destaca con bizarría teatral el antiguo mayor de caballería peninsular.

Durante ese período en que, en realidad, es Carrera quien manda y hace sonar las espuelas, aparece el primer periódico nacional, redactado por el «fraile profeta» y mientras difunde *La Aurora* la luz de una nueva vida política, flota al viento la primera bandera chilena, abre sus puertas la primera escuela y dictase la primera Constitución provisional.

Tan hondo era el alcance sociológico de esas medidas, que el poder manárquico sacudió en Lima sus alifafes y sus casacones de seda y sopló por fin la polvorosa casoleta de sus fusiles virreinales: el virrey Abascal, en una palabra, mandó a Pareja a dar comienzo a la «reconquista»—tan cierto era que las medidas gubernamentales de Carrera significaban la disgregación definitiva de la Monarquía y la Metrópoli.

Con su primer Gobierno, termina el período más hermoso y comienzan, con cortas intermitencias, la tormenta, la alucinación, la fantasía, la leyenda y el drama postrero.

Obsesionado por la idea de la Patria, y de la actuación a que él tenía derecho; perseguido, pobre, arrastrando en su óxodo a su hogar nobilísimo; poseído por su pasión dominante, vaga atormentado, insomne, mirando a toda hora hácia el terruño.

¡Cuántas pesadumbres, cuántos dolores!

Es víctima constante de las pasiones violentísimas que despierta: se teme y con razón a ese carácter impetuoso que llena de acometividades incesantes toda una vida.

Un día—radiante o gris—vende las joyas de su esposa; parte a Estados Unidos y vuelve con tres barcos de que muy luego es despojado porque quiere eximirse de toda actuación pública.

Casi en seguida, empieza la leyenda—la leyenda trágica—y don José Miguel cruza como un semi-dios de la indiada la Pampa cuyos límites enrojecidos parecen dilatarse hácia el infinito.

En síntesis, en la buena o en la mala fortuna, Carrera resume la raza con sus virtudes, sus audacias, sus hidalguías, sus fierezas y sus errores.

LOS ULTIMOS DIAS DEL GENERAL CARRERA (1)

El 21 de Agosto de 1821 nos dirigimos de San Luis a San Juan, acompañados por Jimenes, gobernador de San Luis y 80 puntanos, la mayor parte de los cuales desertaron al aproximarnos al enemigo.

Los caballos, reducidos a un miserable estado después del campamento en San Luis, sin más pasto que el producido artificialmente y aún ese casi totalmente destruído, antes de nuestra llegada, por la caballería enemiga. Al avanzar hacia San Juan el país que recorríamos se nos presentó como un solitario y arenoso desierto, escaso de agua y sin más vegetación que algunos matorrales, cuyas marchitas ramas, fueron el unico alimento de los caballos en una marcha de ochenta leguas. Cada día los guías nos prometían que al siguiente encontraríamos alimento para los caballos, y así fuimos avanzando insensiblemente, hasta encontrarnos un buen día demasiado lejos para pensar en retroceder. San Luis había sido ocupado por una división enemiga a los pocos días de nuestra salida, de

(1) Maria Graham publica como apéndice de su *Journal of a residence in Chile* (pág. 373-471), *A brief relation of facts and circumstances connected with the family of the Carreras in Chile; with some account of the last expedition of Brigadier-General don José Miguel Carrera, his death*, etc. by Mr. Yates. De esa *Relation* traducimos las páginas del texto.

Respecto de la *Relation* y de su autor, dice Maria Graham en la página 471 del *Journal*:

«Fué escrita a petición mia por el señor Yates, jóven irlandés que, en unión de su amigo el señor Doolet, sirvió bajo las órdenes de Carrera. Enviados al Perú después de la muerte de su jefe en calidad de prisioneros de guerra al general San Martín, hubieron de sufrir bastantes penalidades a bordo de la nave que los conducía desde Chile y fueron encerrados en un castillo del Callao. La triste situación en que hallaban indujo al capitán F. Spencer a solicitar de San Martín que los pusiese en libertad, quien se las concedió a condicion de que no regresaran jamás a la América Española. Translados a bordo de uno de los buques ingleses que se hallaba allí de estación, fueron llevados al Brasil por la *Doris* y allí continúan al servicio del Emperador Don Pedro».

modo que si retrocedíamos, dabamos al enemigo una ocasión de unir sus fuerzas. Continuamos avanzando con la esperanza de recibir caballos en San Juan; hasta que el 29 de Agosto nos encontramos con un fuerte destacamento enemigo, en las orillas del río San Juan, listo para disputarnos el paso, difícil de por sí, por ser el río correntoso y profundo, sin embargo lo efectuamos con pocas pérdidas y dispersamos al enemigo. Las principales fuerzas de San Juan acampaban en el llano de Ligua a poca distancia de la ciudad, avanzamos hacia ellas y acampamos cerca esa noche, esperando atacarlas a la mañana siguiente.

No teníamos en nuestra división ni 20 caballos útiles; pero por un prisionero tomado ese día supo el general Carrera que en Guanacacho (en el camino de Mendoza distante unas ocho leguas) había caballos y también que se esperaba de un momento a otro la unión de los mendocinos, ya en marcha, con los san juaninos.

Estos datos hicieron a Carrera alterar el plan y en vez de atacar a los san juaninos en la madrugada, seguimos hacia Guanacacho, para apoderarnos de todos los caballos que allí hubiera e interceptar la marcha de los mendocinos antes de que pudieran juntarse con las fuerzas de San Juan.

La experiencia había enseñado a los soldados que el buen éxito y la seguridad para ellos dependía, no menos de la calidad de sus caballos, que de la superioridad de su valor y no se quejaron, aunque dudaban del buen éxito y consideraban que seguir avanzando era entregarse ellos mismos en manos del enemigo, como víctimas, sin medios para oponer resistencia. Un amigo que Carrera tenía en San Juan, le había enviado 400 caballos a un potrero situado en la vecindad de Pié de Palo y una carta indicándole cómo podía tomar esos caballos; lo informaba también de que la ciudad era toda nuestra y que 300 veteranos de infantería que habían pertenecido al regimiento N.º 1, sólo esperaban el ataque a la plaza para pasarse a nuestras filas. Desgraciadamente la carta fué interceptada por el enemigo, que tomó las medidas necesarias para su seguridad e hizo prisionero a todos los sospechosos.

Una partida de 30 hombres, los mejores montados de nuestra división, se adelantaron hacia Guanacacho para apoderarse de todos los caballos que allí hubiera y también para observar a los mendocinos. Otra partida a gran distancia de nuestra retaguardia, se cercioraba de si los san juaninos se retiraban a San Juan o nos seguían. Ese día, sólo pudimos caminar unas cuantas leguas, el cansancio de los caballos nos impidió avanzar en busca de un terreno mejor y tuvimos que detenernos en un sitio arenoso, sin pasto ni agua.

Nuestra avanzada, se encontró en Guanacacho con un grueso destacamento de enemigos, quienes por estar en un potrero no pudieron huir y fueron muertos casi todos, sólo unos pocos escaparon a Mendoza con la noticia.

Por un sacerdote explorador del enemigo, que tomamos prisionero, supimos que los mendocinos estaban muy cerca. Se envió rápidamente un propio a Guanacacho con órdenes de hacer volver la avanzada con los caballos que hubieren podido tomar y unirse cuanto antes a nosotros. Ordenes iguales fueron enviadas a la retaguardia; pero en el último momento descubrimos que el enemigo había tomado una fuerte posición entre nosotros y nuestra avanzada, cortándonos toda comunicación. En esta situación nos encontramos frente al enemigo, ausentes los soldados más valientes y mejor montados y los demás completamente desprovistos del entusiasmo y deseos de combatir que manifestaran en otras ocasiones. Algunos hombres montados en caballos cansados y sin fuerza, otros en mulas y los restantes a pié teniendo que conducir de la rienda sus caballos; tal era nuestra triste situación en la mañana del 31 de Agosto de 1821.

El general Carrera no desesperó ni aun viendo estas desventajas y dió disposiciones inmediatas para la batalla. El total de nuestras fuerzas se componía de 470 hombres de los cuales se separaron 150 hombres y algunos oficiales a las órdenes del coronel Benavente para cargar contra la línea enemiga, los caballos de esta división eran malos; pero los otros estaban completamente fuera de servicio. Avanzamos hacia el enemigo, mientras el resto de la división, incluyendo mujeres, prisioneros, mulateros y bagajes, marchaba en columna a paso lento.

El enemigo ocupaba una fuerte posición, sus flancos derecho e izquierdo los formaba la caballería, el primero protegido por la laguna de Guanacacho y el otro por un bosque vecino; el centro lo ocupaban 600 infantes y estaba defendido por un gran foso construido fácilmente en esa tierra arenosa y para nosotros casi imposible de atravesar con nuestros gastados caballos.

Una guerrilla del flanco izquierdo enemigo nos molestó mucho. Sin embargo, a medida que avanzábamos, fué retirándose hasta entrar en su línea. Nuestros caballos demasiado cansados eran incapaces de mantenerse en línea para el ataque. Así continuamos avanzando hasta llegar a tiro de pistola del enemigo, el que abrió fuego contra nosotros. Benavente se detuvo y formó a su gente para la carga. Viéndolos tan desanimados, empezó a alentarlos, comparando la situación presente con otras ya pasadas y recordándoles los peligros y dificultades que más de una vez habían vencido. Les aseguró que su porvenir y bienestar futuros dependían de su conducta en la presente ocasión; pero viéndolos aún desanimados les preguntó en términos precisos y formales si querían o nó pelear. Los soldados, más por el temor de ser llamados cobardes que por esperanzas de vencer, respondieron con voz unánime que seguirían a su coronel hasta morir con él. Empezó la carga y avanzamos bajo el fuego enemigo, lo más rápidamente que nos lo permitían las fuerzas de los caballos, hasta llegar al terreno arenoso, donde empezaron a hundirse algunos y permanecían allí sin poder salir, otros avanzaron y muchos se quedaron atrás. Así, debido a la incapacidad de los caballos, la línea fué rota antes de alcanzar la enemiga, no pudimos ni cargar, ni cruzar la trinchera que protegía su frente. El coronel y los oficiales hicieron cuanto estuvo de su parte por cruzarla; pero los soldados, a tan poca distancia del enemigo y bajo su nutrido fuego, consideraron que era empresa inútil intentarlo y se retiraron en desorden.

La caballería enemiga nos persiguió cerca de 300 yardas; pero el encuentro con las tropas del general Carrera devolvió el ánimo a los soldados. Nos detuvimos y rechazamos al enemigo hasta sus trincheras. La atmósfera se impregnó de un

polvo finísimo que nos sofocaba impidiéndonos ver e impidiendo al mismo tiempo al enemigo todo intento de envolvernos. También nos impidió aprovechar eficazmente la ventaja obtenida.

Se tocó a reunión y nos formamos muy cerca de las posiciones enemigas. Poco a poco fué extinguiéndose la nube de tierra hasta permitirnos, por fin, ver a los mendocinos que parecían estar en la misma incertidud nuestra; a pesar de eso, renovaron inmediatamente el ataque, enviándonos guerrillas.

Esta escaramuza acabó de rendir los caballos; felizmente algunos hombres tuvieron la suerte de apoderarse de los caballos de los soldados enemigos, heridos o desmontados en la refriega y con ellos dispersaron las guerrillas. Cuando las tropas se hallaban en lo mejor de la refriega, el coronel Benavente resolvió renovar la carga, de modo que no tuvieran tiempo para pensar en el peligro. Con 100 hombres y dejando el resto de su línea al descubierto, cargó Benavente el flanco izquierdo de la caballería. Al aproximarnos a la línea, el general Albino Gutiérrez, que era su jefe, abandonó su caballo y se refugió en el recinto de la infantería. El comandante de caballería del mismo flanco siguió el ejemplo, so pretexto de que el ruido de las descargas había puesto inmanejable su caballo. A los soldados y oficiales de caballería, abandonados por sus jefes, no se les puede hacer cargos por el cambio de posición que efectuaron y que los colocó a retaguardia de la infantería y bajo su nutrido fuego que nos obligó a retirarnos una vez más; pero en buen orden y sin ser perseguidos.

De nuevo hicimos alto y dimos frente al enemigo. Mientras el coronel, indignado, reprochaba a los soldados la cobardía de su doble retirada, sin órdenes de sus jefes, una gran nube de tierra nos indicó la llegada de las fuerzas de San Juan y esto acabó con el poco valor que aún quedaba a los soldados.

Los soldados aterrados sólo pensaban en huir, y sólo a costa de grandes trabajos conseguimos que no manifestaran su miedo al enemigo. Los oficiales se vieron obligados a colocarse a retaguardia con órdenes de matar al primer hombre que intentara escapar. El general comprendió que en esas condiciones sus soldados no podrían cargar y que en caso de obligarlos, se-

ría un inútil sacrificio de vidas, que podrían ser útiles en otra ocasión. Dió órdenes para la retirada, que se efectuó en buenas condiciones. Los que no podían servirse de sus caballos montaron al anca de sus compañeros. Algunos fueron hechos prisioneros. Durante unas tres leguas el enemigo nos picó la retaguardia, de suerte que de 470 hombres, sólo nos quedaron como 20 oficiales y 80 soldados. En el combate talvez no perdimos 30 hombres, los restantes se quedaron rezagados a causa de los caballos.

Conseguimos ganarle al enemigo unas 18 leguas y estábamos a punto de sorprender un escuadrón que guardaba un buen número de excelentes caballos en los potreros de Yocoli, cuando una catástrofe la más fatal, horrible y criminal, nos entregó en manos de los opresores.

Los oficiales que tramaron la revolución en San Luis, creyendo llegado el momento de ejecutar su vil proyecto, esparcieron entre los soldados la noticia de que tan pronto como Carrera sorprendiera el escuadrón enemigo en Yacoli y se apoderara de los caballos, él y sus oficiales favoritos los abandonarían, escapándose disfrazados a Buenos Aires, de donde se embarcarían para Inglaterra o Estados Unidos. De modo que ellos, para vengarse, debían tomarlos prisioneros y entregarlos en Mendoza. Los soldados creyeron en la invención de los amotinados y decidieron apoderarse del general Carrera y de los oficiales, designio que muy luego llevaron a cabo. Muy cerca de las 2 de la mañana, nos sorprendió la voz de «alto» dada por muchas voces; nos detuvimos en la creencia de que el enemigo nos rodeaba y vimos a los conspiradores (Arias, Moya, Fuente e Inchouti) que avanzaban a la cabeza de escogida escolta gritando: «¡Apodérense del general y coronel! ¡Amarren a todos los oficiales!» Se oyeron al mismo tiempo algunos disparos contra el coronel y el guía Ansorens que, teniendo buenos caballos, huían. El general trató de defenderse, pero sus pistolas erraron los tiros y en un momento fué vencido y desarmado. Intentó hablar a los soldados que no lo oyeron y Arias le ordenó a él y al resto de los oficiales el silencio bajo pena de muerte.

Inmediatamente los conspirados enviaron cartas al ejército enemigo y a Godoy Cruz, Gobernador de Mendoza, informándolos de lo ocurrido. En seguida continuamos avanzando hacia Mendoza; en Yocoli nos detuvimos por primera vez después de 48 horas para tomar algún alimento.

Uno de los conspiradores llamado Moya, empezó a arrepentirse, al considerar que jamás se borraría la mancha que con la traición había caído sobre él; pero fué intimidado por sus compañeros, quienes lo persuadieron de seguir adelante en la empresa ya comenzada. Sin embargo, intercedió por nosotros, consiguiendo de los otros tres conspiradores autorización para escribir a nombre de todos ellos una carta oficial al Gobernador de Mendoza, en la que le pedía se considerara sagrada la vida de los oficiales prisioneros y que se les permitiera retirarse como desterrados a cualesquier provincia, sin sufrir más castigos, ni prisión. El Gobernador contestó prometiendo cumplir todo lo pedido.

Al llegar a dos leguas de Mendoza, varios escuadrones salieron a recibirnos. Moya y Arias, que habían asumido el mando, dieron orden a los soldados de entregar las armas, acto que ejecutaron de muy mala gana. Nos detuvimos en una gran casa de campo, que servía a las tropas enemigas. Los soldados fueron colocados en el patio con doble guardia. El comandante del cuartel, coronel García, nos invitó a comer con el objeto de separarnos de nuestros hombres a quienes temían, a pesar de estar desarmados. Después de 2 horas pasadas en las habitaciones del coronel, un ayudante, al mando de numerosa guardia, nos condujo a los cuarteles de Santo Domingo en Mendoza. Pasamos algunos días metidos en una pieza húmeda y oscura, durmiendo sobre ladrillos y sin medios para defendernos del frío, pasados los cuales nos llevaron a la cárcel y nos pusieron en capilla, (una pieza en la cual los reos condenados a muerte pasan sus últimos momentos y cumplen sus deberes religiosos) cargados de grillos.

Los oficiales que habían dirigido la revolución, fueron espléndidamente recibidos por el Gobernador y alojados a la mañana siguiente en casa de los más respetables amigos de Go-

doy Cruz. Se les adjudicó una pequeña pensión para sus gastos privados.

Mientras tanto a Carrera, amarrado del modo más salvaje con grillos y cordeles, lo encerraron en un calabozo junto con el coronel Benavente (a quien tomaron prisionero la mañana siguiente de la revolución). Carrera supo que muy luego sufriría la misma suerte de sus hermanos y soportó su desgracia con la misma serenidad de espíritu que siempre lo distinguió, no inquietándose por su persona, sino preocupado de la desgracia de su mujer y muy conmovido por los sufrimientos de sus compañeros de infortunio.

Albino Gutiérrez, al mando de las fuerzas de Mendoza, mientras creyó que Carrera estaba libre, desistió de sus crueldades, pero cuando por cartas de los conspiradores tuvo noticias de la revolución efectuada, dió rienda suelta a su infernal cólera. Cada vez que en su camino de vuelta se detenía el ejército, hacía fusilar a un número de prisioneros y al llegar a las provincias explicaba estas crueldades, diciendo que todos esos soldados habían muerto en el campo de batalla. Al tratar con esto de cubrirse de gloria y encubrir sus barbaridades, nos hacía a nosotros más honor que el que merecíamos en realidad.

Consideraríamos una injusticia para Albino Gutiérrez no dar algunos detalles sobre su familia y las ocupaciones de su juventud. Salido de las clases más bajas del pueblo, como pasa en América con muchos que han llegado hasta el poder, se sabe de él que su primer empleo fué el de carretero, ocupación que consiste en sentarse en la parte delantera de las carretas con una picana o palo largo que lleva un clavo en la punta, del cual se sirven para dirigir los bueyes, impedir que se duerman o hacerlos apurar el paso. Las carretas en las cuales trabajó como peón, se dedicaban al comercio entre Buenos Aires y Mendoza, de ahí comienza su afición por el tráfico. Su primer ascenso fué de carretero a arriero en el comercio de vinos. Con sus ahorros se compró una mula y sus amos le permitieron llevarla con una carga o sea dos barriles de vino, para venderlos por su propia cuenta y riesgo en Buenos Aires. El producto de la venta lo empleaba en mercaderías fáciles de vender en Mendoza. De este modo logró juntar algún dinero en

ese comercio y lo abandonó para establecerse como pulpero o comerciante en vinos al por menor. El nuevo negocio prosperó hasta permitirle reunir bastante dinero, con el que se dedicó al comercio de vinos en una más grande escala. En muy poco tiempo dominó completamente los diversos ramos del negocio y como era muy industrioso, no sorprendió a nadie el que en pocos años llegara a ser uno de los hombres más ricos de Mendoza.

Cuando San Martín fué Capitán General de la provincia de Argo (sic) le dió el grado de coronel, por servicios que de él recibió, cuya naturaleza se ignora.

Tal era el general que se creía con derecho a humillarnos, después de haber privado al país de sus mejores y más valientes generales. Era un hombre cobarde y malo y tan cruel como tímido, pero tuvo buen éxito y fué colmado de honores.

Volviendo a Carrera, desde el momento en que lo hicieron prisionero mostró gran resignación con su suerte. No ignoraba que a lo más le quedaban 4 o 5 días de vida, y sin embargo, comía, bebía y dormía tan tranquilamente como si nada fuera a pasarle. Al tercer día de nuestra llegada a Mendoza, el sonido de las campanas y los disparos de artillería, nos anunciaron el arribo de Gutiérrez. Apenas llegado, ordenó que se leyera sin pérdida de tiempo, su sentencia de muerte al general Carrera y a los coroneles Benavente y Alvarez, y fijó las 11 de la mañana siguiente para la ejecución. No hubo ni juicio, ni consejo de guerra, ya que éste no puede ser formado por oficiales de un rango inferior al de los acusados, y eran inferiores todos los que se encontraban en la ciudad. La sentencia se dió a nombre del general y oficiales del regimiento de Mendoza. El Gobernador negó haber tomado participación alguna en la muerte de Carrera, diciendo que él se había visto obligado a cumplir órdenes superiores.

Se enviaron sacerdotes a la cárcel para preparar a bien morir a los condenados a muerte. Carrera no quiso hablar con ninguno, mientras no se le permitiera hacerlo con el confesor de su suegra la señora Fontecilla que había sido desterrada de Chile y vivía en la ciudad; pero se le negó el permiso. Trató entonces de conseguir con el Gobernador una corta entrevista con

su suegra, que le fué acordada; pero que no tuvo lugar por sentirse la señora incapaz de soportar una tan triste escena. En cambio consiguió permiso para escribir a su mujer y que dicha carta fuera entregada a ella.

Amaneció el día fijado para la ejecución (4 de Septiembre). Carrera en su calabozo escribía la última carta a su mujer y en esos momentos llegó un ayudante del cuartel para anunciar que el Gobierno había suspendido su pena de muerte y que en cambio sería desterrado. El general, sin parecer sorprendido con la noticia, dejó a un lado la carta que estaba escribiendo y comenzó otra en distinta hoja de papel. Apenas transcurridos 15 minutos de este incidente, llegaron los guardias para conducirlo al cadalso. Consiguió del oficial que los mandaba, unos cuantos minutos de espera, tiró a un lado la carta que estaba escribiendo y prosiguió la que antes abandonara. En ella relató a su señora, que en pocos momentos más debía seguir a sus ejecutores hasta el banquillo y le pidió que todo el cariño que le tenía lo consagrara a sus hijos, especialmente al mayor; ordenó en la misma carta que éste, una vez cumplido los siete años de edad, fuera enviado a Estados Unidos o Inglaterra para ser educado en uno de estos países.

Al suspender la ejecución o más bien dicho al tratar el Gobernador de hacer creer a Carrera que se le había indultado, creyó que este súbito cambio lo desanimaría, y le impediría presentarse con entereza ante el pueblo, que lo adoraba. Pero la estratagema no alteró en lo más mínimo su valor y al acercarse al lugar de su muerte no demostró ni temor, ni ansiedad. En sus últimos momentos y al atravesar la plaza para dirigirse al cadalso, lo rodeó un tropel de frailes que trataban de hacerlo morir como buen cristiano y que empleaban toda su lógica en probarle la existencia del infierno y los tormentos de los condenados. Con firmeza los obligó a apartarse, reprendiéndolos por su insolencia en ofrecer y tratar de imponer servicios que nadie les pedía. Continuó su camino sin inmutarse, mirando al pasar las tropas y haciendo al oficial que lo custodiaba algunas reflexiones sobre las fuerzas de la ciudad.

Al llegar al banquillo en que iba a ser fusilado oyó pronunciar suavemente su nombre, alzó los ojos y divisó en el tejado

de una casa a varias señoras, creyendo que conocía a algunas de ellas, las saludó. Ellas contestaron su saludo y se retiraron muy conmovidas. Siempre impasible se detuvo al lado del banco, en el mismo sitio en que sus hermanos años antes murieron tan heroicamente. Como los padres insistieran en sus súplicas para confesarlo, les advirtió que ese era asunto de él, no de ellos. Convencidos de que por ese lado eran inútiles sus amonestaciones, le pidieron que olvidara todas las injurias que él y su familia habían recibido en la ciudad y que pidiera perdón por las faltas que él había cometido. Les contestó que si su perdón pudiera mitigar las penas, o hacer menos notorias las injusticias que su familia había tenido que soportar, con gusto convendría en ello; pero que él, conciente de la rectitud y honor de todos los actos de su vida, jamás solicitaría el perdón de sus indignos enemigos, menos considerando, como consideraba, a los mendocinos los más miserables de todos.

En seguida se quitó un valioso poncho que junto con su reloj encargó fuera depositado en manos de su suegra, la señora Fontecilla, por su confesor y entregado a su hijo, como único recuerdo de su infortunado padre.

Se sentó en el banquillo y cuando el verdugo vino a amarrarle los brazos, se levantó e indignado le ordenó que se retirase. Se dirigió en seguida al oficial que se encontraba a su lado, preguntándole que cuándo había visto a un noble oficial amarrado por un rufián? También rehusó le vendaran la vista y sentándose de nuevo con la mayor tranquilidad, se colocó la mano derecha en el pecho y dió a los soldados orden de disparar. Hicieron fuego y cayó, expirando al momento, sin agonizar. Recibió dos balazos en la frente y otros dos pasaron a través de la mano hasta el corazón. Después de decapitarlo y cortarle el brazo derecho, entregaron el cuerpo a su suegra y lo enterraron en el sepulcro de sus hermanos. La cabeza la pusieron en el Cabildo y el brazo bajo el reloj del mismo edificio.

Tenía Carrera al morir 35 años. Era alto, de buena presencia, de pelo obscuro, frente elevada, ojos también oscuros y penetrantes y nariz aguileña. Su aspecto sereno imponía el respeto aún a sus enemigos. Emprendedor, honrado y valiente, franco con sus amigos, exento de hipocresía y envidia. Su carácter

indulgente y parejo, no se alteraba ni por la adversidad, ni por la fortuna. Su benevolencia era tal que no merecía el nombre de virtud, pues traspasaba los límites de la prudencia, degeneraba en inexplicable debilidad. Sus enemigos, por más criminales que fueran, siempre encontraban en él generosidad y compasión; cuando llevaban a su presencia a hombres que hasta habían asesinado a algún soldado, los protegía, aún a expensas de la justicia, dándoles él mismo oportunidad de huir.

Desde Pueyrredón hasta el más insignificante de los enemigos de Carrera, fueron muy pocos los que dejaron de caer en sus manos, ya en persona, ya sus bienes; pero él siempre protegió a los primeros y respetó escrupulosamente los segundos.

Esa singular pasión de Carrera, la piedad para con sus enemigos que no debió haber ejercitado tanto, solo se explica como teniendo por base y causa una gran ambición o amor propio. Talvez creía que al tratar con bondad a sus enemigos, y comprometerlos con atenciones, llegaría a ganarlos. Si tal fué su idea, sufrió un gran desengaño y manifestó no conocer en absoluto el carácter de su pueblo.

Esa gran magnanimidad que lo habría inmortalizado en cualquier otro país, lo perdió en América, donde esta virtud es muy poco conocida y aún menos practicada. Sus enemigos atribuyeron al miedo su gran generosidad y algunos diarios tuvieron la audacia de llamar cobarde a aquél que con sólo 140 hombres y los recursos de su grau inteligencia, hizo temblar a todos los gobiernos y gobernadores del Atlántico al Pacífico.

Carrera no habría muerto en manos de los traidores, si los hubiera tratado como merecían, y si hubiera reservado su generosidad y grandeza de alma sólo a aquellos que eran capaces de comprenderlo y apreciarlo. Tampoco sus partidarios habrían tenido que sufrir por los crímenes imaginarios que le atribuyeron sus enemigos.

Si su ambición fué la de vivir sin tener jamás que reprocharse ningún acto de crueldad o injusticia, consiguió su deseo; pero es también más que probable que sus enemigos lleguen a negarle todas sus buenas cualidades. Jamás ordenó dar muerte a nadie, ni durante sus tres años de gobierno en Chile,

ni en todas sus campañas. La única persona sentenciada por él a muerte, fué un pariente suyo muy próximo y lo fué por un crimen que en cualquier otro habría pasado por alto y olvidado. El Congreso intercedió por el condenado, que fué deportado al Brasil y es hoy día un oficial de gran mérito en el ejército portugués.

El coronel Alvarez que fué ejecutado con Carrera murió como buen cristiano, después de manifestar gran valor y resignación en sus últimos momentos. También lo decapitaron y enviaron la cabeza a Bustos. Quisieron con esto concluir con los esfuerzos y esperanzas de los cordoveses, que lo veneraban y lo llamaban padre y protector.

El coronel Benavente, que esperaba ser fusilado junto con Carrera, tuvo en la mañana fijada para la ejecución, la sorpresa de que lo dejaran en el calabozo cuando sacaron al general. Su hermano don Juan José Benavente comerciante en Mendoza, acompañado de las personas más importantes de la ciudad, fué a ver al gobernador Godoy Cruz, para solicitar el perdón del coronel, el cual les fué concedido en caso de que Gutiérrez lo ratificara.

Inmediatamente se dirigieron a éste; pero el viejo mulato fué inexorable y resolvió vengarse de un hombre, cuya sola presencia bastaba en otro tiempo para hacerlo temblar. Los ciudadanos se retiraron muy disgustados de su nuevo general y con muy pocas esperanzas de obtener el perdón del coronel. Se recurrió a otro medio que dió buenos resultados. La señora de don Juan José Benavente en compañía de todas las demás señoras y niñas de la ciudad, vestidas de luto, se dirigieron a casa de Gutiérrez y por medio de adulaciones, tratándolo de valiente y generoso, consiguieron ablandarlo hasta el punto de entregarles un escrito en el que les concedía el perdón que solicitaban.

La hermosa comisión corrió a la cárcel para informar a Benavente que habían conseguido su perdón con Gutiérrez y que harían cuanto dependiera de ellas por aliviarle la permanencia en la prisión.

El coronel se impresionó en tal forma al apreciar la bondad y generosidad de las señoras que permaneció un rato incapaz de contestarles. El recibir de esas manos la vida, le impresionaba más que perderla en el banquillo.

A todos nosotros se nos encarceló juntos y de día en día esperábamos ser fusilados o asesinados. Sin embargo no nos desanimamos, antes por el contrario nos estimulábamos unos a otros para morir con resolución. Todos estábamos resueltos a imitar el noble ejemplo de nuestro jefe que supo mirar a la muerte, cara a cara, sin terror y dirigirse al encuentro de ella como al de una amiga que iba a librarlo de la ingratitud de un pueblo; pero no, Chile no fué, ni jamás podrá ser ingrato con Carrera. La opresión podrá encadenarlo, la tiranía quebrantar el espíritu de sus habitantes; pero sus mejores hijos, hasta las generaciones más remotas, todos venerarán la memoria de aquel que fué el primero en levantar la espada en defensa de sus derechos.

El gobierno de Buenos Aires envió al de Mendoza una fuerte reprensión por su bárbara conducta con nosotros, diciéndole que no había ley que lo autorizara para disponer de la vida de los americanos en una forma tan bárbara y que jamás en las múltiples revoluciones ocurridas en Buenos Aires, había tenido lugar un acontecimiento que, como la muerte de Carrera, en tal forma degradara el carácter de los porteños.

Una buena parte de los habitantes de Mendoza, nos era favorable y declaraban abiertamente que no seríamos fusilados. También los indios (que nos andaban buscando) llegaron hasta la frontera, cerca de San Carlos y enviaron una diputación a la ciudad para pedir nuestra libertad. El gobernador hizo sacar inmediatamente del Cabildo la cabeza y el brazo de Carrera, temeroso de que los indios pudieran verlos y habló con la señora Fontecilla para que los enterrara junto con el cuerpo. Consiguieron así engañar a la diputación y les aseguraron que no nos encontrábamos en la ciudad y que nos habían mandados a Chile.

Cinco de nuestros oficiales que fueron hechos prisioneros por los san juaninos en la batalla de Punta del Médano, fueron encarcelados en San Juan. El gobernador, furioso con los

que les perdonaron la vida, buscaba para quitárselas, un medio que tuviera apariencias de justicia. Muy pronto encontró lo que deseaba; envió por ellos a los cuarteles para verlos en su casa, una vez en ella, les repartió boletas que les permitían alojarse en ciertas casas de la ciudad y vivir en ellas a su gusto. Los oficiales se retiraron muy agradecidos por el favor que se les concedía; pero dos días después fueron tomados presos y fusilados en la plaza, so pretexto de haber tramado una revolución para deponer a su libertador el gobernador Sánchez.

Quisieron formar una historia semejante con nosotros; pero el temor de una revolución en Mendoza y de las consecuencias que pudiera acarrearles nuestra muerte, les impidió asesinarlos.

Albino Gutiérrez recibió del Gobierno de Chile, por habernos arruinado, el rango y sueldo de brigadier general y fué hecho miembro de la Legión del Mérito. El doctor Godoy Cruz, gobernador de Mendoza, un motilón supersticioso, (el puesto más bajo entre los frailes) que jamás usó una espada, ni divisó al enemigo, fué también hecho miembro de la Legión del Mérito y honrado con el título y sueldo de brigadier general de ejército chilenc.

¡Dichoso el país que pudo ver sin sentimiento tales honores conferidos a las mismas personas que ayudaron a remachar sus cadenas!

En la *Gaceta Chilena* se publicó una larga pero falsa relación de nuestra última batalla. En ella se decía que el general y los oficiales habían sido hechos prisioneros en el combate y atribuía el asesinato de algunos oficiales y de muchos soldados, como ejecutados en defensa propia.

P. S.—Me parece haber omitido al dar cuenta de la batalla de Punta del Médano al número de las fuerzas de los mendocinos, eran 600 infantes y de 500 a 600 hombres de caballería.

CONCEPTO MODERNO DEL SOCIALISMO (1)

(I. El socialismo. Noticia histórica.—II. Definición proudhoniana del socialismo: Las diversas escuelas.—III. Concepto moderno del socialismo. El comunismo colectivista: definición.—IV. El comunismo anárquico.)

I

El actual régimen económico y sus bases constitutivas son combatidos por una serie de teorías y doctrinas sobre organizaciones sociales que, en su conjunto, llevan el nombre genérico de socialismo.

El socialismo es más antiguo que la economía política, puesto que ha habido socialistas mucho antes que existieran economistas.

La economía política nació a mediados del siglo XVIII con los fisiócratas, quienes atribuían a la naturaleza, con mucha lógica, el origen exclusivo de todas las riquezas. El socialismo, como sistema de organización social que supone derivados de la colectividad los derechos individuales, y que, de consiguiente, da al Estado la potestad de modificar las condiciones de la vida civil en conformidad al postulado social, remonta a la era pre-cristiana; pero sólo ahora se han precisado los términos, y el socialismo ha salido de esos contornos vagos e indecisos que todavía perduran en el concepto de la generalidad.

Y esta precisión la debe justamente el socialismo a su antagonismo con la economía política clásica, la cual hace derivar del individuo todos los derechos sociales.

Entre los precursores antiguos del socialismo debemos contar a Platón (347 a. J.-C), en su obra *La República*; a San Agustín (430), en su obra *La Ciudad de Dios*; a Tomás Morus (1535),

(1) Capítulo de un libro en preparación.

autor de *La Utopía*; a Tomás Campanella (1639), en su obra *La Ciudad del Sol*; y a numerosos modernos padres de la Iglesia Católica, que en sus discursos exaltaron la dignidad de los pobres y abominaron de la egoísta y estéril quietud de los opulentos.

En el siglo XVIII los filósofos que promovieron las corrientes de ideas que culminaron en el más grande de los acontecimientos modernos, señalado por la historia como la iniciación de una nueva era, la Revolución Francesa, escribieron páginas lapidarias impregnadas del espíritu socialista.

El barón de Montesquieu (1755) escribió: «Las riquezas particulares sólo aumentaron cuando se quitó a una parte de los ciudadanos aquello que necesitaba para vivir; es preciso, pues, que le sea devuelta. Preciso es también que las leyes, dividiendo y subdividiendo las fortunas, pongan al ciudadano pobre en condiciones de comodidad que lo capaciten para trabajar como los demás; y a cada ciudadano rico colocarlo en tal mediocridad que le sea indispensable el trabajo para adquirir y conservar... La ley natural ordena a los padres que atiendan a la alimentación de sus hijos; pero no les obliga a instituirlos herederos... Si en un Estado las riquezas se repartiesen por igual, desaparecería el lujo, que está fundado en las comodidades que se proporcionan mediante el trabajo ajeno. Para que las riquezas se repartan equitativamente, la ley sólo dará a cada hombre lo estrictamente necesario para vivir, porque si se le diese mucho más, unos se distinguirían gastando, mientras otros se dedicarían a atesorar, y sobrevendría otra vez el reinado de la desigualdad».

Juan Jacobo Rousseau (1778) escribió: «El primer hombre que, habiendo cercado una porción de terreno, se atrevió a decir: *esto es mío*, y encontró cándidos que le creyeran, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, miserias y horrores hubiera ahorrado al género humano aquel que, arrancando estacas, arruinando mugas i rellinando fosos, hubiese gritado a sus semejantes: ¡Cuidaos de escuchar a ese impostor! ¡Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie... La competencia y la rivalidad de una parte, la oposición de in-

tereses, y el siempre oculto deseo de sacar provecho a expensas de los demás, son, por otra parte, el primer efecto de la propiedad... El rico ve sin piedad a esos desgraciados que el incesante trabajo abruma y que apenas logran un pedazo de pan duro y negro que tan sólo servirá para prolongar su miseria. No encuentra extraño que el beneficio esté en razón inversa del trabajo, y que un holgazán voluptuoso y necio se nutra con el sudor de un millón de desdichados, extenuados de cansancio y abatidos por la necesidad... Fuera de la sociedad, el hombre aislado que no debe nada a nadie, tiene derecho a vivir según le plazca; pero dentro de ella, donde vive necesariamente a costa de los otros, él debe en trabajo el precio de su sostenimiento, y esto, sin excepción alguna. El trabajo es, pues, un deber ineludible para el hombre que vive en sociedad. Rico o pobre, poderoso o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón... El soberano (la sociedad) no tiene ningún derecho a tomar nada del bien de un particular ni del de muchos, pero puede justificadamente apoderarse del bien de todos».

Los revolucionarios de 1789, encargados de llevar a la práctica las ideas de estos filósofos y las de los numerosos sabios que colaboraron en la *Enciclopedia* (1772), dirigida por d'Alembert y Diderot, plantearon y resolvieron únicamente el problema desde el punto de vista de la igualdad legal y política y se detuvieron ante la igualdad económica. Graco Babeuf, el último verdadero socialista de la Gran Revolución, planteó tardíamente el problema en su *Manifiesto de los Iguales*. El mundo estaba fatigado de destruir viejas instituciones tradicionales, y se detuvo delante de la institución propietaria. Babeuf fué condenado a morir por el Directorio el año 1797.

Pero las ideas emitidas por Babeuf debían sobrevivirle. En efecto, en Enero de 1848, Carlos Marx y Federico Engels lanzaron su *Manifiesto del Partido Comunista*, destinado a tener una influencia profunda en la vida del proletariado. En él se sentó el postulado obrero de que «la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos», con lo que se inauguró la lucha de clases. El Manifiesto termina con estas palabras surgidas como un espontáneo desahogo de pro-

testa de todos los obreros del mundo: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»; palabras que hacían un llamado a la confraternidad internacional obrera, al mismo tiempo que convertían la «cuestión social», de simplemente nacional, en internacional.

Por lo demás, nada tiene de extraño esta última conclusión, puesto que la solidaridad internacional de los capitalistas es un hecho reconocido por los mismos tratadistas de la economía política clásica, y es natural que este mismo hecho fluya de la otra faz del capitalismo: el proletariado.

A mayor abundamiento, la cuestión social ha sido reconocida, como un problema internacional, por el más grande de los documentos diplomáticos de la post-guerra: el *Tratado de Paz de Versalles* de 28 de Junio de 1919. De manera que el internacionalismo obrero o los problemas que él suscita, proclamado por Marx y Engels en 1848, han sido corroborados por las Altas Partes Contratantes setenta y un años más tarde.

La justicia histórica ha comprobado que todas las ideas emitidas por Marx y Engels en el célebre *Manifiesto del Partido Comunista*, están basadas o tienen su punto de partida en el *Manifiesto de los Iguales* del francés Babeuf.

Con todo, la *lucha de clases*, obreros contra capitalistas, proletarios contra burgueses, como medio de defensa y de preparación de la victoria final obrera, es una invención de los alemanes Marx y Engels, y es justamente este principio el que ha constituido la popularidad del *Manifiesto del Partido Comunista*.

II

Comunmente se entiende por *socialismo* una serie abigarrada de doctrinas y de sistemas sociales que permitieron a Proudhon definirlo ante un Tribunal de Justicia como *toda aspiración que tiende al mejoramiento de la sociedad*, definición que permitió a los miembros del Tribunal exclamar:

—Entonces todos somos socialistas.

—Es lo que yo pienso, replicó Proudhon.

En este orden de ideas entran en el rubro general de socialismo todas las escuelas de reformas sociales cuya tendencia es

una evolución progresiva dentro de las bases constitutivas del régimen económico existente.

Estas escuelas, por lo regular, preconizan:

a) La ampliación de las funciones administrativas del Estado. La administración pública, en tesis general, es el órgano de que se valen los gobernantes para mantener el principio del orden dentro del progreso nacional. Los socialistas desean extender, lo más posible, las funciones gubernamentales, como un sistema que sirve para quitar progresivamente al Estado el rol político y aumentar su rol económico, y como un medio para transformar la empresa económica individual en empresa económica colectiva.

b) Todas estas escuelas están contestes en que la sociedad actual padece de ciertos males, de ciertas injusticias heredados de los regímenes económicos ya abolidos, y que para salvarla es menester corregirlos, mediante una prudente adaptación de los fenómenos económicos a las nuevas costumbres morales y consuetudinarias de derecho.

c) Todas constatan las leyes naturales; pero mientras la escuela clásica las cree inmutables y como rigiendo por sí solas las complejas manifestaciones sociales, las escuelas socialistas piensan que ellas son susceptibles de modificaciones, en armonía con el progreso de las demás ciencias sociales.

d) Por fin, las escuelas socialistas al estilo proudhoniano piensan que el régimen capitalista actual, en el cual la producción es colectivista y la repartición de los productos individualista, atraviesa un momento de inestabilidad, de desequilibrio, que puede producir la ruina del sistema si no se procura detener oportunamente este movimiento de desintegración, estableciendo hasta donde sea dable la armonía entre la producción y el reparto.

III

Pero las ideas anteriormente emitidas aparecen al observador desapasionado, más que como el verdadero socialismo, como infiltraciones de éste en el régimen económico en que vivimos.

De las palabras ya dichas se infiere que el problema de la producción está resuelto, y que se trata de encuadrar en éste el problema de la repartición de los productos.

Y bien, la institución económica que causa este desorden es la concentración industrial, la grande industria, la propiedad capitalista, en una palabra, que permite la reunión de los bienes, en forma de empresa individual o colectiva, en manos de un solo individuo o de un reducido número de personas; que permite a éstos explotar una gran masa de trabajadores, explotación que da por resultado la formación de una clase social sui-generis, el proletariado obrero.

Toda clase social es el producto, la expresión de un modo de producción determinado; el proletariado es el producto y la expresión del modo de producción que distinguimos bajo el nombre de producción capitalista (1).

El socialismo pretende, al mismo tiempo que la conservación de los valores adquiridos, hacer desaparecer estas dos clases sociales yuxtapuestas, y sustituirlas por la incorporación del proletariado al régimen burgués de empresa; quiere ser el heredero de una civilización que estima ya ha alcanzado el punto máximo de su carrera y que, de consiguiente, ya declina.

Siguiendo a Marx, el capitalismo, en razón de las leyes íntimas que lo rigen, es decir, de su propia naturaleza, ha entrado por una vía que conduce al mundo actual a las puertas del mundo futuro, con el mismo rigor forzoso que caracteriza las evoluciones de la vida orgánica.

Este movimiento comprende una larga construcción capitalista y se termina por una rápida destrucción de ella, que es la obra del proletariado. El capitalismo crea: la herencia que recibirá el socialismo, los hombres que suprimirán el régimen actual, y los medios de producir esta destrucción, al mismo tiempo que se opera la conservación de los resultados adquiridos.

El capitalismo engendra las nuevas maneras de trabajar; impulsa la clase obrera a las organizaciones de revuelta por la compresión que ejerce sobre el salario; restringe su propia base

(1) W. SOMBART, *Le socialisme et le mouvement social au XIX siècle*, Paris.

política por la concurrencia que elimina constantemente a los jefes de industria. Así, después de haber resuelto el gran problema de la organización del trabajo, sobre el cual los utopistas habían imaginado tantas hipótesis ingenuas, el capitalismo provoca el nacimiento de la causa que lo volcará, lo que hace inútil todo lo que los utopistas habían escrito para inducir a las gentes esclarecidas a hacer reformas; arruina progresivamente el orden tradicional, contra el cual las críticas de los ideólogos se habían mostrado de una insuficiencia tan deplorable. Se podría, pues, decir que el capitalismo desempeña un papel análogo al que Hartmann atribuye a lo inconsciente en la naturaleza, puesto que prepara el advenimiento de formas sociales que no pretende de ningún modo provocar. Sin plan de conjunto, sin ninguna idea directriz, sin el ideal de un mundo futuro, determina una evolución perfectamente segura; saca del presente todo lo que éste puede dar para el desarrollo histórico; hace todo lo que es necesario para que una era nueva pueda aparecer, de una manera casi mecánica, y para que rompa todo vínculo con la ideología de los tiempos actuales, a pesar de la conservación de las adquisiciones de la economía capitalista (1).

¿Cómo pretende producir esta evolución cercana de la revolución? Por la socialización, o goce común por todos los trabajadores de los bienes de producción. Ciertamente que para llegar a este desideratum no bastan los simples trastornos políticos, sino una transformación fundamental de la sociedad. En este sentido y sólo en este único sentido, Marx intituló su manifiesto, *Manifiesto del Partido Comunista*. La posteridad ha consagrado el sistema social de Marx con el nombre de *colectivismo*, para distinguirlo del *comunismo anárquico*.

Se trata, pues, de poner al alcance de todos los hombres los bienes económicos de producción y dejar los bienes de consumo bajo el régimen de propiedad individual. Importa entonces determinar, con alguna precisión, qué se entiende por bienes económicos de producción y qué se entiende por bienes económicos de consumo.

(1) G. SOREL, *Réflexions sur la violence*, París.

Bienes económicos de producción, o medios de producción, son los capitales simples cuya destinación normal es: o producir (con o sin la cooperación del hombre) los bienes de consumo, o permitir la repartición de los bienes económicos existentes. Entre éstos deben contarse especialmente las cosas siguientes, con sus dependencias y accesorios: a) las tierras, que sirven de fuente de producción a nuevos bienes, es decir, los campos, las selvas, las minas, los ríos y demás vías navegables; b) las fábricas y otros establecimientos industriales semejantes; c) los medios de transporte en general, esto es, no solamente los ferrocarriles, los vapores, los caminos, las vías fluviales, sino también los almacenes y las instituciones accesorias que sirven a la distribución normal de las riquezas; d) las materias primas necesarias a la producción.

El objetivo último de la producción es siempre la creación de bienes de consumo. Estos bienes son aquellos que sirven para satisfacer directamente nuestras necesidades o que sirven para proporcionarnos un goce cualquiera, ya sea este goce de carácter permanente o pasajero.

Los bienes de consumo nos procuran, pues, una utilidad inmediata, y no pueden gozarse normalmente sin que disminuya sensiblemente su valor con el tiempo o sin su destrucción completa. Entre éstos deben figurar: los castillos, chalets, jardines y casas particulares; todo lo que figura en ellos: muebles, objetos de arte, libros, todo cuanto contribuye a nuestro inmediato bienestar. Sobre todos estos bienes el socialismo colectivista o comunista conserva la propiedad privada actual en sus formas esenciales, salvo su repartición social más racional y equitativa.

Carlos Marx, en su *Manifiesto del Partido Comunista*, propone textualmente las siguientes medidas transitorias para llegar al establecimiento definitivo de su sistema: 1.º Expropiación de la propiedad de la tierra y confiscación de la renta territorial en beneficio del Estado. 2.º Impuesto fuertemente progresivo. 3.º Abolición de la herencia. 4.º Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y de todos los rebeldes. 5.º Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital del Estado y con el monopolio exclusivo.

6.º Centralización, en manos del Estado, de todos los medios de transporte. 7.º Aumento de las manufacturas nacionales y de los instrumentos de producción, cultivo de las tierras incultas y mejoramiento de las tierras cultivadas, siguiendo un plan general. 8.º Trabajo obligatorio para todos, organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura. 9.º Combinación del trabajo agrícola e industrial, medidas tendientes a hacer desaparecer la distinción entre ciudad y campo. 10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de los niños en las fábricas en la forma practicada hoy. Combinación de la educación con la producción material, etc., etc.

De estos antecedentes puede colegirse, con todo rigor, que el socialismo comunista, colectivista o científico de Marx está muy lejos de ser una doctrina negativa, que quiere hacer tabla rasa de todo lo existente. Por el contrario, es una doctrina eminentemente constructiva que tiende a la conservación y a la ampliación de los favores y comodidades que la presente civilización debe conferir a la gran masa de beneficiarios, a la mayoría absoluta de los hombres.

Su base esencial es el trabajo, el trabajo que edifica, que ennoblece, que eleva nuestra existencia por sobre la materialidad terrena a la inmensa espiritualidad de los cielos. El trabajo obligatorio para todos, con el lema; *el que no trabaja, no come*, y como consecuencia, el reconocimiento de la propiedad individual en su función social.

Estamos, pues, en situación de corroborar y completar el concepto que nos ha merecido la propiedad en el capítulo anterior: la propiedad es una institución humana que tiene un fin social basado en el trabajo.

Concretando nuestras ideas, podemos también decir que socialismo es una doctrina que, fundándose en la substitución de la administración política de los hombres por la administración económica de la producción y la socialización de los bienes o medios que sirven a esta producción, pretende abolir la lucha de clases y establecer la armonía y la concordia sociales mediante el trabajo obligatorio.

IV

En oposición al comunismo colectivista, centralista y autoritario fundado por Marx, que preconiza la conquista del poder político para dictar leyes en beneficio de los obreros, está el comunismo anárquico, federalista y autonomista, fundado por el ruso Miguel Bakounine, que preconiza la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, *fuera de toda autoridad directiva, aunque esta autoridad sea elegida y consentida por los trabajadores.*

Esto es precisamente el anarquismo, que, propiamente, no merece el nombre de socialismo, por cuanto difiere de todas las escuelas inspirados en éste, por caracteres absolutamente opuestos.

Mientras que el socialismo quiere hacer más fuerte al Estado, el anarquismo quiere la abolición de todo Estado, aspiración que se sintetiza en su lema «ni Dios ni amo». Mientras el socialismo respeta la propiedad individual en cuanto a bienes de consumo se refiere, el anarquismo suprime en absoluto toda clase de propiedad. Mientras el socialismo persigue la reglamentación de la actividad económico-social, el anarquismo aboga por la supresión de toda ley.

El anarquismo debe considerarse como una rama o escuela basada en la escuela liberal, individual o clásica de la economía política burguesa. En efecto, con esta ciencia oficial y universitaria el anarquismo tiene muchos puntos de contacto: La economía política liberal desea reducir al minimum el papel del legislador; el anarquismo, suprime toda ley. La economía política clásica toma al individuo como el único factor y propulsor del progreso social; el anarquismo propicia el individualismo llevado hasta sus límites más extremos. La economía política oficial como el anarquismo persiguen la libertad absoluta y el funcionamiento de las leyes naturales entregadas a sí mismas.

El anarquismo y la economía política se diferencian únicamente en esto: Mientras la economía política clásica preconiza la propiedad privada en todas sus formas, como un medio de estimular la libre iniciativa personal y social, el anarquismo la

suprime completamente, porque estima que la propiedad individual es incompatible con la plena independencia del individuo, o cuando menos que no puede dársele a uno sin quitársela a los demás.

El punto de partida de todo anarquismo, como el punto de partida de la escuela de economía política consagrada, es el individuo, el yo considerado como unidad simple, como ente absoluto, inconmensurable e insociable por su naturaleza misma, incapaz de entrar en ninguna combinación social sin sentirse ahogado, arbitrariamente comprimido. Con un punto de partida semejante es imposible llegar a reconstruir la sociedad, la idea social, puesto que se comienza por negarla radicalmente, como que sería absurdo querer modificar la sociedad con unidades insociables y aisladas; tan absurdo como pretender recomponer el movimiento con unidades inmóviles.

Erigir estas abstracciones en realidades es volver la espalda radicalmente a la vida y a la verdad; es confundirse y perderse en el simplismo conceptual de un racionalismo quimérico y falso. Tal es, sin embargo, el error esencial de la metafísica anarquista.

El socialismo, por el contrario, empieza por sentar la realidad del ser social, por reconocer a la sociedad como el laboratorio en que se elaboran y combinan los elementos del porvenir.

Para el socialismo, sociedad no es ni puede ser yuxtaposición, adición arbitraria de individuos que no pueden entrar en un sistema dado social sin limitarse y disminuirse mutuamente, sino, al contrario, cooperación en que los esfuerzos se multiplican recíprocamente, de tal manera que para el individuo no hay pérdida sino ganancia al formar parte de ella. Para la sociedad, aislamiento significa impotencia, miseria, incapacidad; y asociación significa poder, riqueza, capacidades centuplicadas. En una palabra, para el socialismo la sociedad es la realidad y el individuo la abstracción, la parte. El ser social tiene una realidad de la cual el individuo no es más que un aspecto, un fenómeno, lo que niega precisamente el anarquismo, que ve en el individuo la sola realidad.

De ahí que el anarquismo haya sido una protesta permanente contra la civilización capitalista, que exige tantos esfuerzos para dar tan poca felicidad. Esta continua protesta, mirada en el fondo, no es más que la rebelión del individuo perezoso, del salvaje que siente perdida la libertad primitiva, el dulce *far niente* y vagancia, y que se insubordina contra un régimen laborioso, de justa equidad, que lo obliga a la bienhechora y fecunda disciplina del trabajo.

Esta protesta constante contra un régimen de opresión y de violencia, calificado de bárbaro y monstruoso, es puramente negativo y reaccionario. Es la protesta de clases *extra-capitalistas*, cuya vida, hábitos y sentimientos *ultra-tradicionales* han sido trastornados por el capitalismo.

Tal es, en breve síntesis filosófica, el anarquismo. Aparece más bien como una exageración de la escuela individualista, que no sólo informa a la escuela económica, sino también a todos los códigos y a casi todas las instituciones sociales modernas.

El individualismo es la reacción contra el régimen corporativo de la Edad Media. A su vez, el socialismo de hoy es la reacción contra el régimen individualista inaugurado por la Revolución Francesa.

RÓBINSON HERMANSEN.

LA GALLINA DEGOLLADA

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos, y volvían la cabeza con la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se oculta tras el cerco al declinar, los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban, se refan al fin estrepiteosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años y el menor nueve. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer y mujer marido hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció, bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando la causa del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el instinto; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido!—sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!... ¡sí!...—asentía Mazzini.—Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que?...

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creí cuando ví a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo, un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló su amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los diez y ocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Vein-

tiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas de dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos y, punto por punto, repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero, pasados tres años, desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombres: *tus* hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece—díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos—que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo, como si no hubiera oído.

—Es la primera vez—repuso al rato—que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así?—alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no!—se sonrió Berta, muy pálida—¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!...—murmuró.

—¿Que no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos!—articuló, secándose por fin las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir ..

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fué el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebatado y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aun en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara dis-tendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde

el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fricción, es cuando ya se comenzó a humillar del todo a una persona. Antes se contenían aún por la común falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afectos posibles. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacia tres horas que no hablaban, y el motivo fué, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces?...

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió desdeñosa:

—¡No, no te creo tanto!

—Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

—¡Qué! ¿qué dijiste?

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin!—murmuró con los dientes apretados.—¡Al fin, vibora, nas dicho lo que querías!

—¡Sí, vibora, sí! ¡Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez:

—¡Vibora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir!
¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, vibora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita, selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente, una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueron los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba, escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, su gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato y ella lloró desesperadamente pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándola con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar fresca a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse y vió a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación. Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuanto más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritable era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Echelos! ¡Echelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fué a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar

el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse en seguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había transpuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternales, quería observar por su cuenta. Detenida al pié del cerco, miraba compasiva la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aun. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hizole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y como en puntas de pié apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pié para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pié, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

¡Soltáme! ¡dejáme!, gritó sacudiendo la pierna.

Pero fué atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá!—lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

¡Mamá, ¡ay! Ma... —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio:

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita!—alzó más la voz, ya alterado.

Y el silencio fué tan fúnebre para su corazón siempre aterrado; que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija!—corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vió en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

HORACIO QUIROGA.

CARACTERES DE LA CRISIS ECONÓMICA ACTUAL DEL PERÚ

Por esta misma época, el año pasado, el Perú gozaba de un período de, al parecer, ilimitada prosperidad. Reinaba en todos los círculos el mayor optimismo y se formulaban, sobre la base de los precios reinantes, risueños cálculos sobre las enormes sumas que entrarían en el país en concepto de saldo de nuestra balanza comercial. Con excepción del caucho y de la lana, que se encontraban ya deprimidos, pero cuya importancia en la economía del país se puede llamar regional, todos nuestros productos se vendían a precios altamente remuneradores, y tres de ellos, la plata, el azúcar y el algodón, alcanzaban cotizaciones jamás soñadas por sus afortunados productores, a quienes enriquecían rápidamente, siendo de notar de modo especial la mayor difusión, tanto geográfica como respecto al número de individuos beneficiados, producida por el último de los productos aludidos. En fin, sería inútil extender estos someros apuntes pintando con más detalles el cuadro de esa miliunanochesca prosperidad, pues es tan reciente que nadie puede haberlo olvidado.

Pero al finalizar el primer semestre del año y, más marcadamente al comenzar el segundo, los precios sufrieron un retroceso. Esto no intranquilizó a la mayoría de los interesados. Engeñados por un largo período en que, contra lo que es usual, el mercado estaba bajo el imperio del vendedor, atribuían, sin más examen, la baja producida a una de esas formidables especulaciones a que suelen entregarse los colosos del capitalismo americano y esperaban confiadamente que en dos o tres meses los precios volverían al nivel anterior y aún lo sobrepasarían. El narcótico de los «sueños de oro», aquí, como en todas partes,

había obrado eficazmente y, a pesar de las reflexiones de los cautos y de los consejos de los prudentes, todos, con pocas excepciones, rehusaban restregarse los ojos para poner atención en las señales ya evidentes de la crisis próxima a desencadenarse. Casi nadie quería detenerse por un momento a pensar que la gran guerra no podía haber enriquecido al mundo en conjunto; que, por el contrario, la destrucción de riqueza había sido enorme y que los pueblos empobrecidos no podían pagar indefinidamente sus consumos a los fantásticos precios que éstos habían alcanzado. El fenómeno siempre observado del excesivo y contagioso optimismo que acompaña a los períodos álgidos de prosperidad y que contribuye a intensificar malsanamente sus efectos, impedía tomar nota de los síntomas que indicaban la primera etapa de la crisis en que aún se debate el mundo para «volver a la normalidad», expresión ésta cuyo verdadero alcance y significado es objeto de muy variadas y a menudo erradas opiniones.

Entretanto, la reacción no se producía; los precios de casi todas las materias primas seguían bajando, a la mitad, a la tercera, a la quinta parte de los máximos recientemente obtenidos; las cotizaciones, como en el caso del algodón, llegaron, con asombro y consternación de los que despertaban a la realidad, a indicar cifras inferiores al costo de producción; se produjo, por fin, la estagnación de algunos productos: no había compradores. ¿Qué había pasado? ¿Cómo se había producido este repentino cambio en la situación? ¿De qué modo un estado de confianza y florecimiento se había trocado repentinamente en uno de zozobra y depresión? ¿Era ésta una de esas crisis periódicas de superproducción, que los socialistas atribuyen a la organización capitalista (1) y que la ciencia económica ha estudiado en su ritmo y demás manifestaciones (2), o se trataba de un caso excepcional con fisonomía y antecedentes propios? Para los observadores atentos no cabe dudar que la segunda de estas suposiciones es la verdadera, pues aunque la crisis tiene muchos rasgos comunes con los períodos de depresión

(1) *The Socialist Movement*, por J. Ramsay Mac-Donald.

(2) *Les Crises périodiques de surproduction*, por Albert Aftalión.

que se presentan en las oscilaciones cíclicas de los precios, tales como marcada *generalidad y carácter internacional*, sus antecedentes y manifestaciones la constituyen en un caso aparte, digno de la mayor observación y estudio.

Europa ha sido el centro manufacturero más grande del mundo. Su condición antes de la guerra era la de importar productos alimenticios y materias primas de todas partes del globo, cuyo valor cubría con productos manufacturados. Este estado de cosas cambió substancialmente durante el gran conflicto. Todos sabemos que en esa época no podíamos obtener de ella las manufacturas a que estábamos acostumbrados y tuvimos que buscarlas en Estados Unidos, cuya industria no estaba preparada para atender la gran demanda mundial, lo que, unido al gran consumo y destrucción improductivos de los beligerantes, determinó la escasez de muchos artículos y la carestía de todos. Cuando sobrevino el armisticio, fué creencia general que volvería rápidamente la normalidad económica. Se creyó que Europa recuperaría en muy breve tiempo su capacidad industrial. De ahí la gran paralización que se produjo en las transacciones a fines de 1918 y que duró hasta los primeros meses de 1919, la que tuvo su origen en el compás de espera que hicieron todos los compradores en la expectativa de adquirir sus mercaderías a precios más bajos. Pronto se descubrió el error: el renacimiento industrial de Europa no se produjo con la rapidez esperada; aun hoy día, la producción industrial europea no está a la altura que tenía antes de la guerra. En vez de entregarse con toda decisión al trabajo y de inundar al mundo con sus manufacturas, Europa, como una reacción de las privaciones y de la tensión nerviosa sufridas durante la guerra, se vió inundada por una ola de pereza y por un deseo desenfrenado de consumir. En lugar, pues, de exportar artículos manufacturados, tuvo que importarlos en grandes cantidades de los demás países, principalmente de Estados Unidos. Los precios subieron de nuevo rápida y extraordinariamente. La actividad industrial en Norte América, el Japón y otras naciones adquirió caracteres febriles. El alza del precio de las manufacturas se reflejó en las materias primas y en casi todos los productos, estimulando las industrias agrícolas y extractivas, y encarecien-

do, como consecuencia, las tierras y demás fuentes de producción. Como no podía dejar de suceder, la especulación se hizo cargo del movimiento ascendente y lo llevó hasta los límites de lo fantástico. Un optimismo epidémico se apoderó de todos. Había comenzado el gran *boom*, la gran *boya* que culminó en los inverosímiles precios de mediados del primer semestre de 1920.

¿Por qué se detuvo este movimiento ascendente de los precios? ¿Qué originó luego su rápido descenso y la estagnación que después sobrevino y que aún subsiste? Que casi todas estas compras que hacía Europa, que casi toda esta enorme actividad adquisitiva que desarrollaba el Viejo Continente descansaba sólo sobre el crédito, sobre el crédito proporcionado principalmente por los manufactureros y banqueros americanos, el cual había llegado a tal grado de expansión, que a no poner rápido fin a ésta, se habría producido el colapso, la catástrofe monetaria y financiera más pavorosa de la historia.

Un economista americano, B. M. Anderson Jr., calcula que la suma en que se endeudó Europa respecto a Estados Unidos, durante el período comprendido entre mediados de 1919 y mediados de 1920,—hecha abstracción de las sumas prestadas directamente por el Tesoro americano a los gobiernos europeos, las que no son inmediatamente exigibles,—ascienden a \$ 3,500.000,000. El mismo economista estima que esa suma debe haber alcanzado en Septiembre de 1920 a ¡cuatro mil millones de dólares! no consolidados en forma alguna de empréstito ni de pagos diferidos y que constituyen, por tanto, una deuda comercial constantemente exigible. Esta deuda de Europa a Estados Unidos está centralizada, en gran parte, en Londres. La banca londinense no sólo ha financiado las compras de su propio país en el extranjero, sino que ha absorbido los francos, libras, marcos, dracmas, etc., que los países del continente, a falta de productos de su industria, ofrecían en pago de las adquisiciones que hacían en ultramar, cambiándolos por créditos en libras esterlinas domiciliados en Londres, que eran recibidos en pago por los banqueros y exportadores de otros países, especialmente de Estados Unidos. Londres tiene, pues, a su favor muchos saldos en Francia, Italia, Grecia, Alema-

nia, etc., en las monedas de esos países, y debe a Estados Unidos fuertes sumas en libras esterlinas o en dólares. De ahí que la depreciación de la libra esterlina en Nueva York sea mayor que lo que justificaría el estado de las propias finanzas de Inglaterra. Puede dar una idea de esta expansión del crédito bancario en Estados Unidos el saber que el aumento experimentado por los préstamos e inversiones de los bancos ligados al sistema de reserva federal, durante el período comprendido entre el 11 de Abril de 1919 y el 9 de Abril de 1920, fué de 27,4 por ciento, y el aumento en el mismo renglón, en todos los bancos nacionales del mismo país, fué de 24 por ciento. Lo mismo puede decirse de los bancos ingleses de Junio de 1919 a Junio de 1920, los descuentos y avances de veinte de los principales del Reino Unido, excluyendo al Banco de Inglaterra, aumentaron en 41 por ciento.

Los productos, consistentes casi exclusivamente en artículos alimenticios y materias primas, que los países centro y sudamericanos exportaban a Europa eran pagados, pues, en último término, en su mayor parte, con el crédito que Estados Unidos otorgaba a Europa, ya sea que se embarcaran para aquel país para ser reexportados, manufacturados o no, al Viejo Continente, ya sea que se enviaran directamente a los puertos de éste. Gran parte de las letras sobre Londres que se giraban, en este último caso, iban a ser vendidas en Nueva York para convertirlas en dólares. Si no se hubiera otorgado tan fabuloso crédito, la exportación a Europa hubiera sido mucho más reducida y los precios no habrían alcanzado la elevación que tuvieron. El café del Brasil y de Colombia, las lanas argentinas, el salitre de Chile, el cacao del Ecuador, los azúcares de Cuba y del Perú, nuestro algodón, etc., dependían, pues, en forma decisiva de que esa liberal, diremos excesiva, provisión de crédito se mantuviera. Influyó también en que los precios de estos y otros productos permanecieran altos, la equivocada teoría apuntada por algunos y grandemente explotada por los especuladores de que había una escasez mundial de materias primas, sin tomar en cuenta que la guerra se había desarrollado no en los países que las producen, sino en los países manufactureros y que, por tanto, mientras la capacidad de éstos para

manufacturar había sufrido menoscabo, la de los países productores de esas materias, excepto Rusia, no sólo no había experimentado daño alguno, sino que se había acrecentado grandemente al estímulo de los altos precios. El secretario de Comercio Hoover lo ha declarado ya,—y la ley Fordney es de ello una prueba,—que ha afluído a Estados Unidos más cantidad de materias primas que las que sus fábricas pueden elaborar, deprimiendo, así, enormemente los precios de las materias primas de producción nacional.

Además de esto, los períodos de altos precios y de grande especulación constituyen una «anormalidad», de la que, al fin de cuentas, sólo obtienen provecho los muy avisados y producen a la colectividad daños de los que no se repone sin grandes sufrimientos. Todo precio que se mantiene debajo de su nivel natural o se eleva por encima de éste, produce complicaciones y problemas, entendiéndose por «nivel natural» el precio que resultaría de la libre competencia en un mercado abierto. Durante la guerra la competencia fué anulada por la fijación de precios establecida por casi todos los gobiernos, y durante la «boya» en que nos ocupamos fué casi anulada por la especulación, que entregaba el imperio del mercado enteramente al vendedor, pues el comprador, dado el estado de ánimo reinante y la sostenida tendencia al alza, temía pagar más si aplazaba sus adquisiciones indispensables. La competencia había, pues, dejado de ejercer por mucho tiempo su provechosa función de mantener entre los precios y los costos de producción una razonable relación. Consecuencia de que los primeros sean mucho más altos que los segundos es, entre otras cosas, que el productor o fabricante pone menos atención en producir lo más posible con el menor costo; descuida las pequeñas y, a veces, las más grandes economías, esto es, hay ineficencia directiva; la mano de obra se hace más cara y rinde menos, en parte porque hay que apelar hasta a los más mediocres e incompetentes (esto aparte de la agravación de las circunstancias apuntadas por los movimientos sindicalistas que han hecho subir los salarios y disminuir las horas de labor); se trabajan tierras pobres o difíciles cuyo cultivo es costoso y de escaso rendimiento; se dedican a la industria, la agricultura y el comercio indi-

viduos mal preparados y de insuficientes recursos, ansiosos de enriquecerse en breve tiempo, y aumenta extraordinariamente la demanda de crédito, encareciendo el dinero. Los costos de producción crecen así desproporcionadamente, con más rapidez, a veces, que la subida de los precios, pues la capacidad adquisitiva del consumidor no siempre puede seguir la marcha de éstos. Cuando las utilidades comienzan a esfumarse de este modo en varias industrias, es indicio seguro de que ha comenzado el descenso y de que la crisis se aproxima. Lord Incheape, Presidente del National Provincial and Union Bank of England, en su interesante discurso a los accionistas de ese Banco, el 21 de Febrero último, dijo, entre otras cosas, a este respecto: «Lo que puso fin a la «boya» del año pasado fué que nadie,—fuera manufacturero o comprador, gobierno, patrón u obrero,—parecía preocuparse de los precios de costo. Es evidente que siguiendo ese camino tendría que venir una reacción. Las cosas estaban llegando a un punto en que, de un lado, el capital no podía continuar proveyendo de la necesaria energía al mecanismo industrial, y, del otro, el producto de ese mecanismo se había vuelto demasiado caro para encontrar un comprador.»

El anormal estado económico apuntado en los párrafos anteriores se agravaba y se agrava aún por el desconcierto de la política europea. El Tratado de Versalles no es, desgraciadamente, un tratado de paz. A pesar de su larguísima gestación, dejó pendientes tal cantidad de cuestiones territoriales, políticas y económicas, que cada una de sus páginas es un semillero de disputas. Paz Cartaginesa que no es *prácticamente* justa ni posible, como dice el eminente publicista inglés John Maynard Keynes (1), sus monstruosas cláusulas económicas, por cuya ejecución se lucha hasta este momento, estorban y estorbarán todavía por mucho tiempo el restablecimiento de la normalidad económica del mundo, realizándose, como hasta ahora sucede, las previsiones que dicho autor consigna en su ya famoso

(1) *The Economic Consequences of the Peace*, por John Maynard Keynes, 1920. Pág. 36. El autor fué delegado del Tesoro inglés a las Conferencias de la Paz y miembro del Supremo Consejo Económico de los Aliados. No se sabe qué admirar más en su libro, si el valor moral del autor o su competencia económica y brillante estilo.

libro. Al momento de escribir estas líneas, parece que Francia u obtiene que Alemania firme lisa y llanamente las severísimas condiciones fijadas en la Conferencia de París, (1) o extiende su ocupación militar a la cuenca del Ruhr y a otras regiones industriales y comerciales. Ninguno de estos dos extremos conducirá al restablecimiento de la normalidad económica, pues lo único que puede devolverla al mundo es un arreglo *realizable* del problema y no la persecución de fantásticos millones y la obtención de un convenio cuya inejecución sea fuente de constantes perturbaciones o destruya en los obligados todo estímulo para la producción y el trabajo. «Algo tarde se ha venido a descubrir,—dice el señor Tito Guidoni, del Instituto de Cambio italiano (2),—que Alemania y Rusia son factores indispensables en la vida económica del mundo». De todos modos, cualesquiera que sean las razones sentimentales al respecto, las razones positivas y prácticas hacen absolutamente evidente que para que el mundo convalezca es necesario restablecer a esos

(1) Los aliados han fijado en 226 millones de marcos oro la suma que Alemania, después de todo lo que se le ha despojado, debe pagar en concepto de reparaciones, lo que equivale a Lp. 11,300.000.000. El Dr. Helfferich, famoso economista alemán y ex-Ministro de Estado, calcula, en *Die Woche* de 12 de Febrero último, que esta suma es 65 veces mayor que el total de oro que existía en Alemania antes de la guerra; 113 veces que la producción anual de oro en el mundo; y es cinco veces más que todo el oro que actualmente existe en el mundo y que ha ido acumulándose en los siglos de los siglos. La suma en cuestión supera también al total de la riqueza alemana pública y privada contenida dentro de las actuales fronteras del imperio.

Lord Rowallan ha publicado sobre este asunto la siguiente carta (*The Time Weekly Edition*, de 11 de Febrero último) que no hemos visto contestada:

«Se informa que Mr. Lloyd George dijo el Sábado:—«Por ejemplo, Alemania podría pagar en mercaderías, pero ¿qué beneficio nos reportaría eso? Produciría la desocupación de cientos de miles de obreros aquí, en Francia, en Italia, en América, en cada uno de los países que recibirían la indemnización.»

«¿Podría algún amigo del Gobierno tener la bondad de informarnos en qué forma se espera que se pueda pagar la indemnización? Como no se puede pagar una parte apreciable en oro, ¿qué cantidad de mercaderías será necesario exportar cada año de modo tal que se pueda cubrir el valor de las materias primas que Alemania necesita importar para producir y obtener un sobrante suficientemente grande para pagar la indemnización? ¿Qué clase de mercaderías obtenibles en tan inmensas cantidades estaría en su opinión libre de los inconvenientes que Mr. Lloyd George ha sugerido?»

(2) En *The Street*, revista económica que se publica en Nueva York.

cientos de millones de la Europa Central y de Rusia en su antigua capacidad de entidades económicas productoras y consumidoras. No se les puede mantener segregados de la vida económica del mundo sin que el daño se refleje en todos.

Por lo expuesto suscitadamente más arriba, es fácil explicarse el origen de la crisis. Los precios excedieron el poder adquisitivo del consumidor; la producción de materias primas fué en muchos casos superior a la capacidad manufacturera del mecanismo industrial; el capital fué insuficiente para continuar manteniendo *al crédito* la corriente de exportación a una Europa insolvente, envuelta aún en graves problemas políticos, económicos y sociales, que continúa, con la sola excepción de Inglaterra, produciendo presupuestos con déficits enormes, cubiertos con nuevas emisiones de papel, ya sea bonos o billetes. La corriente de exportación norte-americana, no pudiendo ir a Europa, se derivó en parte hacia la América del Sur, que se estimaba más solvente, y cuyos importadores, por excesivo optimismo o porque creyeran sinceramente en la escasez de artículos manufacturados, tenían hechos considerables pedidos que, inejecutados meses de meses y casi olvidados en algunos casos, fueron embarcados de golpe por los fabricantes y exportadores norte-americanos que sabían ya lo que se les venía encima. Pero cortada la provisión de crédito que Estados Unidos proporcionaba a Europa para pagar lo que ésta compraba tanto en dicho país como en los otros países de ultramar, éstos y, por tanto, las naciones sudamericanas y entre ellas el Perú, carecieron de los medios suficientes para pagar las manufacturas importadas. Como dicha restricción de crédito fué general, tanto para financiar la exportación como en el mercado interno, todos, especialmente los fabricantes y mayoristas, se apresuraban a realizar sus *stocks*, deprimiendo los precios. Pero como en un mercado descendente las ventas son más lentas y difíciles que en un mercado ascendente, porque el comprador, dueño ya de la situación, confía siempre llegar a pagar menos esperando un poco, la realización es larga y laboriosa. Y en este estado de cosas, sufren siempre más los precios de las materias primas que los de las manufacturas, entre otras causas porque la producción de aquellas, como en el caso de los productos

agrícolas, no puede detenerse súbitamente para esperar el desarrollo de los acontecimientos, en tanto que las fábricas sí pueden, para ese efecto, paralizarse de un día a otro, o disminuir su producción. De ahí que sea posible que los precios de las materias primas puedan mantenerse durante períodos más o menos prolongados más bajos que el costo de producción, especialmente los de las que son menos perecederas, como el algodón y productos análogos, pues las otras, consumidas o no, pasado cierto tiempo se pierden y no siguen pesando sobre el mercado. Y de ahí también que el reajustamiento no pueda esperarse sólo de un alza de los precios, sino principalmente de una reducción en el costo de producción.

Hé aquí, pues, expuesto a grandes líneas el proceso de la gran «boya» de que hemos disfrutado y de la crisis que venimos sufriendo desde hace algo menos de un año. Estamos en un gran período de liquidación y reajustamiento mundiales; la humanidad se debate en un esfuerzo doloroso por «volver a la normalidad», entendiéndose por esta expresión no precisamente el volver a los precios y condiciones anteriores a la guerra, sino el restablecimiento del equilibrio económico, el mantenimiento en su justa relación de los precios y los costos de producción; el alcanzar ese «precio razonable» que es a la vez un estímulo para el productor o fabricante y un aliciente para el consumidor. Este proceso es mundial y no podemos sustraernos a él; tenemos que resignarnos a los sufrimientos y quebrantos que trae consigo; debemos abandonar la presunción de que el Perú es un país para el cual siempre debe detenerse el sol y conformarnos y estimularnos con el hecho de que hay países que han sufrido y sufren aún en este momento mucho más que nosotros. El Japón, Cuba, el Paraguay, Chile, el Brasil y muchos otros han experimentado manifestaciones terribles de la gran crisis que hoy visita al mundo. Moratorias, quiebras de bancos y de docenas de fuertes casas comerciales, desocupación de obreros en gran escala, son cosas que han sucedido en uno u otro de esos países y que no han ocurrido entre nosotros, y espero fundadamente que no ocurrirán. ¿Cuánto durará este período de transición? Es aventurado hacer pro-

nóstico, pero, en mi concepto, será largo todavía. ¿Para qué hacerse ilusiones? Fundamentalmente, no puede iniciarse una mejoría duradera mientras no se arregle, primero, el gran problema europeo que he apuntado, y la Europa Central y Rusia vuelvan a la plenitud de su actividad económica; mientras no haya mayor cooperación entre todas las naciones del mundo para contribuir a ese resultado y para ayudarse entre sí dándose mutuas facilidades, y luego, mientras no disminuyan los gastos superfluos y los armamentos que desequilibran los presupuestos, dándose comienzo al retiro de las inmensas cantidades de papel moneda bajo las cuales está sumergida Europa. Pero no por eso debemos perder la paciencia y entretenernos en recriminaciones y en personalizar las causas del mal. En lo que a nosotros toca, debemos procurar no agravarlo por un ambiente de odios y desconfianzas, en los momentos en que debe existir cooperación y solidaridad; debemos procurar que se desarrolle en la mejor armonía posible el grave problema de reajustamiento de salarios entre patrones y obreros, obrando todos con espíritu elevado y generoso, con clara comprensión de la situación y evitando que en ello intervengau factores y estímulos extraños al asunto; nos corresponde procurar que vuelva sin dilación la más amplia libertad de comercio, sacudiéndonos de trabas y restricciones que en el momento actual son absolutamente nocivas y contraproducentes, pues es sólo dentro de la sana competencia del comercio libre que se desarrolla la mayor eficiencia de los hombres de negocios en beneficio de todos; es, por fin, indispensable alejar de nuestras mentes la noción de que por medios artificiales y efímeros se puede variar el curso natural de las cosas: cualquier éxito transitorio que por este camino se obtenga, se cobrará en nosotros con creces en un porvenir quizás inmediato. Procediendo así no habremos, por cierto, conjurado la crisis, que es necia pretensión modificar factores que están completamente fuera de nuestro control y hasta de nuestra previsión, pero habremos contribuido a aliviarla, convirtiendo,—lo que espero confiadamente,—en lento descenso lo que podría ser, como en otros pueblos, rápida y fatal caída.

CARLOS LEDGARD.

(Mercurio Peruano).

CARTA EN TROVAS DE ARTE MAYOR A LA USANZA DEL SIGLO XV

(A doña María V. Baronesa de Súbur)

Excelsa señora—de formas hermosas,
de marcha arrogante,—de aire princial,
de tez de alabastro,—teñido de rosas,
de gracia preclara,—de manos preciosas,
de parla sonora—cual canto del *graal*

Magnífica dama,—al cielo postrado
para vos le pido—fortuna e plascer,
ya que si por reyna—nos os han coronado
en campo o en villa,—palacio o Estado
non será el motivo—non lo merescer

¿Qué cosa fascedes—en la corte agora
do hay tanto menguado—e el aire es subtil?
¿Por qué os alejasteis—de nos en mal hora
partiendo de noche—furtiva e traidora
fasciendo la vía—en ferreo-carril?

Volved, bella amiga,—antes que el postrero
suspiro, yo exhale—si vos non venis,
que vos lo demanda—vuestro caballero
que lauros conquista—en campo extranjero,
en la Lombardia,—Antwerpia e París.

Laureles que ansía—recibais gozosa,
e que le otorgades—dello al galardón,
sublime Señora,—pues sois tan hermosa...
volved a nosotros,—volved presurosa,
ya que nos robasteis—nuestro corazón.

Si non, escribidnos,—que vuestra misiva,
cual rayo divino,—de luz llegará;
vos la mi señora,—non seaie tan esquiva...
libertad agora—la mi alma captiva
de negra congoja—que me matará

Bien pronto yo parto,—caballero andante,
a Gáula, a Flandes,—a Helvecia e al Rhin,
e antes de la marcha,—vos saúdo amante
en verso sonoro,—altivo e brillante,
deseándoos que habedes—ventura sin fin

Aquesto, firmado, vos manda a Castilla
vuestro leal amigo—de fama e saber
que en la de Oleaster, la romana villa,
vino de fidalgos,—nobles sin mancilla,
e cuyo es el nombre.

POMPEYO GENER.

LA POLÍTICA EN 1850 y 1851

Santiago, Junio 14 de 1878.

Señor don Domingo Santa María.

Estimado señor don Domingo:

A riesgo de parecer a Ud. importuno, me atrevo a rogarle que me diga lo que recuerda acerca de los dos puntos siguientes:

1.º ¿Qué había en el fondo del suceso de los cartuchos que llevaba don Francisco Prado A. cuando le tomaron en el camino de San Felipe? Fué aquello obra del partido o cosa de Prado exclusivamente?

En su tiempo (Septiembre de 1850) quedó esto muy a oscuras, pero uno se forma la idea de que fué una calaverada de pipiolos. El Gobierno mismo pareció comprenderlo así.

2.º ¿Cómo y en qué época fué germinado y llevado a madurez y a principio de ejecución, por parte de los opositores de 1850, el propósito de hacer revolución al Gobierno y como nació en 1851 la idea del cambio de candidato?

Perdone Ud. estas molestias, que le impone en obsequio del establecimiento de la verdad histórica,

Su amigo sincero y S. S.

ISIDORO ERRÁZURIZ.

Junio 20 de 1878.

Mi querido Isidoro:

Voy a contestar su carta del 14 sin más ayuda que mi memoria, que es bien poca cosa, porque me abandona de ordinario y cuando más necesidad tengo de ella. Por desgracia no

tengo ordenados mis papeles, a pesar de conservarlos religiosamente. Tarea de mis hijos será este arreglo.

En otro tiempo, cuando mi vida era más tranquila, me preparé para escribir la historia de la revolución de 1851, y alcancé a trazar el plan, a ordenar los capítulos y a escribir la introducción. Allí debo tener indicaciones acerca del suceso sobre que Ud. me interroga, pero ahora que he dado vuelta a algun legajo, no he podido tropezar con los borradores mencionados.

Me entrego a mis recuerdos.

En un día de invierno, frío y nublado de Junio o Julio, venía con don Bruno Larraín por la calle de *Morandé* (Teatinos), y al enfrentar a una casita chica situada entre la calle de la Catedral y la Compañía, entre el fondo de las casas que hoy son de doña Juana Vargas y don José Salamanca, mi compañero me invitó a entrar en dicha casa, diciéndome que era la del doctor don Martín Orjera. Le resistí, pero cedí al fin a sus exigencias.

Yo no conocía a Orjera sino de nombre, jamás le había tratado, ni atravesado una palabra con él.

En la pieza principal estaba un caballero de larga bata, y de pantuflas, con un pañuelo de mujer envuelto en el pescuezo, con gorro de terciopelo en la cabeza y, en general, todo desaliñado.

Hablaba rápidamente, con calor: tenía locución fácil y entonada, y dejaba ver que el abandono o extravagancia de su traje era el reflejo del abandono o extravagancia de sus ideas.

Este personaje, que no me impresionó bien, era el doctor Orjera, argentino, pipiolo viejo, llamado vulgarmente «el Tribuno».

Larraín le trató con mucha confianza y le interrogó sobre el *negocito*.

Orjera nos condujo entonces, atravesando un pasillo, a un corralito, donde encontramos al mayor Soto, en mangas de camisa, trabajando cartuchos a bala en compañía de un artesano, cuyo nombre no conocí. Soto estaba contento, le parecía que con aquellos cartuchos iban a caer una a una todas las paredes de la Moneda, e iban a perecer aplastados los que allí habitaban.

Orjera y Larraín se daban por satisfechos del trabajo, y el primero, con toda la petulancia argentina, daba por *desbaratado el Gobierno*.

Yo estaba lelo, helado de pies a cabeza, contemplando aquellos locos que jugaban con cosas tan serias i que sonreían y pensaban como los niños. Buscaba la puerta para evadirme, porque sentía ya en el umbral los pasos de la policía.

Al retirarnos del corralito y volver por el mismo pasillo, sentí los quejidos de una mujer y sentí cierto extraño movimiento. Larraín interrogó a Orjera sobre lo que podía ser aquello, y éste le contestó: Estoy de parto.

Efectivamente, la querida de Orjera paría en esos instantes y era la sabedora de cuanto en la casa se hacía.

Prendida como fué más tarde, se condujo noble y voronilmente, pues no sólo no se respetó su enfermedad, sino que se la amenazó y castigó para que revelase cuanto sabía. Ella lo negó todo porfiadamente y libertó a muchos, mediante esta entereza, de ser conducidos a los calabozos de la cárcel.

Inquieto como estaba por retirarme de la casa de Orjera, logré ponerme en la calle con mi compañero.

Una vez a solas le dije con despecho e ira: Ustedes son unos tontos. ¿A qué me ha traído usted aquí? Mañana estaremos presos, denunciados por el artesano y confidente de Soto, por la querida de Orjera o por la sirvienta de ésta. Ustedes no se corrijen; son los pipiolo de toda la vida.

Don Bruno se rió, se chanceó y me aseguró que al día siguiente salían todos los elementos para Aconcagua, donde hombres y cosas estaban listos. Se aseguraba que Ramón García, los Calderas, don José Ignacio Ramírez, etc., etc., entraban en el plan que nunca supe cuál era, ni cuál podía ser. Dada la situación del país entonces, era evidente que toda revolución debía fracasar, desde que no había homogeneidad de opiniones, ni atmósfera para sostenerlas, ni elementos preparados y poderosos para ello.

A los dos días salieron, en efecto, para San Felipe don Francisco Prado Aldunate y don José Estuardo, llevando los famosos cartuchos. El día era desapacible, frío, casi lluvioso.

En los pasos de Huechuraba fueron detenidos los viajeros por una partida de granaderos y conducidos a la cárcel de esta ciudad.

¿Quién denunció? No lo sé, a pesar de haber sido el abogado de Prado.

Estuardo me dijo muchas veces que desde que habían puesto su pié en el birlocho había temido su prisión. Apenas había pasado el puente de cal y ladrillo, Prado había hecho detener el carruaje para comprar cigarros, en cuya operación habían perdido tiempo, y que a pesar de exigirle porque se apresurase la marcha, ella se hacía lenta y perezosa. Por esta razón fueron alcanzados en Huechuraba, tres leguas escasas de la Plaza de Armas, a pesar de haber salido temprano de la ciudad.

En el proceso que se formó a estos conspiradores de la escuela antigua, se probó que Prado y Estuardo iban a Aconcagua por negocios privados, ignorando lo que podían contener los cajones sospechosos que el birlochero había colocado de su cuenta en el carruaje, sacándolos de la casa de don Manuel Montt, calle de la Merced. Un argentino figuraba como agente.

Así se acreditaba que el Gobierno era el que había forjado esta conspiración, enredando en ella a dos hombres inocentes, para tener pié para una declaración de sitio.

Si ese proceso se consulta ahora, nada habrá en el que prueba la conspiración. Al contrario, perturba la mente y despierta la sospecha de una intriga gubernativa.

Esa revolución o esa tentativa o esa ideología revolucionaria fué simplemente una locura, una *pipiolada*, que bien representada estaba por el Doctor Orjera, Prado y algunos otros que la alentaban.

Sin embargo, es menester confesar que el espíritu revolucionario despertaba y comenzaba a tomar formas y a traducirse en hechos, a los cuales no era indiferente el partido, por creer que no había otro medio de luchar y vencer al Gobierno. Así fué también como el país comenzó a acostumbrarse a oír a hablar de revolución, a mirarla sin horror y a acariciarla al fin con caluroso entusiasmo.

No puedo fijar con regular exactitud, porque no lo recuerdo, cuando comenzó a germinar en el partido liberal la idea revo-

lucionaria, hasta hacerse indispensable la abdicación del señor Errázuriz, Don Ramón, y la proclamación del General don José María Cruz, que es el punto a que se contrae la segunda pregunta que usted me hace.

Pero si no puedo hacer a Ud. esta fijación, puedo asegurarle, sin temor de engañarme, que la idea revolucionaria comenzó a tomar cuerpo en el partido liberal a consecuencia de la marcha tirante que imponía el Gobierno a los negocios, obedeciendo en esta parte a un plan preconcebido.

Yo me he persuadido que entre nosotros y en América casi en general, los Gobiernos son los que hacen las revoluciones. Entre nosotros parecía imposible pensar en ellas, porque la sociedad obedecía a un espíritu tranquilo, y el pueblo no tenía un interés tangible que lo precipitase y comprometiese; y sin embargo, marchando las cosas como el Gobierno las llevaba, esa tranquilidad se estimó en poco y el pueblo se asoció con arrebató a la idea revolucionaria.

En el Gobierno se había sostenido una lucha que había dado el triunfo al partido pelucón sobre el Presidente Búlnes. Este no quería a Montt, sino a Cruz, ya que no podía hacer surgir a su suegro don Francisco Antonio Pinto; pero los pelucones, especialmente Garrido que, como hombre astuto, gobernaba a todos ellos, se fijaban en Montt, que representaba el carácter, la inteligencia, y sea dicha la verdad, todas las preocupaciones políticas y sociales a que ellos obedecían. El Ministerio Varas-Mujica fué la expresión de ese triunfo, y ese Ministerio, sin desviarse de sus miras, comenzó a reforzar toda la maquinación administrativa para dominar la oposición y vencerla cuando se manifestase en contrario.

La lucha se pronunció y trabó ardorosa.

El Gobierno iba a su fin sin torcer el camino. Para nadie era misterio que ningún escrúpulo lo detenía para alcanzar la elevación de Montt.

El partido liberal comprendió que la legalidad no podría ser su defensa, ni su escudo, y se persuadió que tenía que batallar con otros elementos que con aquellos que le franqueaba la lei. Esta idea comenzó a surgir como la expresión de la más inconcusa verdad, teniendo por apóstoles a Ugarte, José Miguel

Carrera, Urriola, etc., etc. Este último era amigo de Cruz, y en el sur no se hablaba sino de él, donde, según mis sospechas, había contribuido a popularizarlo el mismo Búlnes, cuando pretendía prestigiarlo para legarle la Presidencia.

Así fué que justamente con la idea revolucionaria comenzó a asomar en los labios del partido el nombre del único caudillo que podía servirle con la fuerza disciplinada, con los batallones armados. En tal situación, la persona del señor Errázuriz apareció opaca, puesto que ella sólo era el respeto al derecho.

No era caudillo con sable a la cintura, y lo que se quería, y el Gobierno había hecho querer por sus irritantes intemperancias, era uno que pudiera hacerse abrir las puertas de los cuarteles para derribar al candidato oficial, que era la personificación más genuina de su partido.

Y no se engañaron los pelucones. Montt exajeró el sistema. Le dió al clero más de lo que le pedía y chapodó la libertad más de lo que le convenía. Hoy día se han olvidado estas cosas, porque el tiempo borra todo, hasta el recuerdo de las angustias sufridas y de las lágrimas derramadas.

Así fué como se operó la transición de Errázuriz a Cruz; transición operada más que por una aspiración del partido, por la acción violenta del Gobierno. Aún se habló de una transacción y se dieron pasos en este sentido. Montt la escuchó friamente y remitió la resolución de la propuesta a *su partido*. Garrido la combatió con tal calor, que no fué posible darle mayor curso.

No así Cruz. La aceptó de plano, indicando como candidato a Irarrázaval o a Sanfuentes.

A pesar de todo, yo pienso hoy como pensé entonces. No debimos abandonar a don Ramon Errázuriz, ni darnos un candidato, que si era fuerza y valor como soldado, no era libertad como estadista, puesto que por sus convicciones y sus tradiciones era un obstinado pelucón. Cruz habría mandado con sus adversarios y despedido a sus partidarios. El partido liberal apostataba tomándole por jefe, y por no echarse a nado en las aguas de un río, cogía en las orillas una cuerda y se ahorcaba.

Aun cuando fuese violenta y provocadora, como era, la actitud del Gobierno, debimos resistirle como nuestro legítimo

caudillo. Cierta como era la derrota, ella, junto con ennoblecernos, encerraba una grande moralidad política.

De otra manera, llevábamos al país al desconcierto legal, presentándole para reorganizarlo al que jamás había buscado las soluciones sociales en otra fuente que en la fuerza y las preocupaciones coloniales. Cruz era un honrado pelucón, como soldado, valiente sin contradicción.

Ese error de entonces lo hemos expiado después, y si no me equivoco mucho, todavía lo estamos expiando. Los partidos no sólo se desconciertan de ese modo, sino que pierden la conciencia de sus principios y se desorientan para más tarde, menguando a la vez la confianza que en ellos debe tenerse.

Adios. Siempre estará a su disposición su amigo afectísimo.

D. SANTA MARÍA.

LAS IDEAS DE ALFREDO FOUILLÉE SOBRE LA EDUCACION

(Conclusion)

La educación debe ser no sólo individual y colectiva o humana; ella debe ser, a la vez, nacional. Es indispensable que esté en armonía con el verdadero espíritu de la nación, con sus hábitos y sus aptitudes, su historia, tradiciones de su lengua, de su literatura y de sus artes». ¿Quiere decir esto que debemos encerrarnos en el estudio exclusivo de la lengua y la literatura nacional? No; habría en eso un inconveniente y un peligro. Con la comunicación universal de los pueblos, «esta especie de monólogo nacional es hoy imposible; (además) esto estrecha el espíritu y, por último, puede deformarlo». La lengua materna nos es demasiado familiar como para prestarse, de nuestra parte, a un estudio profundo. Es conveniente, pues, que le agreguemos el estudio de otro idioma. Pero, ¿cuál? Aquel que ha contribuído más a formar el nuestro, y de donde nos viene nuestra doble cultura, antigua y cristiana: el latín. La antigüedad clásica es «la base común de los estudios liberales en todas las naciones» y el humanismo francés es la prolongación. La educación clásica con el latín; tal es el ideal de Fouillée.

Este ideal, él lo ha defendido con pasión, entusiasmo y elocuencia. Combatió contra la actual «bifurcación» (1) de la enseñanza clásica y de la enseñanza moderna, dos tipos distintos de instrucción, declarados «equivalentes», y teniendo sanciones equivalentes. ¿Se pretende en esa forma, adaptar la enseñanza secundaria a las inteligencias mediocres y a los bolsillos pobres, a la variedad de las aptitudes o la variedad de los conocimientos teóricos y profesionales? ¿Se invocan las exigencias de la sociedad moderna, la necesidad del trabajo intelectual? Empero, los científicos tienen necesidad de las letras y los literatos de las ciencias. Cuanto más se multiplican las especialidades, mucho más necesaria se hace la educación general.

(1) Era el nombre dado en la época del Imperio, a la separación de las ciencias y de las letras.

Desconfiemos de las vocaciones precoces; las hay que no duran casi. Hay mucho peligro en empeñar, demasiado pronto, a los jovencitos en estudios especiales, para los cuales no se sabe, si ellos están dotados. Demos más bien una gran instrucción fundamental, de la que todas las profesiones están necesitadas. «La adquisición de los conocimientos profesionales se hará rápidamente si se poseen a fondo los conocimientos generales». ¿Se dirá que se quiere reservar la enseñanza secundaria a una «élite»? Ella se dirige, en realidad, «a todos aquellos que tienen bastante tiempo por delante y el suficiente dinero para poder hacer los estudios clásicos. Sin duda, ello no aprovechará a todos, pero «hay que hacer muchos llamados para poder tener pocos elegidos». ¿Se teme que en esa forma haya desclasificados? Mucho más se harán facilitando el acceso a los estudios superiores, y no poniendo como condición al ingreso de las carreras, más que un esfuerzo de memoria, más o menos grande, o un almacenamiento de conocimientos obtenidos apresuradamente.

¿Qué es, en fin, la enseñanza moderna, como para sustituir a la vieja enseñanza clásica? Una monstruosidad, «un tejido de contradicciones; es una enseñanza general especial, una enseñanza desinteresada, utilitaria. Vuestra pretendida instrucción clásica, como el murciélago de la fábula, puede decir: yo soy general, liberal, literario, poético, mirad mis alas! Yo soy especial, industrial, comercial y agrícola, mirad mis patas!»

El latín es, para Fouillée, el arca santa. Que no se le hable de reemplazar su estudio por el de las lenguas vivas, o por el estudio profundo de la lengua materna. Todo esto no valdrá, y por una razón profunda, porque todo eso representa un *menor esfuerzo*. Fouillée lanzó esta profecía que se ha realizado al pie de la letra. Vosotros os esforzáis para encontrar un equivalente a los estudios clásicos, bien; no lo lograréis. Tendréis una especie de masa, de plebe intelectual que os obligará a aproximarnos a ella y a preocuparos de sus intereses inmediatos— como sucede a los gobiernos demasiado democráticos y populares, y a las Cámaras de sufragio demasiado directo y universal. Hay todo un pueblo que os arrastra hacia abajo, mientras que vosotros quisierais ver las cosas más elevadas y más distantes. Os encontraréis en la situación del globo cautivo. Entonces, a pesar de lo que intentarais hacer, enseñanza francesa, sería sinónimo de enseñanza práctica, utilitaria, científica, especial, profesional... Cuando hayáis escrito sobre la puerta del liceo: «Aquí no se enseña más que lo que es útil a la sociedad moderna», no tendréis más que profesores de espíritu utilitario, lo mismo que alumnos y padres... El Estado habrá querido

democratizar la enseñanza bajo el nombre de enseñanza francesa, y el resultado será el rebajamiento de los estudios franceses.

Este rebajamiento es fatal. Es fatal también que uno se haga cómplice, que se consienta y que se resigne. Se seguirá la corriente, se cederá a los «votos de los padres de familia».

«¡Los padres de familia!». Hablemos de ellos. ¿Tienen, la mayoría, alguna competencia? ¿Cuando se trata de instruir y de educar sus hijos, no son, muy a menudo, muchachos grandes? ¿Es un padre de familia quién se colocará en el punto de vista de los intereses de la nacionalidad y de la raza: quién se preocupará de conservar o reclutar la «élite» intelectual, de mantener la tradición nacional y de afianzar los progresos, al mismo tiempo?... Consultar a los padres de familia (en materia de enseñanza), es casi tan imprudente como consultar a los hijos.

LA RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS POR LA FILOSOFÍA

Toda enseñanza, científica o literaria, debe servir a la cultura del hombre, es decir, convertirse en «humanidad». Pero hay una enseñanza que es mucho más que un medio de cultura, que representa la cultura misma: es la enseñanza filosófica. La filosofía es educativa por su propia virtud, es el alma de la educación. Es necesario, pues, que ella inspire y dirija la enseñanza, que la impregne en todas sus partes. Ella debe hacer, desde luego, la unidad. Sistemática, por esencia, ella será una simplificación y una coordinación de los conocimientos....

La filosofía que reconduce todas las verdades a sus principios y las impulsa a todas a sus conclusiones, las graba al mismo tiempo en la razón y en la memoria; ella hace racional a la memoria e inolvidable al razonamiento; es a la vez, lógica y mnemotécnica».

La filosofía racionaliza y amplifica todo: las letras, la historia, la moral. La filología, como la entienden los alemanes, es decir, la literatura o los idiomas cultivados por ellos mismos, no tiene, a pesar de lo que diga Renán, valor intrínseco, ni virtud educativa. En cambio, todo puede y debe ser enseñado filosóficamente: la gramática, cuyo carácter lógico es necesario poner en evidencia; las letras, de las cuales es preciso servirse para adquirir ideas y aprender a pensar.

Asimismo, para que la historia no sea una erudición vana, es necesario que una filosofía se desprenda de ella. También necesitamos una filosofía social para preservarnos «del fanatismo brusco de la utopía revolucionaria, de las falsas concepciones de la vida, de la sociedad, del Estado», que son el fondo de la filosofía obrera.

«Por último, la moral debe ser enseñada, no indirectamente, por las letras, sino por ella misma, y aparte, filosóficamente, por principios, sin lo cual sería, la moralización remitida a la Providencia o al azar». «Es un prejuicio creer que no es lo suficientemente científica para ser enseñada». Ella encierra «una parte positiva», es decir, las leyes de conservación y de progreso para el individuo y para la sociedad; se puede al menos presentarla bajo su aspecto cívico y tenerla a ese título por incontestable. Pero, ¿por el hecho de tener un fundamento metafísico, vamos a pasarla en silencio? ¿Bajo pretexto de tolerancia se va a ignorar a Dios? Eso sería ser muy timorato y mostrar poca fe en la razón y en la libertad de pensamiento.

La filosofía no debe concretarse tan sólo a hacer sentir su espíritu en todos los estudios, debe, también, ser estudiada especialmente. No debe ser descartada de la enseñanza en virtud de su carácter hipotético. «Guardémonos de tomar el grado de certidumbre como medida de valor educativo».

La filosofía debe ser enseñada en el liceo, porque es allí donde se forman los hombres de profesiones liberales, a quienes les es más necesaria.

Los educadores, los médicos tienen necesidad de filosofía: los primeros, para dominar su enseñanza y para darle una forma profunda y elevada; y los otros, para llenar su alta profesión con dedicación e inteligencia, para no ser simples charlatanes explotando la miseria humana y haciéndose ricos.

Los sabios, propiamente dichos, menos que nadie, pueden prescindir de la filosofía.

«Nadie está más lleno de prejuicios que un hombre de ciencia sin cultura filosófica. Habitados a la afirmación en hechos de conocimientos positivos, ellos se muestran negativos hacia todo lo que no ofrezca una certidumbre matemática o física».

«Desde que entran en el dominio de las cosas morales o sociales, experimentan el vértigo de que nos habla Platón; se marean, se deslumbran, cuanto más habituados estén al razonamiento rectilíneo de las ciencias positivas, tanto más desatinarán; son incapaces de percibir los matices infinitos del mundo moral».

«Si es lamentable que haya literatos sin filosofía, mucho más peligrosos son los sabios sin filosofía; el estudio exclusivo de las ciencias y sus aplicaciones, termina por falsear y materializar el espíritu mismo».

Fouillée comprendió—mucho antes de la guerra—que la cultura actual no tiene nada de humano; que es exclusivamente técnica, una especie de Leviatán científico, último término e ídolo de una civilización materialista. Esta cultura que representa la ciencia de las universidades alemanas, ha sido comba-

tida por él, sin cesar, oponiéndole el idealismo del pensamiento francés. «La gran antinomia de las universidades consiste en que, debiendo ser centro de especulación pura, están fatalmente condenadas a ser escuelas profesionales». Nosotros vemos ya los efectos de esta difusión democrática de las luces, tal como lo había previsto Fouillée. Sí, la instrucción se esparce, pero sin gran provecho para la formación y el desenvolvimiento del espíritu. Es que ya no se cultiva la ciencia por ella misma, sino teniendo en cuenta un interés profesional o un fin práctico. La ciencia pura, las letras y la filosofía están dejadas de lado. Los mismos estudios se rebajan por la preocupación que se tiene de difundirlos, de hacerlos accesibles a todos, de abreviar su duración, porque se abandonan los viejos métodos, lentos, laboriosos, pero seguros. En vano se procura perfeccionar los procedimientos de enseñanza, tener los libros mejor hechos, los maestros más sabios; se comprueba, con estupor, que a pesar de eso, nuestros escolares y estudiantes están menos cultivados, hasta menos instruídos que antes; se han tratado sus cerebros como un instrumento pasivo, como a un aparato registrador; los ejercicios anticuados de versos latinos, del tema, de la versión, por el esfuerzo de reflexión personal o de inventiva que ellos exigían, eran más fecundos, a pesar de todo su artificio, que las redacciones apresuradas, resumiendo los descubrimientos de la ciencia.

Es evidente que el espíritu del estudiante actual está vuelto hacia lo exterior, que su preocupación no es la cultura personal, que sueña con crearse un oficio, y que el estudio es, para él, un medio y no el fin. Esto hay que tenerlo en cuenta como producto lógico de la evolución de las sociedades modernas y democráticas. Pero no hay que olvidar que el interés superior de esas sociedades es la instrucción elevada, y más que la instrucción, la educación moral y social. En lugar de ir a lo inmediato y a lo útil, la educación debe perseguir los fines lejanos y elevados, ser filosófica e idealista. Es preciso poner la democracia en guardia contra las miras estrechas de aquellos espíritus que se dicen prácticos, es preciso demostrar que su salvación no puede estar más que en este alto ideal que ha formado en todos los tiempos la fuerza de los pueblos: el vigor de los espíritus, la firmeza de los caracteres y la elevación de las conciencias. Toda educación que se aparte de esos principios, que no tiende a desarrollar esas virtudes, que no aspire a ser más que realista o moderna, podrá decirse democrática, pero no por eso dejará de conducir la democracia a su ruina.

Nuestro régimen, más que ningún otro, tiene necesidad de reconocer y de tomar por guías las competencias superiores que no se encuentran nunca entre los profesionales u hombres

de oficio. Es necesario que se le aclare, que se le trace su vía, que se le prepare hombres, que se le formen ciudadanos. Y esto no se producirá de por sí, por la sola virtud de la libertad, a la cual uno se siente tentado a confiarse; lo único que puede llevarlo a cabo es una educación elevada, dirigida por principios filosóficos.

Antes que individual, la educación debe ser nacional; antes que nacional, humanitaria. Mediante ella se prepara y se resume la obra de civilización de un pueblo, por eso importa tanto que un gran soplo de idealismo la inspire en su conjunto y en sus detalles.

Las ideas de Fouillée sobre educación, están selladas con espíritu filosófico; él se mantiene sobre las alturas de los principios, aún cuando aborde las cuestiones de actualidad, como, por ejemplo, la organización de la enseñanza y de los estudios clásicos.

Sus miras son tan profundas, generosas y elevadas, como juiciosas y sabias. Uno puede no estar de acuerdo con él, sobre puntos especiales; pero, es difícil no darle razón en conjunto. En particular, ha dicho Agustín Guyau: «debemos estarle siempre agradecidos por haber sostenida la alta cultura filosófica, literaria y científica; por haber combatido el verbalismo, la erudición vana, a la alemana, la idolatría por la gramática y la historia; le agradeceremos, sobre todo, por haber sostenido y desarrollado, magníficamente la concepción de las humanidades científicas», como oposición a los abusos de la *especialización científica*, y de la erudición *enciclopédica*. Fouillée nos ha hecho ver que las ciencias son educadoras por «la dosis de humanidad» y de cultura *general o liberal* que encierran».

L. DUGAS.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

(Fragmentos del discurso pronunciado en la incorporación del señor Díaz G. en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española.)

Don Joaquín Díaz Garcés llegó temprano al mundo de las letras, y su aparición en él no vino precedida de la gestión dolorosa, calvario inexcusable de los que principian. Niño aún, se le abrieron las columnas de la prensa diaria, no en el desairado papel de *colaborador espontáneo*, como ahora se dice, que a vueltas de menguados afanes, no tiene otro premio, cuando le alcanza, que la descortés aprobación de un director engreído, sino en el que sus talentos merecían, pero que rara vez honra los méritos de la juventud laboriosa. En el periódico trabajó, ora como colaborador, ora como redactor político, y en el periódico hizo famoso el nombre de *Angel Pino*, con que subscribía sus artículos de costumbres nacionales, henchidos de gracia sana e informados por la observación aguda y discreta tan difícil de alcanzar.

En este punto, el señor Díaz Garcés reaccionó brillantemente contra la amplificación viciosa y hasta grosera, que provocó, entre nosotros, el descrédito de este género literario. Los escritores que llegaron después del insigne Jotabeche, no supieron comprender que, así como la erudición sirve, no para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir, la observación no tiene por objeto copiar la realidad con la abundancia de detalles que una placa fotográfica, sino extraer de un conjunto más o menos abigarrado y barroco, lo que baste a caracterizar la escena que se evoca, sin abrumarla con la descripción de episodios inútiles, que en la realidad misma, con la animación que les da la vida, no siempre realzan, sino que las más veces perturban y apocan el efecto del cuadro.

A esta que podemos llamar época de juventud o primera época de la producción literaria de don Joaquín Díaz Garcés, pertenecen los artículos recogidos en el volumen «Páginas Chilenas», que comienza con el titulado *Juan Neira*, la joya de la colección, y en el que hay otros tan gráficos y amenos como *No veraneo*, *El último cucurucho*, *¡Me mata tu indiferencia!*, que, al valor que ya tienen, agregan, para muchos de nosotros, el mérito de los alegres recuerdos de mocedad que nos sugieren.

Un día el escritor se hizo diplomático y partió a Italia, la cuna de la civilización latina. Era muy joven, pero tenía la preparación que dan los libros al que sabe leerlos. Procedía de un medio semicolonial, «poco inclinado a idealidades», según la frase de Menéndez Pelayo, pero le animaba el entusiasmo que enciende el alma y acalora la mente, lo mismo entre las brumas de los climas inhospitalarios, que en el radioso ambiente de la selva tropical. Sus ojos se abrieron a la contemplación de la belleza plástica que el genio de muchas generaciones ha acumulado en los museos, y queriendo ahondar en ella, recibió las lecciones de maestros especialmente educados para interpretarla. Visitó los monumentos de la Ciudad Eterna, recorrió los sitios históricos de la campiña romana, y estuvo en los que fueron los cármenes de Tívoli, tantas veces cantadas por el viejo Horacio.

El entusiasmo es naturalmente comunicativo, y el suyo rebotó en artículos de tan intenso colorido como *Tívoli y la villa del Cardenal de Este*, *Tarde en el Aventino*, y otros igualmente bellos, que cayeron cual lluvia temprana en la aridez de nuestra vida social, propensa a descontar de sus ideales de grandeza, los inefables goces del espíritu.

Es, no ya posible, sino probable, que la socarronería criolla del medio en que vivimos, dentro del concepto estrechamente unilateral con que juzga de las cosas, haya sonreído más de una vez ante la labor periodística del joven diplomático, que con independencia de todo criterio utilitario, encarecía las glorias de un pasado inmortal; que saludaba con veneración las ruinas de un mundo que nunca morirá del todo; que reconocía, en fin, otros títulos y otros valores que los que se cotizan en los mercados bursátiles. Debieron creer que aquello era tiem-

po perdido, y que el secretario de la Legación Chilena había fracasado en su misión.

No pensó, así, empero, el Marqués de San Giuliano, que tenía a su cargo las Relaciones Exteriores del reino de Italia. El experto diplomático, con la sutileza propia de los hombres de su país, comprendió que despertar la admiración hacia el pasado glorioso de un pueblo, es promover el interés y engendrar el afecto por la colectividad heredera de tantas grandezas, y que esa corriente de comunicación espiritual, que comienza, en este caso, por traer a la memoria lejanas afinidades de raza, es la base sobre que descansará, en un futuro muy próximo, aquella otra corriente de acercamiento que reclaman los negocios materiales, para secundar el desarrollo de la riqueza pública de ambas naciones. Esto, sin duda, tuvo en cuenta el ilustre estadista italiano, cuando, en nota honrosísima dirigida al Ministro de Chile, felicitó por su brillante labor, que él estimaba «fecunda en excelentes resultados», al señor Díaz Garcés, a quien más tarde premió con una condecoración especial.

Triunfos tan halagüeños, obtenidos mediante el ejercicio de sus naturales aptitudes, debieron confirmar al señor Díaz Garcés, en que su vocación le llevaba derechamente al periodismo, porque en un segundo viaje que hizo a Europa, tras breve estancia en el país, se dedicó al estudio de las cuestiones sociales y económicas que más pudieran interesarnos, y vuelto definitivamente a la patria, ha llenado a diario, desde entonces, una o más columnas del viejo *Mercurio*, alternando la labor política, en el sentido general, no particularista, de esta palabra, con la labor literaria, a que se siente de preferencia atraído.

Su obra es copiosísima, y el anónimo que la cubre en su mayor parte, hace talvez que el público no se dé cuenta exacta de la fecundidad del escritor, pues es natural creer que no siempre reconocerá en las disquisiciones del sociólogo y del economista, la pluma del regocijado *Anjel Pino*, que gana su preferencia, porque le comprende mejor, y del cual tiene noticias recientes, por intermedio de un volúmen de páginas escogidas, del cual quedan pocos ejemplares en las librerías.

En este volúmen, a falta de otra colección más completa, se pueden apreciar sintéticamente las cualidades del escritor, en

uno de sus más originales aspectos, y las condiciones de su estilo, fácil y ameno, que se desarrolla en períodos armoniosos y brillantes, ricos de colorido, ágiles, sueltos, briosos en sus movimientos.

.....

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

PAUL FORT, PRINCIPE DE LOS POETAS (1)

He aceptado la tarea paradójal de presentaros al menos desconocido de los poetas contemporáneos: Paul Fort que es nuestro Príncipe. Nadie ignora que su obra se compone de un número muy respetable de volúmenes, donde bajo su forma personal de la balada, se agrupan poemas de una espontaneidad maravillosa, saturados de aire, bañados de luz cambiante, coloreados, palpitantes y armonizados por eufonías simples y frescas, delicados o agresivos, según las circunstancias. Ante la mirada de ningún visionario, se ha embellecido mejor el Universo de maravillas, sin cesar en movimiento, sin cesar renovadas, que ante la mirada de Paul Fort. El canto apasionado de su lira parece haber sido esperado durante toda la eternidad, para dotar de una voz, propia y natural, los prestigios durables y momentáneos que palpitan en el soplo del viento, en la extensión del cielo, entre las estrellas, sobre la superficie de nuestro globo y en las olas del mar, no menos que los más misteriosos impulsos del corazón o del cerebro humanos.

¿Cómo encontrar en eso, los vestigios de una intervención premeditada y voluntaria de un hombre que es un poeta? Voy, en efecto, a traicionar a nuestro amigo Paul Fort, a denunciar su astucia y su usurpación, con el riesgo de desmoronar su trono: Paul Fort no es un poeta, y hasta pregunto: ¿Paul Fort existe acaso, o es una apariencia vana que hemos bautizado con su nombre?

Poeta es aquel que combina sílabas, palabras, frases, con el propósito de obtener, en el que lo lee o en el que escucha, una

(1) Conferencia pronunciada por M. André Fontainas en el Teatro de la Renaissance, en ocasión de las Bodas de la Plata de Paul Fort con la Poesía. Paul Fort acababa, en efecto, de publicar su vigésimo quinto libro, en Marzo de 1920.

simpatía de inteligencia, de sentimiento o de ensueño. ¿Creéis que al firmar sus baladas, Paul Fort tiene una intención de ese orden? ¡No! Os lo repito: su canto siempre es necesario, jamás premeditado: es inmaterial, esencial, vital, en el mismo grado que el perfume de la brisa, que el hálito del océano y de las flores.

Ha procurado engañarnos, se ha empeñado ante todo en acercar sus poemas los unos a los otros, teniendo en cuenta si cantaban o parecían cantar los *Idilios antiguos*, *El amor marino*, *París sentimental*, *La tristeza del Hombre*, *Los paisajes de la Isla de Francia*, o en reunirlos bajo los caracteres imaginarios de una pretendida novela que se intitula: *De Luis XI, o de Coxcomb, el hombre desnudo caído del Paraíso*. Apartémonos de este espejismo ilusorio.

Nunca es Paul Fort el que canta, y, si canta en realidad, es que su voz es el instrumento, la respiración de la natura, o de la leyenda, o de la más secreta fantasía fabulosa y lírica.

De aquello que nos ha transportado, emocionado, turbado, seducido, embriagado, entusiasmado en esta obra estremecida, cuyas páginas se acumulan sin cesar de año en año, nos hemos forjado la imagen de un ser vivo, vagamente parecido a nosotros, y nos hemos persuadido de que él pasa y se detiene en medio nuestro, y de que lee, medita, y habla y escribe. ¿No importaba, en efecto, que sus mil poemas elementales no permaneciesen anónimos, y pudiesen ser distinguidos de las producciones increadas del numen popular, vago, incoherente, aunque, con frecuencia, desbordante de encanto, de gracia y de fuerza?

Por lo tanto, Paul Fort no es sino un nombre elegido para designar al presunto autor de eternos himnos, que, en verdad, no sabrían tener más nombres que las rapsodias homéricas, puesto que son la expresión directa y absoluta de los elementos.

Consentidme, acordadme esta manera de comprender a Paul Fort—y me encontraré más a mi anchura para declarar, públicamente, hasta qué punto conviene que uno lo ame y que uno lo admire.

¡Amar a Paul Fort! ¿Pero cómo arreglárselas para no amarlo? ¿Imagináis que uno pudiese no amar el aire por el cual vivimos, la claridad del sol, la sensualidad de las noches profundas, la alegría grave del amor y la dulzura de las ternuras humanas?

La obra del pseudo Paul Fort está inspirada en la universal maravilla; cuando un poco de tristeza la ensombrece, es para matizar mejor los claroscuros de sus cuadros; tonos vibrantes y ardientes pintan esas tinieblas; esas tinieblas que iluminan y que cantan, proyectan luces. El mismo ha experimentado, en un sentimiento singular de pudor, una especie de confusión al aparecer ante los ojos de todo el mundo, como un cualquier tañe-lira, invariablemente alegre. Ha procurado excusarse de ello: ha buscado suscitarse él mismo la tristeza, la desesperación. No ha llegado más que a expresar una apariencia de lamento que confiesa felicidad, que confiesa placer.

Helo aquí en la sombra del bosque, desconsolado:

Je suis tout a la tristesse de ma vie perdue dans les bois que le vent berce.

Je suis tout a la détresse de ma vie sans but dans l'ombre du bois touffus.

Mon bonheur est d'y frémir, je m'y sens perdu.

Tout ajoute a ma tristesse.

Je le dis: J'ai du plaisir dans les bois touffus qu'aucun sentier ne traverse.

Y he ahí cómo Paul Fort concibe el dolor: lo ha buscado para nivelarse a nosotros. Lo aspira allí donde cree haber sospechado su presencia. Pero se le escapa; hay algo en él que lo rechaza, lo repele, lo disipa: el dolor se funde ante él; se amalgama con la alegría de la cual él mismo está formado; se integra a su felicidad. ¿Cómo podría ser un hombre de los tiempos actuales? Cuando al fin se dió cuenta de la vanidad de sus esfuerzos y de que debía tomar su partido, se place todavía en pensar con una fraternal compasión en los humildes sufrimientos que nos atormentan; nos tiende su mano confortante y hasta gusta, permaneciendo feliz a pesar de su experiencia, una

especie de amargura mezclada con ese placer, motivo único de sus cantos, y como está lejos de manifestarse como cualquier otro, el hombre que siente y que canta, helo aquí entonando nuevas canciones «para consolarse de ser feliz».

Algunas veces, sobre la pendiente fatal, se ha erguido de nuevo, después de un salto atrevido. Lo percibía; esbelto, los negros cabellos librados al viento, los ojos dirigidos hacia el cielo, apartarse con un gesto seguro «del Río que cae en la eterna noche», y ganar «el Puente» que lo maravilla, ese «Puente» que sueña, y que lo conduciría al Paraíso. Siempre se verá a Paul Fort sobre el camino del Paraíso. Poco puede distraerlo, difícilmente consentirá en extraviarse, él ha franqueado más de la mitad de lo distancia que nos separa de aquél. ¿Por dónde pasa? ¿Por dónde se aleja de los pantanos de dudas, decepciones, duelos y tormentos? Por parajes seguramente descubiertos y salvados antes que él naciera. Se ha empeñado y se ha mantenido en ellos aisladamente, con una perseverancia imperturbable, a pesar de la multitud de obstáculos que apenas percibía. ¿Cuál de sus precursores ilustres puede serle, en ésto comparado? Uno solo, y me pregunto si no ha sido una encarnación anterior del poeta Paul Fort: Jean de La Fontaine.

¿No es él también el que afirma?:

Je ne suis pas un écrivain. Je suis le poete qui chante...

J'écris des mots pour le plaisir, et je les chante. Ah! je ne sais. Le flot des petits mots pressés voulant pleurer se met a rire...

Je ne sais, quand je me lamente, ou si je chante, ou si j'écris...

¿No es Paul Fort el que así se pinta a Mme. de la Sablière?:

Je m'avoue, il est vrai, s'il faut parler ainsi,
Papillon du Parnasse et semblable aux abeilles,
A qui le bon Platon compare nos merveilles,
Je suis chose légère et vole à tout sujet:
Je vais de fleur en fleur et d'objet en objet,
A beaucoup de plaisir je mêle un peu de gloire.

¿No es él también el que afirma?:

Je n'ai jamais chanté que l'ombrage des bois,
Flore, Echo, les Zéphirs et leurs molles haleines,
Le vert tapis des prés et l'argent des fontaines...

Más recientemente, la misma sabia lírica, simple e ingenua, a la cual atribuimos vuestro nombre en la hora presente, ¡oh Paul Fort! ha surgido dos o tres veces de las fuentes más misteriosas y profundas. Pero, en lo más recio de la tormenta romántica, las ondas cristalinas han sufrido el asalto de tantos aluviones tenebrosos o desesperados, que la corriente pura volvióse empañada, recargada, corrompida, y al que ni Louis Bertrand, el autor de ese libro único: *Gaspard de la noche*, ni Gerardo de Nerval han resistido.

El primero murió de miseria, a los 34 años, completamente desconocido, en el cándido azoramiento de una enorme debilidad, ante el tumulto de sus contemporáneos. El segundo toleró verse desviado, de Silvia a Aurelia, de las visiones primaverales y lúcidas que encantaban sus dulces excursiones en el Valois—a las alucinaciones terribles que lo precipitaron a un fin deplorable, en la fría y lúgubre calle de la Vieja-Linterna.

Aunque sea ágil, nuestro Paul Fort está formado de un metal sólido. Se dobla y no se rompe. Se impone, porque se entrega de una sola pieza, no cede ni a los ensueños, ni a los prejuicios de aquellos mismos a quienes ama y que lo rodean de solicitudes o de prevenciones; porque no rebaja su arte a trabajos de fuerza o de paciencia, porque no pretende arrancarle efectos a los que no está adaptado.

Nuestro Paul Fort, siempre se ha amoldado a placer, y nunca ha pensado en evadirse de esos límites, ya se les estime estrechos o amplios. Al contrario; cuando ha llevado la mirada más allá de su dominio, sobre los cercados y ajenos matorrales donde gorjean los pájaros extraños, ha sabido gustar sus nuevos romances, sus himnos sombríos, complicados, ambiciosos. No solamente les ha prestado la más afectuosa atención, sino que ha puesto lo mejor de sus cuidados en elaborar con ellos una

perpetua compilación constantemente renovada, para proponerlos a la curiosidad, al elogio de cada uno.

Paul Fort ha dirigido durante diez años la más completa y más magnífica de las revistas antológicas, donde ha reunido las tendencias divergentes, pero convencidas y sinceras, de nuestra actual literatura. La guerra ha interrumpido la publicación de *Verso y Prosa*, pero, durante diez años, no se ha levantado, contra esa revista o su director, ni una recriminación, ni el menor descontento. El había domesticado las fieras; los violentos habían sido aplacados.

Para quién conoce las acostumbradas susceptibilidades, las envidiosas rivalidades, las crudas injusticias que amargan las polémicas literarias, ¿no es ésto un prodigio inverosímil? Pero no es éste el primer milagro de Paul Fort. Entre los admiradores reunidos hoy para discernir a su alto y vasto talento el más legítimo homenaje, ¿cuántos se recuerdan de lo que, allá por el año 1890, estaba en posesión de la boga y del renombre, en el teatro, en el libro, y en la prensa? El éxito de Zola llegaba a su colmo; Edmundo de Goncourt, Alfonso Daudet, considerados como los lugares tenientes de su gloria, participaban de su fortuna, y, detrás de ellos, la joven escuela naturalista multiplicaba sus reproducciones ruidosas o incoloras, frecuentemente amargas, sarcásticas, descorazonadas, pero, también, frecuentemente, vigorosas y pesadas, de una fangosa verdad. Varios de los que entonces se entrenaban se rebelaban contra la tendencia común por protestas altivas o despreciativas, por discusiones de principios, vehementes o irónicas. ¿Os extrañará si sostengo que ellas nunca alcanzaban su objeto, siendo poco leídas y poco comprendidas? ¡Por más aceradas que estuviesen las flechas, ninguna atravesaba la envoltura del monstruo agredido; y el monstruo prosperaba, alimentado y sostenido por una potencia formidable: André Antoine estaba en camino de conquistarse el teatro!

De pronto, a ese teatro victorioso, a ese teatro naturalista o libre, cuyo prestigio se implantaba de escena en escena, una cierta noche de 1890, se le opone, ¡oh! un muy modesto teatro, poco secundado, mal comprendido en sus comienzos, con actores inexperimentados, con trajes i accesorios inconcebibles,

pero con decorados audazmente puestos y pintados por artistas atrevidos e innovadores, un teatro de fé idealista y lírica, el teatro de arte, organizado y fundado por un joven de diez y ocho años, pobre, ignorado, un tal Paul Fort, del cual nadie sabía nada.

Y bien, ese teatro irrisorio, ese teatro ridículo e imposible, donde se han representado, sin desplegar ningún lujo, por falta de medios, obras fastuosas, feéricas, fabulosas y poderosas, tales como *Cenci* de Shelley y el *Doctor Fausto*, de Marlowe, y hasta el *Cantar de los Cantares*, al mismo tiempo que los primeros ensayos dramáticos de Van Lerberghe, de Maeterlinck, de Pedro Quillard, de Remy de Gourmont, de Julio Laforgue, de Mme. Rachilde, de Carlos Morice, sin olvidar esa maravilla demasiado olvidada: *Los Unos y los Otros*, de Pablo Verlaine, ese teatro de ensueño, de luz, de poesía, ha obtenido la victoria. Ha sido más útil para la renovación necesaria del pensamiento y de la cultura franceses que la obra brillante de los simbolistas de entonces, llamados, no sin un cierto desprecio, los decadentes, pues no se les discernía a cada uno de ellos los motivos de admiración que han hecho célebres, después, los nombres de Juan Moréas, por ejemplo, o de Pablo Adam, o los vuestros: Pierre Louys, Gustavo Kahn, Viéle-Griffin, Verhaeren, Rodenbach, Enrique de Régnier, Pablo Claudel, quienes, sin conformaros con los caracteres enjutos, marmóreos, del Parnaso, rehusabáis inclinaros ante el Naturalismo.

Es necesario haber vivido ese singular período de ebullición y de fiebre para comprender la importancia, para imaginarse el extraordinario ascendiente que ejercía sobre los espíritus independientes y rebeldes el entusiasmo ordenador de ese niño! No se arriesgaba solamente en la aventura de sus andamios improvisados contra opulentas potencias organizadas, sino que como le parecía indispensable completar esta obra infinitamente delicada, él prevenía también, con una mano experta y casi invisible, las disensiones posibles, entretenía la vanidad de cada uno de sus autores, unidos por la imperiosa necesidad de abatir al enemigo común en beneficio propio, y en beneficio del idealismo, cuyo reino ellos se preparaban a volver sobre la tierra.

Con excepción de esa vasta y vaga tendencia, medid cuánto se alejaba del ideal de un Villiers de l'Isle Adam, el ideal de un Laforgue o de un Corbiere.

Sí, entre esos temperamentos, esas inclinaciones, esas pasiones a menudo fogosas y vehementes que se cruzaban, se mezclaban, se contradecían y se rechazaban sin cesar, Paul Fort hizo algo más que mantener una disciplina momentánea: suscitó el leal respeto ante los ideales de todos; fundó la armonía, cimentó una concordia, sólida en forma tal, que se la volvió a encontrar intacta, quince años más tarde, cuando apareció el primer fascículo de *Verso y Prosa*, y que no pudo desgregarse desde entonces.

Pero recuerdo que Paul Fort me escucha, y presiento que se irrita y protesta porque atribuyo a su acción personal un mérito exagerado; y, lo reconozco, no se equivocaría si yo confiara a su intervención un valor privativo de cualquier otro. Admitamos, para serle agradable, que, en los tiempos heroicos del Teatro de Arte, la concordia entre los neófitos, entre flamantes catecúmenos, haya sido relativamente fácil de obtener; me concederá, en cambio, que, en los tiempos más positivos de *Verso y Prosa*, entre hombres ya hechos, teniendo sus opiniones ya fijas, sus injustas prevenciones y hasta separados los intereses de su gloria, entre hombres cristalizados en su dignidad y en sus convicciones, era mucho más difícil asegurar, sino acercamientos sólidos, a lo menos sentimientos de estima recíproca y de perfecta tolerancia.

Paul Fort ha triunfado mejor aún. Ha llegado, con su simplicidad natural y adorable, a crear la unanimidad más rara: la unanimidad de la admiración ante su obra.

ANDRÉ FONTAINAS.

(Traducción de Homero M. Guglielmini, para *Nosotros*, de Buenos Aires).

LA TRILLA

(CUADROS DEL CAMPO)

La agricultura nunca está tan decaída ni tan en ruinas como se asegura por ahí, en la prensa y en los clubs. Y la razón es que los agricultores son quejumbrosos de suyo y nunca confiesan el cincuenta por ciento de sus ganancias.—¿Cómo está la cosecha este año? se les pregunta.—Regular, contestan en el mejor de los casos.—¿Y la viña?—Helada completamente.—¿Y las chacras?—Muy atrasadas: no darán los gastos.

Con esto y el deseo de tefirnos de negro el horizonte, varias personas de buena voluntad dicen por ahí que la agricultura es un cadáver insepulto, que el salitre se acaba el día menos pensado, que las minas no son nuestro porvenir, y que Chile va a amauecer de un momento a otro sin más esperanzas que el trigo y los ganados.

Conviene, pues, para el caso de que lleguemos a ser un pueblo agrícola, que nos habituemos a mirar algo más que el mar y sus accesorios, y volvamos la vista a uno de esos pedazos de llanura verde, surcadas de alamedas y encerradas en cerros llenos de chaguales y espinos.

El trabajo comercial es árido como una operación aritmética: un telefonazo, una contestación, una suma, y está todo terminado, sin dejar otro rastro que el pago de la comisión.

Pero el trabajo del campo tiene tanto color como la paleta revuelta y enmarañada de un artista. El cielo se abre terso y limpio como una concha de raso azul; por el oriente se extiende la gran muralla que nos ha dado Dios, por el occidente el mar, y en este inmenso teatro en que funciona el sol dejando caer con regularidad desesperante sus rayos de fuego, el agua extendiendo su riego y reverdeciendo los campos, y la tierra

fructificando con la potente fecundidad de madre, se ajita todo el mundo agrícola, vivo y risueño.

Han llegado los últimos días de Enero, y se está haciendo *la encierra* con inusitado vigor y actividad. Ya no hay siesta! Las enormes carretas cargadas hasta el tope de espigas doradas, van bamboleantes por los caminos, con el eterno chirrido de sus ruedas, reproduciendo en forma rústica y desbordante el mejor cuerno de la abundancia de nuestros campos.

La llanura sembrada se ajita por el viento en olas de espigas, que dan reflejos de oro. A lo lejos asoman sus cabezas en el trigo los segadores inclinados sobre la tierra moviendo incesantemente la hechona, y más lejos se extienden los cerros de la cordillera, que por más que se empinen no alcanzan a ver el mar.

La encierra ha terminado y va a comenzar la trilla, lo que se nota en el ambiente, que está más perfumado; en la brisa, que trae punteos sueltos de guitarras y lejanas voces de cantoras que ensayan la garganta.

Las máquinas Ramson que turbaron un día con su largo silbato el silencio de los campos, hicieron huir con alborotado y frenético galope a las yeguas que hacían la trilla bajo los cascos de sus patas. La trilla se apagó, se descoloró, se fué en el medio de un escape de vapor, como la última esencia de una vieja y poética vida de algazara campestre.

Las máquinas son prosaicas de suyo, porque hacen el eterno cuadro del trabajo moderno con una chimenea que arroja humo y un volante que jira con ciclópea velocidad. Esos émbolos han expulsado, de entorno suyo, el color, la vida animal, el viento y el aroma.

Vamos, pues, a un rincón donde las yeguas hayan parado su galope y encontrado asilo contra la invasión de las Ramson.

Ha amanecido el día de la trilla; un día de Febrero, claro, luminoso, lleno de sol, abierto hacia todos lados. La *era* es un acinamiento de aristas doradas, que parece concentrar y atraer sobre sí toda la luz y todo el sol del valle.

Por las alamedas avanzan las carretas, cargadas con todos los menesteres, incluso las niñas, que van afinando ya las guitarras y tamboreando sobre sus sonoras cajas.

De todos lados vienen jinetes, con sus espuelas de grandes rodajas, que suenan como cascabeles de plata, y la manta dominguera doblada al hombro con *chic* sin igual.

En la ramada se van juntando, saludándose, echando cálculos sobre lo que *rendirá* la cuadra, ponderando sus caballos y esperando que lleguen las niñas a alegrarlo todo con sus ojillos de gatas enamoradas, y la voz plañidera y melosa con que cantarán:

¡Tan chiquitita y con luto,
Dime quien se te murió,
Que si se ha muerto tu amante,
No llores que aquí estoy yo!

Por fin, a lo lejos, por la puerta de trancas del potrero, aparece una polvareda: ¡Son ellas! No nos referimos a las niñas, sino a las yeguas.

Su marcha remece el suelo alfalfado y endurecido por el sol, y se van acercando como una avalancha, sueltas al viento las crines, la cabeza balanceándose con coqueta alegría y el braceado galope mostrando la buena sangre de la yeguada.

Los jinetes se separan de la entrada, parten al galope, revuelven sus caballos, y abren por fin calle a la enorme cuadrilla que relincha, se encabrita, levanta las orejas, se detiene ante la abertura de la quincha, y se lanza después silenciosamente sobre el trigo que forma un muelle colchon a la yeguada.

El galope se cambia dentro, primero en troté y después en paso; y no se sienten ya los pasos sino el crujido de la espiga envuelta y desmenuzada bajo los cascos de las yeguas.

Los jinetes se ofrecen la preferencia, para correr; por fin se lanzan dos y comienza la trilla, la alegría y la fiesta del campo.

Las yeguas van al galope, saltando casi y enterrándose en el grueso colchón de espigas. Es un círculo vertiginoso, que da vueltas, que se emborracha con sol, con luz, con fuego, con el polvo que se levanta por el aire y cae jugueteando con millares de pajitas que parecen plumilla de oro caída del cielo.

Más tarde las yeguas no se ven entre el remolino de la paja que levanta el viento y el polvo dorado que envuelve la cara;

y los jinetes siguen sucediéndose de dos en dos alternando sus clamores, con risueño y variado estribillo.

Más tarde aún, humea la cazuela a la sombra de los árboles, corre chacoli superior, suena el punteo de la guitarra, sale a cancha una pareja, y hay ojos que centellean, sangre que bulle, cuerdas que se destuercen y enredan, tamboreo que despierta un viejo cúmulo de recuerdos, y canto, canto alegre, vibrante, que va rodando por las alamedas y llega al faldeo del cerro, y vuelve en ondas sonoras despedidas por el eco.

Y bajo ese cielo azul, que es el nuestro, ante esas montañas testigos de toda nuestra vida de pueblo, con ese canto que es también nuestro, la sangre chilena hierve, como hierve dentro de la olla de greda la cazuela espumosa y picante.

.....

En una trilla bailaba un huaso joven y alegre, con la mano en la cadera, y los ojos tiernos fijos en los giros endemoniados de su endemoniada compañera de baile. Eso es cueca! Qué ligereza de pié, qué culebrear de cuerpo, qué hacer de lindezas desde la cadera para arriba, y de dibujos para abajo! El chacolí corría, y ese huaso era ya un instrumento sonoro, porque de sus labios salían chistes a borbotones, de su garganta tonadas armoniosas y tristes, y de sus ojos un volcán de pasión.

Cuando todos se agrupan para verlo, y oirlo, para no perderle una sílaba, parecía que estaba allí todo el pueblo de Chile encarnado en ese rotito de ojos negros.

De repente, le brillaron los ojos: el chacolí, el canto, el amor, el sol, la luz, los ojos de las mujeres, el olor a la madre tierra exuberante y rica de verdura, habían embriagado a ese reicito del campo.

Saltó a su caballo, montó en él, apretó las espuelas y se lanzó al galope.

¿Dónde iba? Todos se levantaron y lo vieron desaparecer por una alameda a todo el escape loco de su caballo tordillo. Después se siguió sintiendo el ruido del galope en la calma del campo, y después hubo silencio.

Los que siguieron detrás para alcanzarle lo encontraron deshecho contra la primera valla de piedra del cerro.

¿Por qué se había lanzado ese hombre en esa carrera loca, vertiginosa, suprema?

¡Ah! Había algo extraño en ese suicidio, en el suicidio grandioso de ese muchacho producto virgen del suelo chileno, que tenía corazón grande, alma impetuosa, cabeza despierta y pasiones hondas.

Y esa carrera suprema, brutal, loca, ¿no tiene una nota del himno de nuestras batallas, del grito de nuestras cargas a la bayoneta, y del viva de nuestros triunfos?

Chile está en las batallas; pero está también en los grandes días del campo.

En las ciudades a donde llegan los buques de Europa trayendo en las plegaduras de sus velas el molde universal y cosmopolita de la moda, va desapareciendo ese Chile criollo que aún no ha encontrado su cantor.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.

LOS FUEGUINOS, ESTUDIADOS POR ANTIGUOS NAVEGANTES ESPAÑOLES

Después que Magallanes emprendió su titánica marcha hacia la mar del Sur es cuando los humildes habitantes de la Tierra del Fuego fueron lentamente conocidos. Estos seres desgraciados, que viven de un modo miserable, nos revelan lo que ha sido el género humano en sus principios, antes de participar de la civilización. Lo que los hombres cuaternarios europeos hicieron hace miles y miles de años es lo que en nuestros días hacen los fueguinos, tendiendo más bien a desaparecer que a elevarse del rango de inferioridad en que han estado condenados a vivir durante el largo transcurso de las generaciones.

Al saberse en la Corte de España el estado de barbarie en que se encontraban las infelices tribus que los navegantes veían en las costas magallánicas, ocupáronse los Monarcas castellanos (1) en que la fe de Cristo penetrase, en cuanto fuese posible, entre aquellas gentes.

En el Archivo de Indias, de Sevilla (2), consérvase el «Titulo de oydor y veedor de Gerónimo de Heredia», el que entre otras disposiciones contiene la siguiente: «Nos, Phelipe c.^a Por quanto por algunas causas Tocantes a nuestro seruicio y al bien y seguridad de las nuestras indias auemos acordado de mandar Hazer en lo más augosto y conueniente del estrecho de Maga-

(1) Una real cédula de la Reina (2 de junio de 1582) ordena que vayan religiosos con Camargo, para la cultura de los habitantes de las tierras magallánicas. («Real cédula relativa a los religiosos que han de ir en la expedición de Camargo». Archivo de Indias, 128-4-1. *Colección de documentos para la historia de Chile*, por J. F. MEDINA. Tomo III, página 397.

(2) *Estrecho de Magallanes*, desde 6 de noviembre de 1530 a 20 agosto de 1581. Libro I, pág. 122. Archivo de Indias, Sevilla 128-4-1.

llanes dos fuertes, Uno de la una y el otro de la otra parte, que se correspondan, y que en ellos residan de ordinario quatro cientos hombres de guerra, y ansi mismo se pueble en las prouincias comarcanas Al dicho estrecho para que los naturales dellas vengan al uerdadero conocimiento de nuestra santa fée Cathólica y se les predique el santo euangelio, y auemos proueydo por nuestro gouernador y capitán de las dichas prouincias a Pedro sarmiento de gamboa, que vino del Peru por el dicho estrecho, y porque conbiene que en los dichos fuertes aya oficiales a cuyo cargo esté nuestra real Hazienda, ansi la que mandares proueer para el sustento de la gente que en ellos residiere, como la que procediere de los fructos de las dichas Prouincias i poblaciones della», etc., etc.

Tiempo después aparece García de Loaisa por aquellas regiones. Las observaciones de éste son un tanto endebles, pues los primeros navegantes se ocuparon más bien en hidrografía que en estudios étnicos.

Donde ya encontramos descripciones un poco más detalladas es en la *Relación del viaje al estrecho de Magallanes* escrita por Juan Ladrillero, en 1558, donde puede leerse que «la gente de esta boca del Estrecho, a la parte de la mar del Sur, es bien dispuesta de cuerpo, así los hombres como las mujeres; son soberbios y de grandes fuerzas, y las mujeres, bien agestadas. Su traje es cueros de lobos marinos», etc., etc. Este mismo autor nos dice: «La gente que hallé en esta boca de este Estrecho, a la parte del Norte, es gente soberbia. Son grandes de cuerpo, así los hombres como las mujeres, y de grandes fuerzas los hombres, y las mujeres, bastas de los rostros. Los hombres son muy sueltos. Su traje de los hombres es que andan desnudos y sus vergüenzas de fuera, y los naturas traen atados por el capullo con unos hilos o correas; y traen por capas pellejos de guanacos sobados; la lana, para adentro, hacia el cuerpo; y sus armas son arcos y flechas de pedernal y palos de madera de macanas; y tienen por costumbre untarse con una tierra blanca, como cal, la cara», etc., etc.

El capitán don Pedro Sarmiento de Gamboa, en su viaje al estrecho de Magallanes en 1579, nos dice que «pasada la punta

de gente grande hace la tierra una ensenada o hoyo la vuelta del Leste; y porque ya era tarde surgimos en medio de la boca de este canal del Leste en doce brazas, buen fondo. Aquí corren las aguas más que en todo lo que hasta aquí hemos andado de este Estrecho de la Madre de Dios. Y en surgiendo, pareció gente de la costa y nos dió voces; y para ver qué era y para tomar alguno de esta provincia para lengua, Pedro Sarmiento envió allá al alferez y a Hernando Alonso con algunos arcabuzeros en el batel; y llegados a tierra, los naturales de aquella provincia, que era gente grande, comenzaron a dar voces y saltos hacia arriba, las manos altas y oleando y sin armas, porque las habían dejado allí junto», etc., etc. (1).

Bartolomé García de Nadal y Gonzalo de Nadal efectuaron un viaje en 1618, pero nos dejaron poco referente a los indígenas. En cambio, en la relación hecha por el capitán don Diego Ramírez de Arellano del viaje al estrecho en 1621 (2) se ve lo siguiente: «Volvimos por la mañana a saltar en tierra, a hacer agua y leña, poniendo lo primero un cuerpo de guardia, por lo que podía suceder; y eran tan puntuales los indios, que luego vinieron a nosotros catorce, y los unos de ellos diferentes de los pasados; lindos mocetones de fuertes, lijeros y bien hechos; trajeron tres o cuatro flechas pequeñas, pero curiosamente labradas; los arpones, de pedernal, tan bien acabados como los pudiera hacer el mejor artista de hierro; trajeron asimismo cuchillos de pedernal», etc., etc.

(1) De exploradores extranjeros se sabe que en el segundo viaje efectuado por Candish, en 1592, Antonino Kninet nos dice que los indígenas de Port Fanione son pequeños y de cuerpo grueso y robusto. Ricardo Hawkins describe sus cabañas. Sebalch de Willat, que efectuó en 1598 un viaje al estrecho de Magallanes, dice que encontró siete canoas con salvajes de color rojo, de cabello largo.

Otros extranjeros los describen. Entre éstos se destaca Marborough, en 1670, quien hace un minucioso estudio de los fueguinos. Sigue después Francois Snoger y luego Beauchesne-Gomin, en 1699, que los divide en *laguediches* y *haneguediches*. Byron, en su viaje alrededor del mundo, también describe sus cualidades físicas. Y por último debemos citar a Bousgoinville (1766) y a James Cook (1774), pues en sus viajes a Magallanes se ocuparon de sus habitantes.

(2) *Reconocimiento de los estrechos de Magallanes y San Vicente*, año 1621. Este manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos.

En la relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata *Santa María de la Cabeza*, en 1785-86, se encuentran grandes narraciones acerca de los indios fueguinos. «Su estatura—se lee—es regular, inclinándose más bien a mediana; sus miembros, bien proporcionados; ágiles todos ellos, a pesar del poquísimo ejercicio que hacen; el color, cetrino tirando a cobre, unos más oscuros que otros; las facciones de la cara nada tienen de horrible, como ni de hermoso; el pelo parece más bien una clin fina y sutil que cabellos humanos, que seguramente proviene de tener la cabeza siempre descubierta; acaso si lo cuidasen sería bastante fino y largo; su color es negro». Dice además que algunos tienen barbas, lo cual no es general. «Las mujeres—continúa—cuya estatura es algo inferior a la de los hombres, no tienen facciones particulares que las distinguan; pero sí un sumo recato, cubriendo las partes naturales», etc., etc. Cevallos (1), uno de los que formaron parte de la expedición de 1788, nos refiere el encuentro con los indios, poco después del cabo de las Vírgenes, al fondear en una ensenada contigua al cabo de San Isidro. «El color de estos indios—nos dice—es de cobre oscuro, y su estatura, igual a la común de los países meridionales de la Europa; tienen la cabeza grande, la cara ancha y redonda, la nariz desplegada, los labios gruesos, los dientes blancos, pequeños y bien unidos, los ojos algo pequeños, pero vivos y de un negro brillante, y los cabellos lacios, que les caen de en medio de la cabeza sobre la espalda y frente», etc., etc.

Los navegantes extranjeros Van Noort y Beauchesne-Gomin dividieron a los fueguinos. El primero, por haber sabido que formaban cuatro naciones, y el segundo, formando dos grupos: los *laguediches* y los *haneguediches*.

No pasó esto inadvertido para los españoles. Ya hemos señalado cómo Diego Ramírez de Arellano notó, en 1621, las diferencias que existían entre los indígenas del estrecho de Magallanes, diferencias que han sido confirmadas por los estudios de la moderna antropología.

(1) Apéndice a la relación del viaje a Magallanes de la fragata *Santa María de la Cabeza*, que contiene el de los paquebotes *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*.

Si grandes fueron en sus bahañas aquellos marinos ilustres, también fueron grandes en sus observaciones, las que, desgraciadamente, han sido poco apreciadas por los que se dedican al estudio de las razas del continente americano.

FERNANDO MÁRQUEZ DE LA PLATA Y ECHENIQUE.

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Madrid, Junio 1920.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y LA HIGIENE

«Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa bien se acierta; empero decir cómo es dificultoso.»—FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA.

Lo mismo los poetas españoles e hispanoamericanos que los historiadores de todo género y condición, han enrostrado a España, con acentos de indignación o con el recuento frío de los hechos y la aglomeración de cifras, la crueldad gastada para destruir una raza en todo el continente americano. Es verdad que la historia de América señala el hecho de la despoblación y que ninguna de las naciones comprometidas en la empresa de la conquista y colonización de las tierras descubiertas está exenta de cargos de crueldad. Españoles, portugueses, bátavos, ingleses, aun los alemanes que estuvieron al servicio de España, contribuyeron con sus crueldades a la destrucción de los aborígenes. Sin embargo, la crueldad tuvo poco que hacer en esta obra de exterminio, si bien no debe eximirse a los conquistadores de los primeros días, y a los presidentes y virreyes en una época posterior, del cargo de sevicia ejercida sobre los naturales, fría y medítadamente. Se pensaba en esos tiempos que la crueldad era un elemento necesario de gobierno, y desde ese punto de vista los hechos ejecutados por los agentes de las naciones europeas quedaban privados del matiz sentimental. Hacerles el cargo de crueldad a un Alfínger o a un Ampudia, era como censurarle al tigre sus depredaciones sobre el ganado. Quintana, en la férvida expresión de su humanitarismo, llegó a decir que los crímenes de que se acusaba a la madre patria eran del tiempo y no de España. La frase sonaba cadenciosamente en nuestros oídos en pos de aquel apóstrofe con que se deleitaron las repúblicas nuevas de un agitado continente:

Todavía le estamos escuchando. Sin embargo, cada día disminuye el poder que la vibrante silva ejerció sobre los espíritus.

¡Virgen del mundo, América inocente!
Tú, que a fuer de más casta y más hermosa,
Debiste ser del hado,
Ya contra ti tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero.
Óyeme:

Todavía le estamos escuchando. Sin embargo, cada día disminuye el poder que la vibrante silva ejerció sobre los espíritus.

La despoblación de América es un hecho a que los naturalistas de la especie humana han prestado poca atención. Está visible que la crueldad de los agentes españoles o de otras procedencias no pudo ser la causa. La población de España en el siglo XVI podía ser de unos tres o cuatro millones. Es preciso tener en cuenta que los datos estadísticos de aquella época no merecen crédito sino dentro de las más escrupulosas reservas. Pero si tenemos en cuenta la población actual de España y lo que se sabe de otras naciones europeas en aquella época, el cómputo anterior no parece exagerado. La población de América no se puede calcular tampoco sino dentro de límites muy elásticos. Algunos cronistas de la época estiman en veinte millones la población total de América en tiempo del descubrimiento. La cifra es baja, sin duda, si aceptamos que en algunos puntos del territorio la población era muy densa. En la Sábana de Bogotá, según cálculos muy atendibles, había seiscientos mil almas al tiempo de la conquista. Tomando este dato por base y teniendo en cuenta la organización social de los Incas, que extendían su dominio desde Chile casi hasta Pasto, no es descabellado decir que es baja la cifra aventurada por José Acosta. Cualquiera que haya sido esa cifra, la población era suficiente para absorber en una o dos generaciones el contingente blanco que mandaba la península ibérica a varios miles de leguas de distancia. Supongamos al Japón empeñado en el siglo XX en conquistar a la China. Con todos los medios de destrucción que hoy les ofrece la ciencia a las naciones agresivas, puede asegurarse que el Japón, dueño de China, vendría a ser absorbido por la población del Celeste Imperio al cabo de dos o tres generaciones. La cultura japonesa volvería a ser china seguramente. Los ideales del Nipón se desvanecerían, a pesar de su aparente inmovilidad, en el mar sereno de las tradiciones clásicas chinas, en cuya sabiduría bebió el japonés su primera y verdadera cultura. A una cosa semejante estaba condenada España en su conquista de ultramar, y algo de eso significan las guerras de independencia. En América se formó una España cuyos ideales y aspiraciones eran distintos de los que le señalaban rumbo a la raza en este lado del mar. La separación fué más tardía y menos substancial, porque la raza americana fué destruída en su mayor parte desde que se puso en contacto con los europeos.

B. SANIN CANO.

(Concluirá).

NOTAS Y DOCUMENTOS

El dieciocho de Septiembre a bordo.—Estábamos ya lejos, muy lejos de nuestro querido y pobre Chile y ¡qué conmovedora y hermosa es nuestra patria cuando la vemos desde lejos! Cuando desaparecen las ásperas rocas de sus costas, y sólo vemos levantarse a la distancia sus montañas, que se elevan, majestuosas y solemnes, hacia un cielo de espléndida pureza; cuando desaparecen las pequeñeces y miserias de nuestra vida política y social, y sólo vemos el esfuerzo enérgico y tenaz de nuestra raza en la dura conquista de su engrandecimiento y su progreso. Sí, nuestra vida tiene durezas, pero también tiene la presunción constante de una noble aspiración; hay en ella una prosa áspera y de un sabor amargo, pero hay también siempre en ella la poesía de un ideal. Esa vida es como los ríos que bajan de nuestras montañas, deslizando sobre un lecho de granito sus aguas cristalinas en que se refleja un cielo transparente. Sí, vista en sus grandes líneas, es muy hermosa nuestra tierra y nuestra historia.

Este día, en cualquier lugar en que se encuentren los chilenos, se buscan, se juntan, se cobijan a la sombra de su vieja bandera. Un sentimiento extraño y poderoso los enlaza; borra todas las distancias y los confunde en una emoción única y profunda; es una emoción que viene del fondo de nuestra nación y nuestra raza, y que sólo puede traducir una palabra que brota siempre en los labios de nuestros *rotos*, en las horas peligrosas y solemnes, en que el fondo del alma se descubre:—*Hermanito*. Sí, en este día sentimos todos los chilenos la fraternidad de la patria, sentimos que somos hijos de la misma tierra y que nos confundimos en suave y dulce profundidad de un mismo amor. Es un amor puro, un amor sagrado, hecho de recuerdos y esperanzas, en que se mezclan los recuerdos más íntimos de nuestra propia vida y los recuerdos gloriosos de nuestra historia. Apartamos la vista de las inquietudes del presente y sólo vemos las grandezas heroicas del pasado y el risueño esplendor del porvenir. Ese sentimiento nos sumerge en una contemplación magnífica, que tiene la misteriosa profundidad de las emociones religiosas, que nos producen cierta so-

lemne elevación del corazón, y que por eso propiamente lo llamamos el amor sagrado de la patria.

Todos los que han visitado nuestra tierra, todos los que se han asoinado a nuestra historia, están de acuerdo en repetirnos que el amor a la patria es el rasgo más vivo y acentuado de nuestro carácter nacional, y van a buscar el origen de ese sentimiento poderoso en las condiciones de una lucha incesante en que ha nacido y se ha desarrollado nuestra raza. Es indudable que esa lucha sin tregua ha tenido que influir en la constitución de ese sentimiento entre nosotros, y que a ese odio al enemigo le debemos uno de los elementos más inesperados y extraños que encontramos en él. Pero hay un evidente error en aceptar esa fácil y exclusiva explicación de un sentimiento complicado. Nó, nuestro amor a la patria no nace solamente del odio al enemigo que pretende arrebatarnos nuestra libertad y nuestra tierra. Ese odio sólo puede explicarnos lo que hay de imponente y de feroz en la manera cómo nosotros lo sentimos. Pero también hay en ese sentimiento una delicadez y una ternura de emoción que ese origen odioso no puede explicar ni producir. ¿De dónde viene?

Esta mañana, sentado sobre la cubierta del vapor, veía encenderse las primeras luces del alba en el horizonte; desaparecer las últimas estrellas en el cielo, y dejaba vagar mi pensamiento mecido en los suaves brazos de las olas. Quería ver qué género de ideas venían a asociarse de una manera espontánea a la emoción con que iba a levantarse en el horizonte la aurora del dieciocho. Sin pensar voluntariamente en nada, miraba el mar, y esperaba, contemplando ese espectáculo magnífico de las olas en su eterno movimiento, ese espectáculo que tiene la perpetua novedad de lo infinito y de lo hermoso.

La aurora que veía nacer me trajo el recuerdo de otras auroras. Me volvía a sentir niño. Salía de la cama antes que saliera el sol. No sentía solamente la impaciencia del niño que va a estrenar un traje nuevo—el traje del dieciocho—sino la impaciencia del que va a un espectáculo en que va a ser actor. La ciudad estaba de gala. En todas partes banderas. Corríamos a la Plaza de la Victoria, al gran tabladillo en que los niños de todas las escuelas, todos los muchachos de Valparaíso, las niñas y los niños, todos iban a saludar la salida del sol con el himno de la patria. ¡Qué canto aquel! ¡qué hermoso y qué absurdo! Las voces infantiles iban cada una por su lado, con la más encantadora independencia, pero todas se levantaban, y se alzaban, estrechamente unidas, en el supremo ardor del entusiasmo. ¡Qué hermoso era ese canto de los niños en que cantaba toda su alma! ¡Qué pura era esa primera ofrenda de la patria en el día de sus glorias! ¿Por qué se ha suprimido esa

canción de los niños? ¿No se siente en esa ceremonia toda la piadosa poesía que hay en poner la expresión de la gratitud que debemos a nuestros padres en los labios puros de nuestros hijos?

Después, las músicas militares desfilaban por las calles; los batallones iban a Playa Ancha, y todos nosotros, todos los niños, seguíamos detrás de los soldados y la música.

Un recuerdo pasa alegremente por mi memoria en medio de un desfile militar y le devuelve a mi espíritu su serenidad risueña. Es un recuerdo de mi querido y alegre tío Rafael, de una de las naturalezas más bondadosas y más sanas que he encontrado en mi vida. ¡Con qué ingenua alegría me contaba es viejo bondadoso, que para unas fiestas del dieciocho le habían comprado sus primeros zapatos de charol, la emoción con que se los había puesto y el cuidado con que subía a Playa Ancha para no estropearlos. Pero ¡qué horror! en medio de la fiesta cae uno de esos chubascos que en Valparaíso no son raros en Septiembre. Mi pobre tío presintió el desastre; los zapatos mojados, cubiertos de barro, el charol perdido definitiva, irremediablemente perdido, en el día de su estreno! Y ante esa tremenda perspectiva no vaciló un momento en sacarse los zapatos, guardarlos en los bolsillos y volverse de Playa Ancha en pie de medias, exponiéndose a un resfrío, pero salvando el charol de una catástrofe.

Y ese recuerdo alegre de mi tío envuelve en una sombra oscura mi memoria. El se ha ido... otros se han ido... y un desfile fúnebre y querido pasa delante de mi vista. Siento que una mano delicada y cariñosa mece mi cuna suavemente y que nunca, nunca más podré besar esa mano...

Y así el recuerdo de la tierra en que dormimos los sueños de nuestra infancia se va mezclando con el recuerdo de la tierra en que duermen su sueño eterno nuestros padres, en cuyo sitio reposan tantos seres queridos. Y así, en la patria, al lado del nido tibio y amoroso de nuestra infancia hay un campo santo, tierra sagrada a que no podemos acercarnos sin sentir las más hondas emociones que pueden agitar el alma humana, y esa tierra no será, no podrá ser nunca profanada.

Todas esas impresiones que desde el fondo de un pasado ya lejano venían a asociarse espontáneamente, con tanta frescura y una vida tan intensa, a la impresión de aquella mañana de Septiembre, eran según las reglas de la psicología experimental, elementos que entraban en la constitución del sentimiento del amor a la patria. Así se explica todo lo que hay de tierno y delicado en la manera cómo nosotros lo sentimos y al mismo tiempo lo que tiene de feroz y de bravo.

Todos los pueblos tienen una manera propia de sentir ese amor a la patria: en unos es soberbia, en otros ambiciosa, en otros llena de orgullo; en unos tiene las delicadezas de un ideal, en otros voluptuosidades de un grosero sensualismo, en nosotros es un afecto que habrían llamado *pietas*, los romanos, piedad, un afecto en que se mezcla una profunda reverencia y una gran ternura.

Dominados por ese sentimiento celebramos los chilenos a bordo del *Orduña* el día de la patria, y a esa celebración galantemente se asocian los viajeros de otras naciones y la oficialidad de nuestro buque. Tuvimos una gran comida en una sala adornada con banderas, en que ocupaba el sitio de honor nuestra bandera. La comida fué servida por *waiters*, que habían sido casi todos soldados del ejército inglés en la gran guerra, y llevaban sus medallas y cruces sobre el pecho, dándole una decoración de gloria a nuestra fiesta.

Terminó el banquete cantando todos el himno nacional, y después tuvimos un lucido concierto, gracias al amable y generoso concurso de una compañía de ópera española que venía a bordo con nosotros.

Pasó el Dieciocho dejando en nuestro espíritu un recuerdo de amable gratitud a los que con tauta elegancia nos manifestaban su cariño.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

Discurso pronunciado en la inauguración del monumento erigido a Bolívar en Nueva York.—Señores: Una razón protocolar me confiere la honra de hablar en esta ocasión, y de aprovecharla, en primer término, para saludar, a nombre de mis honorables colegas de la Unión Panamericana, a Su Excelencia el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela y a los distinguidos miembros de la delegación que dignamente preside.

En sus personas, presentamos nuestros homenajes a Su Excelencia el Presidente de la República venezolana, a su ilustrado gobierno y al pueblo hermano, hacia quienes van nuestros mejores votos por su felicidad y constantes progresos.

Nos es muy grato, a la vez, felicitar cordialmente a nuestro querido colega, Su Excelencia el doctor Dominici, digno representante de Venezuela en Washington, por las manifestaciones de simpatía de que aquí se está haciendo objeto a su país, y a las cuales adherimos con legítima satisfacción, a nombre de los nuestros, pertenecientes a la misma gran familia en cuyo buen nombre y dignidad tenemos un interés y responsabilidad comunes.

Ahora, señores, un poco de historia, que se impone refrescar con motivo de la inauguración que celebramos.

La independencia del continente sudamericano sólo quedó definitivamente consumada y afianzada por la batalla de Ayacucho, librada el 9 de Diciembre de 1824, en la altiplanicie de los Andes.

La campaña militar de los independientes, que culminó en Ayacucho, obscurecida por el lugar remoto del mundo en que tuvo lugar, más remoto entonces que ahora, y por las deslumbrantes acciones del gran capitán europeo del siglo, frescas en la admiración de los contemporáneos, no tuvo probablemente en su época la notoriedad universal que merecía. Pero esa campaña, fuera de sus trascendentales resultados, trascendentales porque fueron decisivos, fué una obra magistral de concepción estratégica de parte del general Bolívar, así como de ejecución táctica de parte del general Sucre, su lugarteniente; y merece figurar entre las más afamadas de la historia.

Tanto el general argentino, don José de San Martín, que, con el ejército chileno-argentino, acababa de realizar la liberación de las repúblicas australes, como el general don Simón Bolívar, que había conquistado la de las del norte, comprendieron que su obra no quedaría completa, que aun sería efímera, sin la destrucción del poder de la metrópoli, que se mantenía fuerte y amenazador en el centro del continente; y ambos recibieron, y pusieron sucesivamente en ejecución, el pensamiento de libertar al Perú. En la obra común, cupo a Bolívar, con el ejército colombiano, la fortuna de realizarlo finalmente, en la atrevida y memorable campaña que hemos recordado y que semeja a la empresa del romano contra el cartaginés, sin la destrucción de Cartago.

Pero ninguno de esos dos grandes capitanes que resumieron en sus personalidades las glorias militares de la independencia sudamericana hubiese podido concebir, menos realizar, el proyecto, sin haberse asegurado de antemano el dominio del mar, mantenido en absoluto por la metrópoli.

No insisto en la importancia decisiva de este factor, porque ante un auditorio familiarizado con el clásico libro del capitán americano Mahan, que, sobre ser una lección del pasado, fué una profecía del porvenir.

Pues bien: el mar quedó aclarado previamente; desapareció del Pacífico el pabellón de la metrópoli; y quedó flotando en su lugar, con vivos reflejos de gloria, el pabellón tricolor de la estrella solitaria, emblema de una modesta república recién nacida, la más pobre y lejana del continente, estrechada entre una abrupta montaña y un océano dilatado, poblada de un pu-

ñado de montañeses y de marinos, con el instinto y la pasión que la montaña y el mar inspiran por la libertad.

Comprended y excusad mi emoción, señores, porque he mencionado a Chile, mi patria.

Fué efectivamente un chileno, el general don Bernardo O'Higgins, uno de los próceres de nuestra independencia, quién, agotando los recursos de su pobre país, sacando, como se dice vulgarmente, sangre de la piedra, formó la escuadra libertadora. La confió al genio de un marino británico, Sir Thomas Cochrane, Lord Dundonald, a quién los azares de la fortuna habían llevado a aquellas apartadas costas del Pacífico en busca de una gloria que él se habría conquistado seguramente en cualquier otro mar, de igual manera. Entre sus capitanes figuran nombres de americanos como el de Délano; pero sus tripulaciones fueron de chilenos reclutados en la extensa costa del país.

«En esas cuatro tablas van los destinos de la América», dijo O'Higgins al despedir a la escuadra libertadora.

La campaña naval de Cóchrane es una epopeya. Logró ampliamente sus objetivos; correspondió a los sacrificios; nos cubrió de gloria, legándonos, además, una preciosa tradición que cultivan con religiosidad nuestras jóvenes generaciones de marinos.

Vuelvo a excusarme, y esta vez particularmente con mis compatriotas sudamericanos. Pero las glorias eran tantas, los esfuerzos tan comunes, los resultados tan en beneficio general, que pienso que, en esta hora de la apoteosis de una gran figura americana, hay lugar para todos, sin que se amengüe el rol que, en la magna empresa, las circunstancias impusieron a cada uno. No nos regateamos entonces los sacrificios; no sería bien que nos regateásemos ahora los merecimientos.

Un siglo ha transcurrido de vida independiente, y debemos rendirnos cuentas. ¿Hemos hecho buen uso de la independencia que conquistaron para nosotros nuestros antepasados? Puede responderse, en general y todo bien considerado, afirmativamente.

Las corrientes del pensamiento humano se orientaban hacia la democracia; la influencia de la revolución francesa, de una parte, y la de la constitución de los Estados Unidos de América, de la otra, se imponían a los espíritus; y sin arredrarse por las dificultades, se lanzaron resueltamente a la organización de gobiernos republicano-democráticos, a mi juicio, la forma de gobierno más difícil de practicar, porque conforme a ella estábamos todos llamados a mandar, cuando, durante los tres siglos de coloniaje, no habíamos aprendido otra cosa que a obedecer. Enciérrese a un hombre por largo tiempo en la cámara

obscura y expóngasele repentinamente a la luz del sol; deslumbrado, será incapaz de dar un solo paso sin vacilar, sin tropezar y caer. De la misma manera alumbró a nuestras jóvenes repúblicas el sol de la libertad, y ésta es la explicación de sus vacilaciones, de sus tropiezos, de sus caídas, mientras se han habituado a la luz y aprendido a marchar, algunas con paso ya bastante seguro, otras con andar más lento pero firme, otras todavía con alguna incertidumbre. Pero el paso tiende a ser unísono, y seguramente la marcha habrá de uniformarse en este laborioso y rudo camino del progreso cuya meta sólo puede alcanzarse orientándose con la brújula que señala como norte la libertad dentro del orden. ¡Orden y libertad! Dos palabras brevisimas, muy socorridas y usuales, muy fáciles de pronunciar con los labios, pero muy difíciles de conciliar, cuando se trata de aplicarlas, sinceramente y de buena fe, a la realidad. Sin embargo, sobre ellas reposa todo el sistema democrático.

No debemos ser intolerantes ni impacientes, sino considerar, con el clásico latino, si hemos de juzgar con ecuanimidad, que nada de lo humano, sobre todo, en materia política, ni virtudes ni deficiencias, son ajenas de nosotros.

Mis votos, en el momento en que se glorifica a uno de nuestros prohombres, son por que nos hagamos todos dignos de los sacrificios que aquéllos se impusieron para darnos una personalidad capaz de alternar con las otras que forman la sociedad civilizada, y con las cuales hemos de vivir en contacto. Tenemos el ejemplo a nuestro alcance, sin salir del continente, en las instituciones y prácticas democráticas de esta misma poderosa nación que acaba de dar albergue reverente a la figura en bronce del gran Libertador sudamericano.

Por mi parte, muchas gracias a nuestros amables huéspedes de esta noche y al distinguido auditorio cuya paciencia he debido poner a prueba para decir estas cosas que estaban en mi corazón.

BELTRÁN MATHIEU.

La huerta-jardín del obrero.—Por la mayor parte de quienes se han dedicado a escribir de cuestiones agrícolas ha sido tratado el interesante tema de la despoblación de los campos; hay que reconocer que nada se ha conseguido que remedie este mal. Nada se conseguirá mientras, por no haber educado y dotado de medios de cultivo moderno al agricultor, no haya mejorado éste en lo que a consideración social respecta; nada se habrá logrado mientras los que al cultivo de la tierra se dedican crean que la mayor prueba de cariño a sus hijos es hacer-

los independientes de ella. Pero ya que los antiguos labradores huyen del campo para ir a formar en las filas del proletariado de las grandes ciudades, ¿por qué no ha de buscarse entre éste quienes reconozcan su equivocación y vuelvan a la tierra para encontrar en ella las satisfacciones que en la ciudad soñaron y que no fueron más que un espejismo?

En el extranjero, y principalmente en Inglaterra, ha tomado gran incremento una institución que fervientemente deseamos ver establecida en España. Su misión consiste en proporcionar gratuitamente a los obreros de la ciudad que lo solicitan un pedazo de tierra y los medios (semillas, útiles de trabajo, etcétera) necesarios para ponerla en cultivo; de este modo consiguen los obreros de las fábricas de la ciudad, no sólo el disponer de hortalizas con las que mejoran su alimentación, sino que también distracción sana para la salida del trabajo. En el cultivo de sus parcelas son ayudados por sus mujeres e hijos, y es hermoso el presenciar el regreso de las familias obreras después de recoger provisión de verduras para el día siguiente.

De entre los obreros que se aficionan al cultivo de las pequeñas parcelas que mencionamos, son muchos los que ya persiguen un fin para sus ahorros: el de llegar a adquirir una casita en el campo y unos pedazos de tierra, que, trabajados inteligentemente por él, sirvan a su subsistencia y a asegurarle un retiro.

Quien haya recorrido las parcelas de hortalizas de Hyder Park, en Londres, sabe cuánto entusiasmo ponen en su cultivo los antiguos labradores, hoy obreros de la capital; en ellas se ven seguir alternativas curiosas, que dicen cuáles son los gustos de sus cultivadores; hay quienes parte de su terreno lo dedican a jardín y llegan a obtener admirables ejemplares de flores, pues bastantes, llevados de sus aficiones, conocen los procedimientos de selección de las semillas y los siguen escrupulosamente.

La huerta-jardín del obrero ha servido, no sólo para enseñar a éstos lo que es el trabajo atractivo en el sentido admirable que le dió Fourier, sino que también para un fin quizás aun más noble: el de disminuir el hambre de los pequeñuelos de los obreros cuando éstos fueron a la huelgas por las luchas sociales.

En nuestro país, en donde tenemos personas sobradamente capacitadas bajo todos los aspectos para el bien social, es de desear que se creen y lleven adelante instituciones similares a las que nos ocupan. Las grandes ciudades españolas: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, deben fundar la huerta jardín del obrero, facilitando a éstos, sean quienes sean y piensen como

piensen, una parcela de tierra próxima a su barrio, semillas, abonos, etc., y, en forma amena, la enseñanza necesaria al buen cultivo. Nos llenaría de alegría el que estas desaliñadas líneas pudieran servir para iniciar la idea, que, mejorada, podría, al llevarla a la práctica, contribuir a hacer más grata la vida para quienes merecen nuestro mayor afecto. Seguramente en nuestras granjas agrícolas se facilitan con gran satisfacción instrumentos, semillas, etcétera, con que ayudar a la buena obra.

Los hombres de buena voluntad tienen la palabra.

RAFAEL FONT DE MORA.

El Censo de 1920.—El presente opusculo tiene por objeto adelantar algunos datos generales sobre la población de la República, tal como resultó en el censo verificado el 15 de Diciembre de 1920.

La operación referida se llevó a cabo en buenas condiciones. Los errores y deficiencias de detalle, inevitables en estos casos, fueron corregidos oportunamente, y, a lo menos, en lo que respecta a las cifras, puede asegurarse que el resultado de conjunto es correcto dentro del cinco por mil en el peor de los casos.

La población de la República alcanzó a un total de 3.754,723 habitantes, superior en 505,444 a la de 1907. Esto significa un aumento anual de 1.20% durante el período de 13 años comprendido entre los dos últimos censos.

Es curioso observar que el crecimiento relativo de la población de la República ha sido uniforme y constante por cerca de medio siglo, a pesar de los cambios que se han producido en las condiciones económicas y sociales, acaso porque las influencias que en el mundo tienden a retardar el aumento de la población han sido aquí compensadas por un mejoramiento en las condiciones higiénicas. Así el aumento anual fué de 1.18% entre 1875 y 1885, de 1.21% entre 1885 y 1907, y de 1.20% entre 1907 y 1920.

La cuota de aumento de la población de Chile es bantante ventajosa entre los países que no reciben inmigración, pero podría ser muy superior, dada la elevada cifra de nuestra natalidad, si la de mortalidad, sobre todo de párvulos, no fuese, por desgracia, igualmente crecida.

El cuadro siguiente permite apreciar comparativamente este fenómeno.

Paises	Fechas de comparación	Porcentaje de aumento anual
Holanda.....	1880-1917	1.58%
Japón.....	1913-1917	1.46%
Alemania ...	1990-1910	1.31%
Inglaterra	1871-1911	1.24%
Chile	1875-1920 (1)	1.20%
Chile	1907-1920	1.20%
Bélgica.....	1866 1910	0.94%
Austria.....	1880-1910	0.83%
Suiza	1880-1910	0.82%
Suecia	1840-1910	0.79%
Italia	1872-1911	0.68%
España.....	1877-1910	0.55%
Francia.....	1891-1911	0.27%

Según el Registro Civil, en el período 1908-1920, la cifra total de los nacimientos ha sido de 1.802,561 y la de defunciones de 1.399.390. Esto daría, como aumento vegetativo de la población, entre los dos últimos censos, 403,171 habitantes. Como el movimiento inmigratorio es en Chile insignificante o está compensado por la emigración, no es posible atribuir a esta causa el mayor aumento que acusa el censo, sino a la circunstancia de que muchos nacimientos dejan de inscribirse en el Registro Civil, lo que no ocurre en igual grado con las defunciones.

La diferencia entre el aumento de población deducido del Registro Civil y el que apareció en el censo, es pues, de 102,273 habitantes, cifra que equivale al 5.65% de los nacimientos registrados entre 1908 y 1920. Debemos de deducir de ello que aproximadamente esa proporción de los nacimientos es la que ha dejado de inscribirse en el Registro Civil durante dicho período. La cifra no es del todo halagüeña, pero indica ya un notable progreso. En efecto, calculando sobre la misma base los nacimientos no inscritos entre 1886 y 1907, encontramos que ellos alcanzaron al 13.48% del total de los nacimientos.

Como en censos anteriores, la población ha sido clasificada en urbana y rural, entendiéndose por urbana la que se agrupa en ciudades, villas o aldeas de más de 1,000 habitantes.

En 1920, la población urbana ha sido de 1.749,562 habitantes y la rural de 2.005,161. Corresponde, pues, a la población urbana, un 46.60% del total. Esta proporción no ha dejado de

(1) Para hacer este cálculo se ha tomado naturalmente en cuenta la población que tenían en 1875 los territorios anexados después de esa fecha.

crecer de censo a censo, lo que indica que en Chile, como en la mayoría de los países, los habitantes tienden cada vez más a concentrarse en las ciudades. El porcentaje de la población urbana, fué, en efecto, de 34.30% en 1885, de 38.60% en 1895, de 43.30% en 1907 y, como se ha dicho, de 46.60% en 1920.

No ha habido, sin embargo, un despueble real de los campos, sino un aumento menos rápido que el de las ciudades. La población rural ha subido entre 1907 y 1920 de 1.841,371 a 2.005,161; la urbana de 1.407,908 a 1.749,562. La cuota anual de aumento ha sido pues de 0.68% en la población rural, y de 1.87% en la población urbana.

Se ha agregado a esta publicación un cuadro de resumen sobre los extranjeros empadronados en el censo de 1920, clasificados por nacionalidades.

El total de extranjeros fué de 115,763 contra 134,524 en 1907. Las causas de esta disminución son claras si se estudia la cuota con que las diversas nacionalidades han contribuido a ella.

Han disminuído, en efecto, los extranjeros de 17 nacionalidades que en conjunto han visto bajar el número de sus residentes en Chile a 31,772.

Dicha disminución se reparte en la forma siguiente:

Alemanes.....	2,173
Bolivianos.....	6,011
Franceses.....	2,876
Ingleses.....	2,946
Italianos.....	1,488
Peruanos.....	15,088
Otras naciones.....	1,190
Total.....	31,772

Como se ve, casi la totalidad de la disminución (30,582 en 31,772) corresponde a los peruanos y bolivianos, y a las naciones europeas beligerantes en la gran guerra de 1914 a 1918.

Respecto de los peruanos y bolivianos, es obvio que a medida que transcurren más años desde la anexión de las provincias del norte, la población se ha ido nacionalizando, por muerte de las personas nacidas antes de la anexión que han sido reemplazadas por otras nacidas después de ella y por tanto chilenas.

En cuanto a la disminución de los extranjeros pertenecientes a las naciones beligerantes en la última guerra, se explica por la salida de los que fueron a batirse y no regresaron, y por el hecho de que, paralizada la inmigración por el hecho mismo

de la guerra, no pudo llenar los vacíos que la muerte o la emigración iba haciendo en las diversas colonias.

Veinticuatro nacionalidades extranjeras han visto aumentar el número de sus residentes en Chile en un total de 13.011 personas. De ellos corresponden 6,020 a los españoles, 3,690 a los turcos y otros orientales del antiguo Imperio Otomano, 910 a los rusos, 841 a los norteamericanos, 368 a los japoneses, y el resto, o sea 1,182, a otras nacionalidades.

ALBERTO EDWARDS.

Nueva luz sobre el Inca Garcilaso. A propósito del reciente libro de Julia Fitz Maurice Kelly.—Puede decirse que el interés que se siente en Inglaterra por las cuestiones sudamericanas aumenta año a año, y aún podría decirse de mes a mes. Los que quizás han aprovechado más hábilmente durante estos últimos años los temas vinculados a ese interesante continente, han sido sir Clements Markham, R. B. Cunningham Graham, el profesor Fitz Maurice Kelly, D. B. Sanín Cano y D. S. de Madariaga, si bien este último ha procedido más desde el punto de vista español que desde el sudamericano.

Debe señalarse que los resultados de la obra de esos escritores es considerable, pues el movimiento producido ultimamente en la Gran Bretaña no se limita, como es natural, a la riqueza y a la producción de las diversas Repúblicas, sino que además comprende las actividades intelectuales y literarias. Era ciertamente hora de que a ello se llegase; y, una vez iniciado, el movimiento promete extenderse lo suficiente para ser de veras importante. Por de pronto, existe ya un notable aumento en el número de los que, perteneciendo a la masa del público, saben ya que en la Argentina hay algo más que carne y cereales, que en Chile hay algo más que salitre y que el Brasil produce algo más que café.

Uno de los últimos volúmenes vinculados a este hecho, es «El Inca Garcilaso de la Vega», por Julia Fitz Maurice-Kelly, y que ha publicado la imprenta de la Universidad de Oxford. El tema de la obra es, naturalmente, de un interés esencialmente literario si se considera simplemente la peculiar y pintoresca personalidad de Garcilaso de la Vega, acaso el primer sudamericano que desde un punto de vista puramente social, estableció relaciones entre el mundo occidental y la misteriosa y romántica civilización de los Incas. Y es ahora evidente que las obras de ese historiador significaron en el camino de la historia un jalón mucho mayor de lo que se creyó en su época, y aún muchas décadas más tarde. En realidad, Garcilaso de la Vega, conocedor de ambos continentes, y habiendo pasado de

los palacios incásicos de piedra tallada a los domos, torres y minaretes de España, fué el primero en mostrar a Europa las maravillas del imperio de los Incas, y en incitar la simpatía hacia una raza orgullosa, inteligente y hasta imperial, pero cuya ética era demasiado delicada y mística para resistir los rudos ataques y la superioridad de las armas de los osados españoles de aquellos tiempos.

La Sra. Fitz Maurice-Kelly nos muestra en su libro la personalidad y la vida privada de Garcilaso de la Vega y los medios de que se valió para llevar a cabo su obra. Le vemos desembarcar en España, y le vemos asimismo, cuando en vísperas de ser estimulado por la Corte—en la cual contaba con varios amigos—se recordó de pronto que su padre había ayudado al rebelde Gonzalo Pizarro a escapar de la sangrienta batalla de Huarina, lo que vino a frustrar las esperanzas de Garcilaso y a inducirle a mantenerse, al menos por entonces, en un retiro relativo.

Dado el escaso material de que puede disponerse, gran parte de la vida privada de Garcilaso de la Vega ha de ser, necesariamente, campo propicio a la imaginación. En las páginas del libro de la señorita Fitz Maurice-Kelly le vemos, sin embargo, ardiente defensor de todo lo peruano, amigo abnegado de todos aquellos en quienes depositara sus afectos, hombre amante de todas las buenas cosas de esta vida y gobernante sometido, más por necesidad que por inclinación, a las estrechas ideas de la época. Descendientes de una familia de soldados, tuvo algunas actividades militares en Europa, pero con esta inclinación bélica corrieron parejas sus aficiones literarias, que en definitiva predominaron en él.

Es posible que prefiriera la vida, más brillante, de la Corte, y, de ser así, habría que celebrar que, en beneficio de la humanidad, su ausencia de los círculos palaciegos le permitiese llevar adelante su obra histórica sólo con pequeñas interrupciones. A su costa aprendió que los autores de aquellos días no podían tener independencia plena en la elección de sus materiales; y el hecho de que una de sus primeras tentativas fuese puesta en el Index por las autoridades papales de Roma, acaso le tornó doblemente cauto respecto a la parte crítica de su obra. Sea como fuere, lo indudable es que llevó a cabo esa obra sin la menor intención de granjearse los favores de la Corte y, antes al contrario, con la convicción de que, estando en sus manos una obra, debía realizarla.

Si alguna moral deriva de los fragmentos que de la historia íntima de Garcilaso de la Vega se tienen, es la de que parece que este primer historiador latino-americano de nacimiento ex-

perimentó las mismas satisfacciones y las mismas angustias que constituyen el lote del escritor de nuestros días. Y esta sola reflexión nos acerca a la notable personalidad de Garcilaso de la Vega, que vivió su niñez en El Cuzco, la ciudad imperial de los Incas, y que hoy descansa, honrado más que nunca, en la catedral de Córdoba, en España.

W. H. KOEBEL.

BIBLIOGRAFIA

Santiago Ramón y Cajal.—*Charlas de café.*—Madrid, 1921.

Con una filosófica gracia ateniense, en una prosa alada, catiza y rolliza, el más sabio de los biólogos españoles ha publicado un volumen de—como el los clasifica—pensamientos, anécdotas y confidencias, bajo el título de «Charlas de Café», sugestivo y simbólico en la vida matritente: de esas peñas científico-literarias han brotado luminarias y piras de elucubraciones y doctrinas, se han creado escuelas, se han consagrado conciencias.

De la paciente lente de laboratorio, el Dr. Ramón y Cajal ha desprendido su ojo escrutador, su cerebro comentarista de todo principio de vida, para analizar en una charla ruidosa y mundana las sanciones y emociones de vida, desde los fenómenos nerviosos del amor y el odio, hasta las fases orgánicas de la vejez y la feminilidad; desde las sacudidas cerebrales de la amistad, la antipatía, el genio, hasta las tolerancias necias de la polémica, la guerra y las vanidades oratorias; desde el accidente de nacer a la necesidad de morir.

Este libro ha sorprendido a España, acostumbrada a admirar al histólogo en sus descubrimientos celulares: ha sido el fin del científico y el comienzo del filósofo, porque España enorgullecerse puede en poseer uno de los más grandes psicólogos de la humanidad. Un psicólogo fácil, caprichoso y burión, despojándose de la salmática del fulminador contra la especie y abrigándose en el bufonesco jubón

del humorista. Poético y alegre a lo Swift y a lo Rabelais, sin la tétrica pesadumbre de Nietzsche ni la desolación de Shopenhauer.

Y en su liminar, ya el doctor Ramón y Cajal prepara a sus lectores: «Al escribir esta obrilla no he aspirado, sino en muy modesta medida, a la originalidad. Nuestra memoria es una trama tejida con ideas tomadas del espíritu de nuestros antepasados y contemporáneos célebres. Confieso, pues, que las ideas aportadas por mi experiencia personal sobre la amistad, la ingratitud, el egoísmo, las mujeres, el talento, el amor, la moral y la política, etc., están impregnadas de reminiscencias clásicas (Platón, Cicerón, Plutarco, Séneca, et.).

De ese latinismo derivan, bajo un prisma puramente personal, los pensamientos que la vida y sus consecuencias han inspirado al sabio histólogo en sus reposos científicos. Cansado de espiar la Muerte, ha criticado la vida con un acerbo humorismo, con una tendencia pesimista propia de un español, porque la cinología entra mucho en la definición de la existencia, y los veinte siglos de raza pesan sobre el organismo mejor constituido. A un sajón las emociones, los placeres y los dolores no se le presentan como al doctor Ramón y Cajal que ha visto la miseria del vivir aumentada por su microscopio de Jena!

Pero como él dice: «Apresúrome a decir que no trato aquí de sentar doctrinas ni de atacar creencias dignas de todo respeto. Rechazo, pues, categóricamente la responsa-

bilidad de muchas opiniones exageradas, frases hiperbólicas, expansiones bufonescas o sentimientos demasiado pesimistas». Esta sinceridad no cambia la impresión de las máximas — admirables — fielmente ciertas, pensadas, analizadas y para ser dirigidas envueltas en el oro de un lenguaje florido, genial, sin arcaísmos ni rebuscamientos, denunciando la solidez de cerebro del histólogo; que aun en una coda de arrepentimiento, añade: «Me reservo, además, el derecho de variar de opinión, por lo menos mientras la anquilosis craneal y reblandecimiento encefálico no me lo estorben».

Pero de esos ochocientos cincuenta pensamientos, anécdotas y comentarios ¿cuáles pueden ser los que reciban variantes, o sean endulzados con la piedad del engaño? Acaso no es duro declarar que pueden serlo los comentarios de la Amistad, narrados por Ramón y Cajal con la gracia de La Rochefoucauld, de Rousseau o la picardía de Quevedo y de Maquiavelo:

«Evita la conversación del amigo cuya palabra, en vez de ser trabajo, constituye placer».

«La amistad repugna la pobreza como la flor la obscuridad».

«Nos quejamos de los amigos, porque exigimos de ellos más de lo que pueden dar».

En otros sentimientos, el histólogo rememora la Ciencia para aplicar los fenómenos nerviosos y patológicos a las sensaciones espirituales. Sin la crudeza de aquella máxima francesa que el Amor es «un cambio de malos humores y malas obras», Ramón y Cajal dice:

«El beso, que los poetas consideran como sublime conjunción de dos almas, no es para el científico sino un simple intercambio de microbios bucales».

Una variante de Chamfort que aseguraba que el Amor «es el contacto de dos epidermis».

Derroche de buen humor, de cascabeleante cháchara de café, versa filósofo en su capítulo sobre las

mujeres, y, sobre su complemento, el Amor.

«La hermosura es una carta de recomendación escrita por Dios y leída y admirada por todos los corazones. Lo malo es que de vez en cuando el diablo la intercepta furtivamente y falsifica la dirección definitiva. Y así, la hermosura que hubiera hecho la ventura de un discreto, pára en las manos de un torpe o de un mentecato; con que el idilio se convierte en comedia o en tragedia».

Su secular buen humor español lo traduce, aunando la ciencia con la crueldad del destino:

«Obedecer al amor es mostrarse sensible a la voz angustiada de los gérmenes que piden turno en el banquete de la vida».

«Fabre nos conmueve al contar-nos las crueldades del *escorpión* que se come a su consorte o de la *Mantis religiosa* que devora al macho en pleno espasmo de amor. ¿Es que en nuestra propia vida no se dan a veces parecidas monstruosidades? ¡Cuántos amantes y maridos no mueren devorados por sus mujeres!»

Y con una galantería cuatrocientista, un elogio a la necesidad de la mujer, añade:

«La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella se lucha con desembarazo; pero ¿y al acabar?»

Con un quevedismo nacional, sonríe en la anécdota:

«¿Qué debes preferir, la mujer hermosa, o la fea? La hermosa, con tal de ser medianamente discreta, porque si te sale casquivana y coqueta, de ella te librarás cualquier Don Juan callejero, mas de la fea y necia, ni el diablo!»

Después vienen los consejos canitarios del científico:

«La mujer agraciada llegaría a ser bellísima aprendiendo belleza. ¿Dónde? En los museos y en los libros de higiene.»

«La belleza de la mujer es, aparte la raza, un don de la civilización y de la higiene». Por referencia de los exploradores de países exóticos,

«sabemos que entre los salvajes, la hembra es infinitamente más fea y repugnante que el varón».

Años de observación, de una cultura rara y la admiración de un pueblo, han sido los coeficientes de este volumen delicioso, que hace sonreír, a veces reír y muchas veces sentir la lágrima, sobre todo cuando en ciertas épocas de la vida, en ciertas crisis dolorosas de la humanidad, cae un pensamiento como amarga ortiga a producir eczemas en el espíritu o recordar a ficticios entusiasmos que la hora del reposo se anuncia en el horizonte de la senectud y es tiempo de renunciar a las amabilidades externas y encerrarse con su cerebro en el gabinete de la tranquilidad.

Por eso Ramón y Cajal deduce:

«En la triste senectud, sólo distraen el ánimo estas tres cosas: los libros, el sol y las flores. ¿Y la esposa? Padece de reuma y no puede acompañarnos. ¿Y los amigos y contertulios? Los pocos que aún se tienen en pié, huyen de nuestro trato: después de cuarenta años de convivencia han averiguado que somos antipáticos».

Entre los dolores y los amores, entre la alegría del vivir y la pesadumbre de analizar, los científicos con ambiciones literarias siempre se han iniciado a la sombra y nos han pulverizado con la definición exacta de sus ecuaciones morales, nos empujan cruelmente del delicioso engaño de creer, del fanatismo de poetizar para cegarnos al mostrar la senda luminosa, dura e interminable de la verdad psicológica. Los pesimistas han sido, no siempre, los vencidos, sino los vencedores. Los que pasan las vigilas de sus mocedades ante la lente científica, sienten el desdén por los engañados, los soñadores y los fanáticos.

Y aún espolvoreadas de azúcar, cómo son amargas ciertas píldoras de Ramón y Cajal, en su maravilloso tratado de sensaciones, que, amparado por el título familiar *Charlas de café*, él ha querido irónicamente hacer pasar como una

narración personal de horas de ocio! Y cuánta verdad encierran sus máximas. Y cómo es terrible la que copio para terminar esta reseña:

«El recuerdo del dolor físico olvidase fácilmente, al revés de la memoria del dolor moral, que persiste, con leves oscilaciones, de modo indefinido. Sin duda que el tiempo cicatriza algo las heridas del amor propio y encalma las borrascas de la pasión. Pero la huella de éstas subsiste siempre en el alma y readquiere vigor, realidad y colorido, gracias al juego azaroso e intempestivo de la asociación de las ideas. Comparable al raspador del dibujante, el tiempo borra las líneas pálidas de la imagen, pero respeta aquellos trazos vigorosos que empapanon la trama del papel».

FRANCOIS G. DE CISNEROS.

(*Revista de Filosofía de Buenos Aires*).

Isidro Fabela.—*Los Estados Unidos contra la libertad.*—1921.

El ex ministro plenipotenciario de Méjico, señor Isidro Fabela, ha publicado una serie de estudios históricos sobre la diplomacia norteamericana, relativos a la acción de los Estados Unidos en Cuba, Filipinas, Panamá y la República Dominicana, que ha titulado «Los Estados Unidos contra la libertad», teniendo como hechos históricos que justifican ese título los que el autor enuncia en la siguiente forma: «Los Estados Unidos de Norte América han privado de su independencia nacional al pueblo filipino, al reino de Hawai, a Puerto Rico, a Haití y a la República Dominicana. Los Estados Unidos menoscababan actualmente la soberanía de Cuba, Nicaragua, Honduras y Panamá, imponiendo a estos países servidumbres políticas, militares o económicas, que los colocan en la categoría de Estados semi soberanos. Los Estados Unidos segregaron a Colombia su provincia de Panamá, sin que hasta la fecha le hayan dado las debidas satisfacciones morales y materiales, y por último, los Estados Unidos inter-

vinieron recientemente en Méjico, ocupando por la fuerza el pueblo de Veracruz y parte de la frontera septentrional de esa República».

Las cuestiones internacionales que en este libro estudia el señor Isidro Fabela, han sido prolijamente documentadas, pues como recuerda el autor, «la historia se hace con documentos», sobre los cuales concreta la relación y el juicio de los hechos. En este volumen, el autor se refiere a la conducta político-internacional de la Casa Blanca en Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua y Santo Domingo, reservándose para más adelante el estudio de las primitivas manifestaciones de expansión territorial de los Estados Unidos, tales como las de Luisiana, Florida, Méjico y las posteriores de Hawai, Samoa, Puerto Rico, Haití, y el resto de Centro América, para completar con ese estudio el de la historia política y diplomática panamericana, de que se ocupa.

Al referirse a los móviles que lo determinan a escribir esta historia, el señor Fabela dice que no lo hace «con ánimo hostil hacia nadie, sino precisamente porque hecha pública dará ocasión para que aparezca tal como es la política panamericana y se rectifique en lo injusto que tiene. Con esto iremos, agrega, ganando libertad los hispano americanos, y simpatías en vez de malquerencia los Estados Unidos.

X.

Victoria Gucovsky. — *Tierra Adentro.*—Agencia General de Librería y Publicaciones.—Buenos Aires.—1921.

Un gaucho en la carátula de un libro, es francamente poco alentador. Tantos son los abusos cometidos en nombre del «señor de la pampa», según el consabido clisé de las oraciones patrióticas, que su sola figura nos obliga a un movimiento instintivo de defensa.

Bajo esa impresión, poco propicia sin duda, comenzamos la lectura del *Cuento cordobés*, el primero de la serie que doña Victoria Gucovsky

ha reunido bajo el título común de *Tierra Adentro*. Grato nos es declarar que en este caso el prejuicio no podía ser más infundado. La prosa suelta y fácil, el relato hábil, la visión exacta, el lenguaje pintoresco, da una impresión tan completa de cosas amadas y vividas, que un miserable villorrio del interior nos conmueve con el dolor de sus pequeños dramas o con la alegría de sus distracciones ingenuas.

En la aparente independencia de las narraciones, se disimula un nexo muy firme que las vincula con la casi unidad de una novela. Todos los personajes nos son de algún modo conocidos; han despertado en otros cuentos nuestra simpatía o nuestro odio, y al encontrarlos de nuevo, suponemos, como en la vida, sus actitudes posibles. El gaucho y el gringo están admirablemente retratados, con sus gestos y sus manías heredadas. La emoción del paisaje, hábilmente intercalada, ha sido traducida con una sinceridad que sorprende. Tiene el volumen un mérito más que merece señalarse; nos referimos a la intensa simpatía humana que da calor a sus páginas. En las entrelíneas de algunos fragmentos resignados o burlones, se adivina el dolor de muchas injusticias, y quien los lea, rectificará tal vez sin sospecharlo, más de una opinión en boga sobre la simplicidad envidiable de la vida del interior.

Para concluir, la lectura de algunas fábulas nos hace sospechar en doña Victoria Gucovsky una posible cuentista infantil.

X.

Rodolfo Rivarola. — *Mitre. Una década de su vida política.*—Edición de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*—Buenos Aires.—1921.

El reciente centenario de Mitre trajo, como es sabido, una desbordante producción literaria. De cuanto se ha dicho y escrito, muy poco sin duda, merece recordarse. Más que la sinceridad histórica y la justicia póstuma, inspiraban otros mó-

viles no muy difíciles de sospechar.

Cabe hacer una excepción con respecto al substancioso ensayo que el doctor Rodolfo Rivarola presentara a la Junta de Historia y Numismática, en sesión pública de homenaje a su primer presidente. Escogiendo una década de su vida pública, se ha propuesto explicarnos cómo y por cuáles circunstancias el joven oficial que a los treinta años de edad asistió a la batalla de Caseros, al mando de cien hombres, llega diez años después a convertirse en la primera figura nacional. Esa es, sin disputa, la época más difícil de la historia argentina. Las mezquindades de partido, los prejuicios de bandería, han enmarañado a porfía y sólo un gran cariño a la verdad, puede no turbar el claro juicio del narrador imparcial.

El ensayo del doctor Rivarola consigue dar en todo instante una impresión no interrumpida de honradez y de equidad. Los grandes hombres están por encima del elogio fácil de la adulación servil, y si la historia aspira a ser algo más que un panegírico inhumano, ha de llevar la probidad hasta el escrúpulo. El autor de este ensayo bien puede repetir aquellas palabras con las cuales Mitre hablaba de uno de los más grandes beneficios de la historia: «ella destruye esa admiración supersticiosa y ciega que no conoce razón de ser y que no sirve de ejemplo ni da lecciones, y enseña no sólo a admirar, sino a estimar a los benefactores de la humanidad y a los libertadores de los pueblos.»

X.

Chile y la Independencia del Perú.—1821-1921—Documentos históricos oficiales.—Santiago.—1921.—1 vol. de 79 págs.

El Ministerio de Relaciones Exteriores acaba de editar un interesante folleto sobre la participación que le cupo a Chile en la Independencia de la República peruana.

La parte principal de este libro está compuesta por una serie de documentos históricos—que como

dice muy bien el compilador de ellos, el activo e inteligente jefe de la sección Informaciones, don Adolfo Calderón Cousiño—son «documentos emanados del Gobierno peruano o de sus representantes oficiales, en los cuales se da testimonio elocuente, reiterado y por demás efusivo de la participación de Chile en la independencia del Perú, al propio tiempo que se deja constancia de su imperecedera gratitud por los servicios recibidos de nuestro país. Hoy el Perú acaba de celebrar el primer Centenario de su independencia, que tan enormes y generosos sacrificios costara a los chilenos en hombres, dinero y todo género de elementos, pero en medio de los festejos el nombre de Chile ha figurado sólo para hacerse blanco de ingratos ataques. No será, pues, inoportuno exhumar del fondo de los archivos los testimonios que los gobernantes peruanos dejaron del reconocimiento de su patria por la ayuda eficaz y decisiva de Chile para el logro de su independencia, ya que no pueden hablar hoy los autores de esos documentos, para imponerles a los gobernantes del Perú la moderación y el respeto debidos a la nación que les dió la independencia cuyo centenario han festejado».

Una atinada introducción da un ligero resumen de las actividades chilenas para preparar y equipar la expedición, con oportunas citas de insospechables autores peruanos.

La segunda parte contiene los editoriales que *El Diario Ilustrado*, *La Nación* y *El Mercurio*, dedicaron el día 28 de Agosto último al centenario de la independencia del Perú.

Se reproducen, por último, los párrafos más importantes del mensaje leído por el Presidente Leguía, en la sesión solemne de las Cámaras Legislativas peruanas, en el día del centenario; y del mensaje leído el 1.º de Junio de 1921, por el Excmo. señor Alessandri, en la parte que hace declaraciones de la política internacional del Gobierno. En ambos Presidentes el lenguaje

es bien elocuente, bien decidor de la opuesta política de ambos gobiernos; y nos ahorra todo comentario.

Debemos anotar aún una innovación, que es, a nuestro juicio, beneficiosa. Se ha ilustrado el libro con buenas y oportunas fotografías, reproduciéndose en «facsimil» los más notables documentos.

Por todas las consideraciones anotadas, este libro es bien interesante, y difundirá por todas partes con sus páginas, la verdad histórica que se trata de desfigurar.

Por ello merece la Sección Informaciones del Departamento de Relaciones, sinceras felicitaciones por su acabado y oportuno trabajo.

X.

INDICE DEL TOMO XII

PÁG.

	PÁG.
Javier Vial Solar.—Los planes de Napoleón I para subyugar primero y luego para independizar la América.....	5
Antonio Gómez Restrepo.—Un poeta humanista: don Julio Vicuña Cifuentes.....	23
Félix Lorenzo.—Fabre y sus recuerdos entomológicos.....	28
Oswaldo Marín.—Estudios criminológicos.....	33
Guillermo Muñoz Medina.—La opereta francesa.....	50
Manuel J. Othon.—El perro.....	62
B. Vicuña Mackenna.—¿Intentó Lord Cochrane rescatar a Napoleón, arrebatándole de la isla de Santa Elena con la escuadra de Chile?.....	63
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI. (Conclusión).....	69
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	88
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Julio Bañados Espinosa, Después de Concón y la Placilla (Fragmentos de una carta íntima).—F. H. A., La afición a la moda de las santiaguinas en la primera década del siglo XVII.—Augusto Orrego Luco, Pedro Lira.—Una carta del general San Martín.....	93
BIBLIOGRAFÍA.—Mariano Latorre, Zurzulita.—Gustavo Labatut, Juicio de imprenta seguido a don B. Vicuña Mackenna.—José Salgado, El derecho de huelga.—J. G. Prud'homme La jeunesse de Beethoven.—J. M. Rubio, La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812).—Agustín Edwards, Observaciones sobre Suecia.—Andrés Lichtenberger, El reyecito.—Sir Clements R. Markham, The lands of silence.—James Bryce, Modern democracies.—Agustín Marchants S., Recopilación sobre caminos.....	104
Luis Barros Borgoño.—Discurso de incorporación a la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española.....	113
Domingo Amunátegui.—Discurso en respuesta al anterior.....	149
C. Silva Vildósola.—El Centenario de la muerte de Napoleón.....	160
Marcial A. Martínez de F.—El maximalismo juzgado por un reformador checo-eslovaco.....	178
Ricardo Donoso.—Una excursión a la sierra.....	188
J. Rafael Maya.—Fatum.....	192
Guillermo Feliú Cruz.—La estancia de Mitre en Chile.....	193
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	202
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Enrique Mac-Iver, El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891.—Justin Godart, La Cruz Roja contra el cáncer.—Federico Calvo, La Imprenta Nacional de	

Washington.—Eduardo Benes, La psicología del partido político.—Francisco Araya Bennet, La ley de aumento de sueldos al personal de la enseñanza secundaria, superior y especial.—X. X., Obras completas de Verlaine.....	206
BIBLIOGRAFIA. —W. B. Scott, La teoría de la evolución.—Infante don Juan Manuel, El Conde Lucanor.—W. H. Dumming, Historia de las teorías políticas desde Rousseau hasta Spencer.—E. W. Dickinson, The equality of States in international law. J. H. Latané, The United States and Latin America.—Real Academia Española, Gramática de la Lengua Castellana.....	220
Ricardo Montaner Bello.—La labor diplomática de don Alberto Blest Gana.....	225
Antón Checkoff.—La dormilona.....	235
Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larraín.—La subdivisión de la propiedad rural.....	243
B. Hall.—La entrada del General San Martín a Lima el 10 de Julio de 1821.....	259
R. Martínez V.—Carnaval.....	264
Un precursor del comunismo en Chile.—Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao.....	267
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	302
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Mauricio Arthus, La alimentación insuficiente y sus consecuencias.—Una tentativa para reglamentar las procesiones.—Carlos Silva Vildósola, El Almirante Silva Palma.....	321
BIBLIOGRAFIA —Raymond Poincaré, Les origines de la guerre.—Albert Thibaudet, La vie de Maurice Barrès.—Tomás Thayer Ojeda, La Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Chile.—Víctor Domingo Silva, La Pampa Trágica.—Miguel Angel Carbonell, Los parias.—Jorge Aldunate E., El problema de la prostitución.—Guillermo Subercaseaux, El sistema monetario y la organización bancaria en Chile.—Rvdo. P. Pablo Pastells, El descubrimiento del Estrecho de Magallanes en conmemoración del cuarto centenario.—Charles Gide, ¿Es deseable la vuelta del franco a la par?—Les démocraties modernes.—Benjamín Orrego Vicuña, Obras literarias.....	328
Guillermo Pérez de Arce.—Una gloria de la ciencia y la caridad: Concepción Arenal.....	337
Juan R. Salas Errázuriz.—El primer canto de la Divina Comedia... ..	345
Luis Araquistáin.—El niño gigante.....	359
Monna Lissa.—No Campito.....	366
Juan de Hinojosa.—Pablo Verlaine.....	370
José María de la Cruz y Antonio Varas.—Cartas inéditas del General don José María de la Cruz y don Antonio Varas sobre la lucha presidencial de 1851.....	387
J. Marchena.—Vuelo Supremo.....	401
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación.....	402
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	415
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Carlos Silva Vildósola, Don Juan Salas Errázuriz.—Gustavo Le Bon, Nuestras ilusiones financieras.—N. N., Un libro chileno en Estados Unidos.—Pedro Henríquez	

Ureña, La cultura y los peligros de la especialidad.—Una carta de Bolívar.....	420
BIBLIOGRAFIA. —Luis Araquistáin, El peligro yanqui.—Jorge Solís de Ovando, Los derechos de la mujer.—J. E. Rodó, Epistolario.—Steinach, El rejuvenecimiento biológico y las funciones glandulares.—Sara Wanbaugh, A monography of plebiscites with a collection of official documents.—Edmond Laskine, Le socialisme suivant les peuples.....	440
Emilio Rodríguez Mendoza.—José Miguel Carrera.....	249
Yates.—Los últimos días del General Carrera.....	453
Robinson Hermansen.—Concepto moderno del socialismo.....	468
Horacio Quiroga.—La gallina degollada.....	480
Carlos Ledgard.—Caracteres de la crisis económica actual del Perú.....	488
Pompeyo Gener.—Carta en trovas de arte mayor a la usanza del siglo XV.....	499
Domingo Santa María.—La política en 1850 y 1851.....	501
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fonillée sobre la educación.....	508
Julio Vicuña Cifuentes.—Joaquín Díaz Garcés.....	514
André Fontainas.—Paul Fort, príncipe de los poetas.....	518
Joaquín Díaz Garcés.—La Trilla.....	520
Fernando Márquez de la Plata y Echenique, Los fueguinos, estudiados por antiguos navegantes españoles.....	531
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América.....	536
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Augusto Orrego Luco, El Dieciocho de Septiembre a bordo.—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Bolívar en Nueva York.—Rafael Font de Mora, La huerta-jardín del obrero.—Alberto Edwards, El Censo de 1920.—W. H. Koebel, Nueva luz sobre el Inca Garcilaso. A propósito del reciente libro de Julia Fitz Maurice Kelly.....	538
BIBLIOGRAFIA. —Santiago Ramón y Cajal, Charlas de Café.—Isidro Fabela, Los Estados Unidos contra la libertad.—Victoria Gucovsky, Tierra adentro.—Rodolfo Rivarola, Mitre. Una década de su vida política.—Chile y la Independencia del Perú.....	552
Índice del Tomo XII.....	558

